



Universidad
Nacional
de Rosario



FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA
Y RELACIONES INTERNACIONALES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales

Licenciatura en Relaciones Internacionales

Tesina de Grado

*Un balance de las relaciones entre la monarquía saudí y los grupos
de poder en Yemen: Ansar Allah, Al Hirak y Al Islah en el período
2015-2021*

Alumna: Saione María Morena

Legajo: S-2176/8

Director: Dr. Rubén Paredes Rodríguez

Índice

Agradecimientos.....	3
Resumen.....	5
Introducción.....	6
Marco teórico-conceptual.....	11
Marco metodológico.....	13
Capítulo 1: Identidades e intereses en Yemen.....	15
1.1. Consideraciones preliminares sobre los grupos de poder en Yemen...	15
1.2. La doctrina religiosa zaydí.....	19
1.2.1. El movimiento Ansar Allah.....	21
1.3. Al Hirak Al Janoubi.....	23
1.3.1. El Consejo Transicional del Sur.....	28
1.4. Al Islah.....	29
Capítulo 2: La política exterior saudí hacia Yemen.....	36
2.1. Arabia Saudí y Yemen: una historia compartida.....	36
2.2. El ‘omniequilibrio’ en la política exterior saudí.....	39
2.3. El ascenso de Mohamed Bin Salman.....	42
2.4. El sectarismo como variable de ajuste de la política exterior.....	49
2.5. La operación ‘Tormenta Decisiva’.....	53
Capítulo 3: Alianzas cambiantes entre la monarquía saudí y los grupos de poder en Yemen.....	59
3.1. Metástasis e internacionalización del conflicto.....	59
3.2. El apoyo saudí al gobierno de Hadi.....	60
3.3. Dar vuelta la página: la muerte de Saleh y el fin de un matrimonio contra-natura.....	61

3.4. Naciones Unidas: Una hoja de ruta que terminó en letra muerta.....	65
3.5. Las relaciones entre Arabia Saudí y Al Hirak.....	68
3.5.1. El acuerdo de Riad.....	70
3.6. La singularidad del vínculo entre Arabia Saudí y Al Islah.....	71
3.7. El rol de Abu Dhabi y las tensiones intra-coalición.....	74
3.8. El estancamiento del conflicto y el impacto del COVID-19.....	77
4. Comentarios finales.....	83
5. Bibliografía.....	90

Agradecimientos

Hay personas que con sólo decir una palabra alientan nuestra esperanza, que construyen armaduras y luchan junto a nosotros las batallas. Aquellas que nos animan a perseguir nuestro deseo y nos dan alas para afrontar nuevos desafíos.

Hay personas que, con sólo dar la mano, rompen la soledad, que se hacen presentes con un mate calentito en las madrugadas de estudio cuando aparecen las ganas de tirar la toalla. También los hay aquellos que con la palabra como herramienta inventan sueños, ‘desencorsetan’ mentes, son críticos sinceros y allanan el camino.

Hay también ausencias que se hacen presentes. Si pienso en ellas, me consuela saber que estarán desde alguna estrella mirando, ojalá orgullosos, de una nieta que espera honrar un poquito de la hermosa vida que con ellos compartió.

Hay gente que en la diaria vida son ejemplo de resiliencia, a los que lucho por parecerme. A ellos, que están en primera fila en cada uno de mis logros, esos que aprendieron un sinfín de conceptos, siglas y fueron mis primeros lectores cuando inicié este camino que tanto me apasiona.

Es así que, en este fin de un ciclo, no puedo más que homenajear con algunas palabras a esas personas gracias a las cuales soy. A ellos van mis agradecimientos que poco tienen que ver con este punto de llegada y mucho se relacionan con su presencia incondicional durante mi trayecto.

En primer lugar, mi agradecimiento a Rubén, no sólo por la cálida bienvenida a la realidad (académica), sino también por la vocación y pasión transmitida en cada clase y su acompañamiento en este lindo y a veces difícil recorrido.

A mis padres, de quienes aprendo día a día sobre el esfuerzo y el valor de las cosas que no tienen precio. Este título es un poquito de ellos, que aún con los vientos adversos fueron mi ejemplo diario de persistencia y mi cable a tierra.

A mis hermanos, mis pilares y ley primera. Ellos me enseñan de humildad, incondicionalidad y nobleza. A ellos sumo a mis dos soles, Juan y Pedro.

Finalmente, a Santiago por su amor y paciencia infinita que me impulsa diariamente a superarme y que, sin dudas, hizo más ligero el equipaje.

A mi familia toda, los de siempre, y los que adopté como tal hace algunos años, mis logros son tales sólo si están ustedes para compartirlos. Gracias por hacer de este momento algo que seguramente lleve en mi corazón.

Resumen

El presente trabajo aborda las relaciones entre la monarquía saudí y los grupos de poder en Yemen: *Ansar Allah*, *Al Islah* y *Al Hirak* entre 2015 y 2021. Se busca analizar la dinámica de sus relaciones tomando como punto de partida la intervención saudí en Yemen realizada en 2015, bajo el nombre de ‘Tormenta decisiva’. En el período considerado se estudiarán las alianzas líquidas construidas por actores a nivel local y regional y las reconfiguraciones, cambios abruptos y matices en los intereses de los mismos.

De este modo se busca comprender la realidad yemení de forma desagregada, exponiendo los distintos intereses de los grupos identitarios que conviven al interior del territorio nacional, y como cada uno de ellos se relaciona de forma particular y cambiante con su vecino saudí.

Introducción

El conflicto yemení, y puntualmente su relación con su vecino saudí es, a menudo, representado de forma simplista apelando a justificaciones sectarias. Arabia Saudí ha sido uno de los actores externos de mayor importancia para Yemen; la identidad de este último se constituyó en buena parte sobre la base de lazos históricos que mantiene con Riad, respecto a los cuales ambos, pero particularmente Yemen situándose en un rol más débil, configuraron sus intereses. Para los Saud, Yemen es una nación potencialmente amenazante, que debe permanecer estable bajo su órbita (Clausen, 2015), ya que demográficamente es el único país de la península que lo iguala, es un pueblo aguerrido y ha sido una cuña por la que el republicanismo, el panarabismo y el marxismo ingresaron al Golfo. Por la parte yemení, su complejidad tribal y religiosa han llevado a una relación de cooperación-conflicto con Riad, en la que los grupos de poder al interior de Yemen alternadamente han golpeado las puertas de los saudíes para obtener ayuda en sus luchas internas.

Las alianzas inestables, el clientelismo, la lógica tribal, los intereses contrapuestos y la fragilidad institucional fueron una constante en el territorio yemení. A lo largo de su historia, distintos grupos de poder fueron protagonistas de luchas intestinas que obstaculizaron la construcción de un gobierno central ampliamente legitimado y fragmentaron la nación en una multiplicidad de actores locales. A este rompecabezas complejo y cambiante que constituye el accionar de los grupos en Yemen, debe sumarse la influencia histórica ejercida por su vecino saudí en su “patio trasero”.

Si nos remontamos a la historia reciente, en enero de 2011, el entonces presidente de Yemen intentó unilateralmente modificar la constitución para poder presentarse nuevamente a elecciones y ejercer el cargo de forma vitalicia luego de haber gobernado Yemen por 33 años. Las acciones del presidente sumado al aplazamiento de las elecciones legislativas contribuyeron considerablemente a aumentar la ira y la frustración de la población. La decisión inconsulta del presidente Saleh encendió la chispa revolucionaria en la juventud yemení que se enmarcó en las revueltas conocidas como “Primavera Árabe” cuyas demandas encarnaron la esperanza de una transición política, puntualmente apuntando a remover a Saleh del poder.

El poder de Saleh se ha basado en dos pilares: el Estado rentista y el ejército. Incapaz de gobernar el país en solitario, Saleh ha distribuido las rentas políticas de la economía

yemení, impulsada en gran medida por el petróleo, a través de una red de patrocinio de las élites tribales, religiosas, militares y de los partidos para asegurar su lealtad. Siendo el nepotismo uno de los rasgos de su gobierno, su hijo, Ahmad Ali, dirigía la Guardia Republicana, sus sobrinos Yahya y Ammar dirigían las Fuerzas de Seguridad Centrales y la Organización de Seguridad Nacional (Thiel, 2012).

Las revueltas en el país, teniendo en cuenta los derrocamientos previos de Ben Ali y Hosni Mubarak, encendieron las alarmas en sus vecinos del Golfo, quienes decidieron intervenir activamente, tomando Arabia Saudita un rol protagónico para prevenir una guerra civil en la región. En un primer momento, el objetivo fue la negociación de un acuerdo de paz que ponga coto a la escalada del conflicto, y medie entre Saleh y los grupos opositores. Sin embargo, buscó resguardar el *statu quo*, principalmente proporcionando inmunidad a Saleh y formalizando un acuerdo provisional de reparto de poderes entre los principales actores políticos del país, que permitía que continuara la competencia entre las élites y excluía a otros grupos más marginales del nuevo acuerdo (Salisbury, 2016).

La intervención de los países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) bajo la denominada Conferencia de Diálogo Nacional reflejó una vez más el peso de los intereses saudíes en Yemen. La salida de Saleh, en el marco de esta iniciativa, aplaudida por la comunidad internacional, no significó una verdadera transición o cambio de régimen. Concretada la primera fase del acuerdo de transición, se realizó un referéndum en el año 2012 que designó a Abd Rabbuh Mansur Hadi, hasta el momento con el cargo de vicepresidente, como conductor de la transición cuya finalización se estipulaba para el año 2014, mediante la realización de elecciones presidenciales y parlamentarias.

Los intereses saudíes se veían claramente en la semántica del acuerdo de transición, siendo «seguridad» y «estabilidad» las dos palabras que más se repiten en el texto y las principales necesidades de la monarquía saudí (Comins Martinez, 2013).

El gobierno de Hadi se mostró débil desde el comienzo, y la figura de Saleh seguía teniendo peso en la política yemení ubicándose como líder del principal partido, Congreso General del Pueblo, y de las fuerzas militares y de seguridad. Fue el movimiento *Ansar Allah* o los “hutíes” los que dieron el embate final a la ya débil y cuestionada transición yemení. En el año 2014 ante la negativa de Hadi de formar un gobierno de unidad con los hutíes, éstos toman Saná, aprovechando el vacío político y

el fracaso de los levantamientos en Yemen y obligando a Hadi a huir a su ciudad natal, Adén.

Los hutíes avanzaron sobre Saná, junto con tropas leales a Saleh, a quien años antes se enfrentaron y entablaron una de las alianzas que marcará el devenir del conflicto.

Ante el avance hutí en las ciudades de Taíz Mocha y Lahijj, los saudíes percibieron una amenaza directa a su seguridad y su respuesta no se hizo esperar. En el marco de una nueva política exterior en la que el príncipe heredero Mohamed Bin Salman desempeña un rol central, la monarquía saudí lanzó la Operación “Tormenta Decisiva”, el 26 de marzo de 2015, a través de una coalición de nueve países liderada por Arabia Saudita, con el respaldo del Consejo de Cooperación del Golfo y de Estados Unidos. El accionar saudí cristalizó la respuesta a lo que consideró un movimiento transnacional que constituyó una amenaza sustancial al statu quo en la región y es a partir de este momento que el conflicto sufre una metástasis, yuxtaponiéndose los intereses de actores locales con los de sus vecinos a nivel regional y con implicancias internacionales.

Los principales objetivos de los saudíes fueron proteger al gobierno de Hadi, reconocido internacionalmente, detener el avance hutí, grupo al que consideran una organización terrorista que actúa como peón de Irán en la región, y restaurar un gobierno pro-saudí en el poder. La operación, fue una de las primeras medidas en materia de política exterior por parte del príncipe heredero y mostro un perfil más proactivo y beligerante que buscaba evitar el debilitamiento de la imagen regional saudí. Las respuestas al accionar saudí no fueron unívocas, sino que se configuraron de acuerdo a las heterogéneas identidades e intereses existentes al interior de Yemen, las cuales se encuentran claramente fragmentadas en una multiplicidad de polos de poder.

Este conflicto multipolar debe entenderse en el marco de un Estado incapaz de canalizar las demandas de la sociedad y con dinámicas cada vez más excluyentes respecto a una gran parte de la población a la que se segrega desde la unificación del territorio en 1990. Los grupos identitarios locales que se propone analizar son tres: el movimiento Ansar Allah, conocido como movimiento “hutí”, el partido político *Al Islah* y el movimiento sudista “Al Hirak”.

En primer lugar, el matrimonio de conveniencia entre Saleh y los hutíes fue uno de los pilares del conflicto, luego de haberse enfrentado en las guerras de Saada encontraron en Hadi un oponente común, ante su inminente pérdida de poder y las divisiones

internas en el Ejército y las fuerzas leales a Saleh. Esta alianza fue una muestra de las relaciones de poder entre las tribus y las facciones y de cómo éstas se reconfiguran constantemente frente a los desafíos arraigados, siguiendo intereses pragmáticos más que ideológicos (Chatham House. The Royal Institute of International Affairs, 2015). Los hutíes, también conocidos como “partisanos de Dios” son la tribu más poderosa de la provincia norteña de Saada, nacieron en la década del 80 y están estrechamente vinculados al zaydismo, una rama del islam chií que se opone a un salafismo en expansión. La pertenencia religiosa al chiismo será una de las características enfatizadas por aquellos análisis que toman a la guerra en Yemen como un enfrentamiento sectario entre sunnís, apoyados por los saudíes, y chiíes patrocinados por Irán al que denominan “*proxy war*” o “guerra subsidiaria”.

En segundo lugar, el movimiento sudista *Al Hiraq* constituye otro pilar del conflicto, que tuvo como objetivo obtener la independencia de las provincias de Yemen del Sur (Aden, Lahech, Shebua, Al Dalea y Hadramut) y terminar con la marginación tanto política como económica de parte del norte. Esto se ve acentuado ante la toma de Adén por parte de los hutíes en el año 2015, escenario frente al cual los separatistas del Sur se alinean con Hadi para detener el avance hutí. Al igual que los hutíes, establecieron alianzas cambiantes ligadas a la coyuntura y a los intereses, como también mostraron esicciones al interior del movimiento.

En tercer lugar, el partido *Al Islah* o Congregación Yemení para la Reforma desempeñó un rol importante como oposición a la alianza entre Saleh y los hutíes que apuesta por la vía reformista e institucional. Este partido de alcance nacional, con lazos estrechos y complejos con la Hermandad Musulmana encontró en el año 2011 una oportunidad para poder consolidar su poder y llevó a cabo un rol cambiante determinado tanto por las presiones institucionales internas y cada vez más por el apoyo regional. El partido Al Islah participó directamente de los levantamientos de 2011 otorgando recursos y canalizando las demandas, sin embargo, también fue acusado de haber “secuestrado” la revolución en su propio beneficio. Asimismo, la Operación iniciada por la coalición saudí marco un punto de inflexión en las relaciones con este actor, que adoptó una postura pragmática para lograr mantenerse en el poder.

Finalmente debemos referirnos a la monarquía saudí, dentro de la cual se marca una ruptura en el año 2015 con el ascenso del príncipe heredero Mohamed Bin Salman de 33 años, quien comenzó un proceso de concentración del poder dando por tierra el

principio de consenso vigente hasta el momento y marcando un contraste con la elite gerontocrática saudí. El joven príncipe fue la cara visible de la *Operación Tormenta Decisiva* y el principal artífice de la intervención en Yemen, mientras que el poder de la figura del Rey Salman se ve cada vez más diezmado debido a problemas de salud y al golpe de palaciego dado por Bin Salman. Desde los levantamientos en el año 2011 la política exterior saudí debió “barajar y dar de nuevo” situándose en una fase de transición. Esto implicó una política de mayor agresividad respecto a sus vecinos frente a la amenaza al statu quo representada por el vacío de poder generado ante la caída de líderes regionales en el marco de la Primavera Árabe.

El presente trabajo busca revalorizar la singularidad de la relación entre Arabia Saudí y los grupos locales de poder en Yemen, entendiendo a este país no como un actor monolítico y unificado sino como un ‘Estado colapsado’ inmerso en una miríada de conflictos y susceptible a las alianzas cambiantes entre grupos locales. El objetivo es comprender las interacciones entre los grupos de poder en Yemen y la monarquía saudí yendo más allá de la narrativa del enfrentamiento *proxy* entre Arabia Saudí e Irán, que ha buscado enfatizarse e instrumentalizarse por estos últimos actores.

Por lo expuesto anteriormente, se puede decir que el conflicto yemení es multidimensional y comprende múltiples actores lo que lleva a enunciar el siguiente interrogante general: **¿Cómo la relación de Arabia Saudí con Al Islah, Ansar Allah y Al Hirak determinó el devenir del conflicto desde el año 2015 hasta 2021?**

De dicho interrogante general se derivan los siguientes interrogantes específicos:

- ¿Cuáles son las identidades en base a las cuales construyen sus intereses los principales grupos de poder en Yemen?
- ¿Qué impacto generaron las medidas de política exterior saudí, en el marco del ascenso de Mohamed Bin Salman, respecto a los grupos de poder en Yemen?
- ¿Cuáles fueron los cambios en las alianzas entre los distintos actores analizados y su determinación en el devenir del conflicto?

En virtud de estos interrogantes, el objetivo general planteado en este trabajo consiste en **analizar** cómo la relación de Arabia Saudí con Al Islah, Ansar Allah y Al Hirak determinó el devenir del conflicto desde el año 2015 hasta 2021.

A su vez, cabe exponer otros tres objetivos de tipo específicos que serán de utilidad para alcanzar el objetivo general:

- **Identificar** y **describir** las identidades en base a las cuales los principales grupos de poder en Yemen constituyen sus intereses.
- **Examinar** el impacto que generaron las medidas de política exterior saudí, en el marco del ascenso de Mohamed Bin Salman, respecto a los grupos de poder en Yemen en el período de estudio.
- **Analizar** los cambios en las alianzas entre los distintos actores y su determinación con el devenir del conflicto en el período 2015-2021.

En consecuencia, el presente trabajo sostiene como *hipótesis* que la operación Tormenta Decisiva, diseñada en el marco de una nueva política exterior saudí concentrada en la figura del Príncipe Heredero Mohamed Bin Salman, generó una metástasis del conflicto y una radicalización de determinados actores contribuyendo al colapso estatal yemení. El año 2015 marcó un quiebre en el complejo rompecabezas yemení cuando se sumó la incidencia de la dimensión regional y el factor sectario haciendo que éste adquiriera nuevas características. En ese contexto, la Operación Tormenta Decisiva, diseñada en el marco de una nueva política exterior terminó generando una metástasis del conflicto en Yemen y una radicalización de los actores que en él participan, manifestándose en alianzas cambiantes, con dinámicas y narrativas propias en la lucha de poder regional.

Marco teórico - conceptual

Para abordar el análisis se plantea una lectura desde la **corriente teórica constructivista**, puntualmente desde la perspectiva de Alexander Wendt. El autor incorpora al análisis el carácter ‘ideacional’ para comprender cómo se produce un proceso de interacción entre los diferentes agentes o actores y la estructura o contexto en el que se produce, y por qué determinadas prácticas o acciones adquieren sentido sobre otras, basándose en los significados intersubjetivos generados en la interacción. Así, a las tres dimensiones que definen la estructura política del sistema internacional que propone Waltz, los principios constitutivos (la anarquía), las unidades interactuantes (Estados) y la distribución de las capacidades materiales, Wendt propone agregarle una cuarta, “la estructura de identidades e intereses construida de forma intersubjetiva dentro del sistema” (Wendt, 1992).

El enfoque propuesto por Wendt permite analizar cómo los actores al interior del territorio yemení, construirán su identidad en base a, por un lado, la autopercepción como cualidad subjetiva y, por otro, a una “cualidad intersubjetiva” de carácter sistémico (Wendt, 1992). Por consiguiente, estas identidades van a proveer la base sobre la cual se constituirán los intereses de los distintos actores analizados, que en el caso yemení son múltiples y cambiantes, y cuya idiosincrasia permanece representada de forma heterogénea por clanes que han ido forjando alianzas, caracterizadas por ser inestables y efímeras.

Paredes Rodríguez (2008) brinda una herramienta útil para el análisis cuando define a las identidades como “construcciones socio-culturales que adquieren forma y determinadas características en un contexto y en condiciones socio históricas concretas en donde los aspectos religiosos y étnicos desempeñan un rol destacado.” Las asociaciones humanas están construidas sobre ese entendimiento intersubjetivo, lo que posibilita hablar de asociaciones en permanente construcción y constante cambio que se reflejan claramente en las alianzas efímeras características del escenario yemení.

Es en la co-determinación de los actores donde se haya la clave para comprender el conflicto yemení, principalmente debido a los intereses superpuestos, conflictos enquistados y de realineamientos fluidos y difíciles de predecir. Son los entendimientos intersubjetivos los que se hacen estables y dan origen a las instituciones, que en el caso yemení son frágiles, o según algunos autores, fallidas.

Los numerosos actores que intervienen en la política yemení, sus características tribales y la falta de capacidad para controlar el territorio por parte del gobierno hace que se lo cite como ejemplo de Estado colapsado. En línea con esta idea, Rotberg realiza una clasificación de Estados, teniendo como extremos a un Estado fuerte y a un Estado Colapsado, como niveles intermedios al Estado Débil y al Estado Fallido. Retomando esta clasificación, se ubica a Yemen como “**Estado colapsado**” entendido como “la situación en la que el poder central no tiene capacidades significativas en sus tres dimensiones de elaboración de reglas, control de la violencia y cobro de impuestos”, siendo el polo opuesto del tipo ideal de Estado weberiano (Ferreira Bermúdez, 2017). Esta conceptualización es menester para entender el punto de partida, desde el cual abordar el conflicto yemení.

En un escenario con un sinnúmero de actores, e intereses yuxtapuestos y cambiantes que afectan la estabilidad institucional del Estado yemení y amenazan el interés nacional saudí, es casi imposible no apelar al concepto de **alianzas líquidas** de Soler I Lecha. El autor hace referencia a vínculos cortoplacistas basados en el pragmatismo, antes que en una ideología compartida cuando sostiene que la percepción de qué o quién representa una amenaza cambia en función de acontecimientos puntuales y es así como proliferan alianzas que se circunscriben a un tema y suelen tener fecha de caducidad. No obstante, el autor matiza este concepto cuando sostiene que también existen rivalidades que se sostienen en el tiempo más allá de los cambios coyunturales (Soler I Lecha, 2016).

En lo referente a la monarquía saudí, el constructivismo y su énfasis a los factores ideacionales nos permite analizar la hegemonía construida por la Casa Real Saudí a través de su dominio discursivo y búsqueda de obediencia y consenso por medio de la religión. Hernández Martínez (2019) apela a categorías gramscianas para explicar este fenómeno “El protagonismo saudita se explica en gran parte por la hegemonía intelectual y cultural, en palabras de Gramsci, que ha logrado alcanzar tanto dentro como fuera de sus fronteras. Arabia Saudí potencia al máximo recursos como la religión, para distinguirse del resto de actores”.

Finalmente, para caracterizar a la política exterior saudí es útil aplicar el concepto de “**omniequilibrio**” entendido la necesidad percibida de contrarrestar simultáneamente todas las amenazas internas y externas a su seguridad, en el contexto de un sistema internacional en el que sus aliados occidentales son mucho más proclives a defenderlos de las amenazas externas que de las internas. En otras palabras, podemos decir que la principal amenaza a la ortodoxia y el inmovilismo saudí proviene de los movimientos transnacionales, como lo fueron las protestas iniciadas en Yemen en el año 2011.

Marco metodológico

Siguiendo los objetivos de la presente investigación, este trabajo adoptará un diseño de tipo cualitativo, con carácter analítico descriptivo. Con el fin de avanzar en la elaboración del trabajo se recurrirá a fuentes secundarias como libros y publicaciones de centros de investigación, tesis doctorales, medios de comunicación e información como diarios y artículos periodísticos internacionales y de la región. Adicionalmente, en menor medida, se apelará a fuentes primarias como discursos, publicaciones en redes

sociales de cuentas oficiales, declaraciones oficiales en organizaciones internacionales, etc.

Las técnicas de recolección de datos utilizadas la recopilación y análisis de información, observación de datos, el fichaje de los documentos, artículos y de las fuentes primarias y secundarias mencionadas previamente. Por otro lado, como técnicas de análisis de datos se recurrirá al análisis interpretacional y de contenido, recurriendo a fuentes propias de la región del MENA como también de origen europeo, norteamericano y latinoamericano.

El período bajo estudio tiene inicio en el año 2015, que marca un parteaguas con dos fenómenos que afectan las relaciones entre Arabia Saudita y Yemen: la operación Tormenta Decisiva, bajo la égida de Mohamed Bin Salman como príncipe heredero adjunto de la corona saudí, y la dimisión de Hadi tras la toma del palacio presidencial por parte de los hutíes en alianza con Saleh. Es en este momento cuando se produce una metástasis y regionalización del conflicto, sumando a la dimensión sectaria como una narrativa más desde la cual abordar las relaciones entre los actores. El año 2021 marca el fin del período analizado, enmarcándolo en un enquistamiento del conflicto y los efectos de la pandemia del COVID-19, principalmente sobre la población yemení.

El presente trabajo estará estructurado en tres capítulos. En el primer capítulo se abordará la organización, estructura e intereses que hacen a los grupos Ansar Allah, Al Hirak y Al Islah, así como también las subdivisiones y cambios al interior de cada uno de estos grupos locales sobre los que construyen su identidad. El segundo capítulo, se enfocará en la figura de Mohamed Bin Salman, su ascenso al poder, y las repercusiones de sus proyectos principalmente en materia de política exterior, como así también al interior del reino. Para finalizar, en el tercer capítulo se estudiarán los cambios en las relaciones de los distintos actores estudiados, exponiendo a modo de cierre una serie de consideraciones finales.

Capítulo 1 – Identidades e intereses en Yemen

Desde los inicios de su historia, Yemen no fue identificado con un mundo de fronteras establecida, ni tampoco de poder estatal en la forma moderna, sino que se puede describir como un lugar de opuestos forzados a unirse a través de acuerdos endebles elaborados por hombres fuertes. Es por esto que el objetivo del presente capítulo es identificar y describir las identidades de los grupos de poder Al Islah, Ansar Allah y Al Hirak desde su surgimiento hasta el año 2021. Asimismo, se aborda la forma en que estos grupos construyeron sus intereses que determinaron su modo de vincularse, los diversos factores, tanto internos como externos, que influyeron en la construcción de sus identidades, y las distintas ramas al interior de cada uno de ellos.

1.1 Consideraciones preliminares sobre los grupos de poder en Yemen

La unificación de Yemen en el año 1990 no fue exitosa. La falta de redes institucionales modernas permitió que algunos líderes tribales mantuvieran su influencia política y social en el tiempo. Así, el entramado de poder político asoma en las grietas de la fachada democrática yemení, que poco tiene que ver con organizaciones sociales y/o partidos políticos, sino que radican en la capacidad de acción e influencia de los hombres fuertes de las tribus a lo largo y ancho del territorio.

Yemen puede ser definido como un ‘Estado del Caos’ en el que coexisten diversos grupos con distintos grados de legitimidad y en el que la soberanía del gobierno central es sólo de carácter nominal, dado que no controla el total del territorio. Sin embargo, al interior de lo que parece ser un escenario anárquico existe una cierta lógica a partir de la cual podemos comprender los intereses de los principales grupos, contruidos en base a su historia, cultura, religión, entre otros factores que conforman su identidad (Salisbury, 2016).

El abordaje constructivista actúa como un eje ordenador de lo que parecería una situación anárquica, ya que nos permite no sólo entender el cambio haciendo foco en el estudio de la interacción, sino también abordar desde una lógica multicausal la identidad y los intereses de los distintos actores.

Para los constructivistas, los recursos materiales adquieren un significado para la acción humana por medio de las estructuras del conocimiento compartido en las que la sociedad se encuentra inmersa, lo que otorga el carácter ‘social’ a las ideas es su calidad

de intersubjetiva. En otras palabras, podemos decir que es en la interacción donde se adquieren los significados y se ve la ‘socialidad’(Abdullah, 2011).

La existencia de diversos grupos de poder entre los que existió y existe una relación compleja que oscila entre la competencia y la colaboración selectiva son la norma en la sociedad yemení. La unificación poco pudo lograr respecto a la construcción de una idea de nación unificada, puesto que prevalecieron las lógicas clientelistas y tribales, y la primacía del particularismo por sobre la unidad nacional. Esto significó un importante desafío de seguridad interna yemení, como también una amenaza para los países vecinos.

Siguiendo con este razonamiento, Rotberg propone el concepto de ‘Estado Colapsado’ en el que se empoderan los ‘hombres fuertes’ en detrimento de un gobierno central y donde no existe un monopolio de la fuerza, ya que esta autoridad está disgregada en los distintos grupos locales de poder. En otras palabras, los ciudadanos canalizan y dirigen sus demandas a autoridades por fuera del aparato estatal pero que reproducen las funciones estatales básicas. En palabras de Ferreira Bermúdez (2017) en un Estado Colapsado los “actores subestatales toman el poder, se produce un vacío [total] de autoridad, y la principal entidad política desaparece”.

En síntesis, se trata de una situación en la que el Estado no tiene capacidades significativas en sus tres dimensiones centrales de elaboración de reglas, control de la violencia e impuestos. Esta situación se hace patente, por ejemplo, en gobernaciones periféricas como Marib, al-Jawf, Shabwa y Saada, donde las tribus siguieron desempeñando un papel central y el Estado ha sido incapaz de proporcionar seguridad, infraestructuras, o servicios públicos. Un elemento a destacar en el concepto de Estado colapsado fue el protagonismo de los actores internos en este ‘colapso’, por lo que la variable externa aparece como una fuerza rectificadora de estas fallas internas. Esto permitió que se instrumentalice esta condición, muchas veces en favor de intereses externos.

Las soberanías son múltiples en el escenario político yemení, siendo la tribu el núcleo en torno al cual se organiza la vida política, económica, y social. Este complejo equilibrio muestra sus límites ante el vacío de poder generado por el golpe de Estado llevado a cabo por la alianza entre Saleh y los hutíes. La idea de remover a Saleh, que en un principio aglutinó a muchos sectores de la sociedad, terminó por condenarla. En

las tres décadas que se mantuvo en el poder, Saleh fue el hombre fuerte que monopolizó la vida política, basándose en un poder clientelar, entretejiendo alianzas con los líderes tribales y concentrando la lealtad de las Fuerzas Armadas.

Las tribus y el ejército han sido los pilares del sistema yemení, y determinaron la estabilidad social y política más que cualquier otro tipo de institución. En este sentido, podemos hablar de dos aspectos cruciales para otorgar al estado yemení el calificativo de ‘colapsado’ y comprender la fallida transición democrática: En primer lugar, el vacío de poder generado ante el resquebrajamiento del sistema de patronazgo construido por Saleh y enfatizado por los levantamientos de 2011; y, en segundo lugar, el desmoronamiento de las Fuerzas Armadas, fragmentadas en función de las lealtades tribales y actuando como un factor permisivo frente al avance de *Ansar Allah*.

En Yemen, la idea de ‘clan’ sigue predominando por sobre la idea de ‘pueblo’ en el sentido moderno del término. Por tal motivo, si se hace referencia a la identidad yemení, se debe comprender que, a pesar de la fachada democrática, existencia formal de un sistema multipartidista, o elecciones, lo que existe es una continuidad de la estructura tribal bajo ropajes democráticos, y no un verdadero pasaje a un Estado de derecho. Las nuevas formas de representación, como los sindicatos u organizaciones juveniles, poseen una lógica subrepticia que responde a los intereses de los hombres fuertes de Yemen.



Figura 1. Mapa de Yemen (Al Jazeera, 2019)¹

Como se puede observar en la *Figura 1*, el territorio yemení estuvo controlado por diversos actores con distintas identidades e intereses, que reflejaron el deshilachamiento del tejido social y la importancia cada vez más crucial que tiene la pertenencia a una tribu o clan para poder asegurar el propio bienestar e incluso la subsistencia.

En este sentido, puntualmente bajo la figura de Saleh, se construyó un ‘nosotros’ con determinadas características que dejó afuera, excluyó, marginó o criminalizó en este caso a muchos ‘otros’ que fueron quienes tomaron la voz de las protestas contra el oficialismo exacerbando la narrativa del ‘nosotros contra ellos’. En consecuencia, el particularismo ganó terreno frente a ideas como la de ‘unidad nacional’, que se utilizaron para justificar la supresión de la disidencia y como arma para subyugar e

¹ Disponible en <https://www.aljazeera.com/news/2019/3/24/yemen-conflict-who-controls-what>

intimidar. Por ejemplo, cuando las personas del sur expresaron alguna crítica al gobierno, fueron apodadas como ‘*infilsali*’, que significa ‘separatistas’. Es así como la idea de unidad nacional que comúnmente utilizamos para hablar de sociedades con fuertes lazos sociales, en el caso yemení se utilizó para justificar la opresión en nombre de la identidad nacional.

La primavera árabe reflejó el debilitamiento del sistema de patronazgo de Saleh, proceso que venía haciéndose notar en los años previos, intentando colocar a Hadi en el poder con una magra legitimidad de origen y llevando al país a un invierno autoritario que ensombreció las posibilidades de una verdadera democratización en Yemen. No obstante, esta lógica de ‘nosotros contra ellos’ u ‘oficialismo vs. oposición’ dejó de lado las múltiples divisiones e identidades de ambos lados, a los que solo unía el rechazo a esa otredad que amenazaba sus intereses o su existencia. Dicho esto, lo que se buscará en este capítulo es identificar los intereses de los principales grupos de poder que fueron partícipes en el intento de construcción del Estado yemení, y que vieron involucrados sus intereses luego del golpe de estado del 2014 y de la posterior operación liderada por Arabia Saudí.

Lo que existe en Yemen son más bien soberanías múltiples, con su propia historia en torno a la cual construyeron legitimidad y entre las cuales se entretejieron ‘alianzas líquidas’ o se gestaron rivalidades sólidas.

1.2 La doctrina religiosa zaydí

Una arista primordial que constituye la identidad del movimiento de *Ansar Allah* es la religiosa, particularmente, su vínculo con el zaydismo. Los hutíes se presentan como descendientes de la herencia zaydí en el norte de Yemen, la cual supo ser la doctrina oficial de Yemen del Norte por muchos años. Los inicios del movimiento tuvieron lugar en Saada, y su objetivo fue el de defender las tradiciones del zaydismo, una variante local del islam chiíta, contra la creciente influencia wahabí de Arabia Saudí y la promoción del islam suní por parte del gobierno central y la rama yemení de los Hermanos Musulmanes, el partido *Islah* (Transfeld, 2015).

El componente histórico también tiene un fuerte peso en la identidad de los hutíes, ya que estos afirman que luchan por restaurar el "derecho divino" a gobernar que les fue arrebatado en 1962. Además, los hutíes rechazan cualquier sistema político que no sea un imamato. Asimismo, la localización del grupo no es casual (ver *Figura 1*). El

término ‘Hutí’ se refería originalmente a un gran clan que ocupaba parte del norte de la provincia de Saada.

Emulando a su antiguo líder religioso Zayd bin Ali, que luchó contra un régimen corrupto, los hutíes también se involucraron en una multiplicidad de enfrentamientos con el régimen de Saleh entre 2004 y 2010 en Saada, principal bastión territorial hutí. Tras el asesinato del patriarca Hussein al-Houthi en 2004, el Ejército dirigido por el general Ali Muhsin al Ahmar fue incapaz de derrotar a los combatientes hutíes que amenazaron repetidamente la capital, aprovechando las diferencias existentes entre el Ejército y el presidente. Durante este período de enfrentamientos conocido como ‘Guerras del Saada’, el principal apoyo externo del gobierno de Saleh fue Arabia Saudí. Es a partir de dicho enfrentamiento que se introdujo la narrativa de los hutíes como ‘proxys’ iraníes.

La resistencia al gobernante injusto y a sus partidarios representa un valor central en esta escuela de pensamiento zaydí. Fue en torno a esta idea de la resistencia que el movimiento desde sus etapas más embrionarias fue forjando la idea de que existe una amenaza a su identidad colectiva y la comunidad en su conjunto (Mawri, 2021). Asimismo, la idea de autoperibirse como un grupo marginado y desplazado sirvió como polo de atracción para engrosar sus filas con ciudadanos no zaydíes, pero con los que compartían el calificativo de ‘ciudadanos de segunda’ y padecían la incapacidad del Estado para dar respuesta a sus demandas.

El estatus privilegiado del que gozaron durante el periodo del Imamato es crucial para entender la privación de derechos culturales a la que se enfrentó esta comunidad concreta durante el gobierno del Estado republicano y antes de la llegada al poder de *Ansar Allah*. Los zaydíes fueron los beneficiarios sociales y políticos del fuerte Estado del Imamato zaydí, pero después se convirtieron en una minoría religiosa que se enfrentó a los desafíos del recién establecido Estado republicano. Luego de la revolución de 1962, el Estado republicano comenzó a reprimir la doctrina zaydí y cualquier iniciativa para difundirla. Discriminó a los zaydíes y subvencionó cualquier movimiento que se opusiera a ellos y a su ideología, enfatizándose esto en los 30 años bajo el mandato de Saleh. El Estado republicano desplazó la identidad religiosa en pos del prevailecimiento de los grupos de pertenencia tribal (Mawri, 2021).

Sin embargo, el panorama cambió luego de la expansión de la doctrina wahabita en Yemen, cuyo éxito se debió primordialmente al apoyo financiero de Arabia Saudita. Este apoyo económico sumado a los capitales privados y el rol de las tribus, funcionaron como un terreno fértil para la difusión de las creencias wahabitas entre las décadas del '70 y el '80. La reacción que se levantó contra esta expansión constituyó lo que se conoció como revivalismo zaydí, cuyo fin fue recuperar el terreno perdido frente a la sunnización de un territorio que representaba como el corazón del zaydismo. Vale aclarar que la mayoría de los hutíes eran zaydíes, pero *Ansar Allah* tenía sucursales y partidarios en zonas sunníes, donde se presentaban como una facción no contaminada por la corrupción del régimen anterior.

El movimiento tuvo un claro carácter revisionista, pero a su vez híbrido. Sus bases fueron tradicionalistas, pero propuso también ideas revolucionarias que hicieron aflorar nuevamente identidades tribales y religiosas en Yemen que, con la aparición del multipartidismo en 1990, encontraron nuevos medios de expresión política. Se declaraban en contra de la corrupción gubernamental y de la expansión de los grupos salafistas radicales, que acusaban de ser impulsados por su vecino saudí. De hecho, la convergencia de identidades religiosas ha sido promovida por el gobierno desde hace décadas, con la ayuda decisiva de los saudíes, para potenciar las instituciones republicanas frente a las reminiscencias del imamato (Ardemagni, 2016).

1.2.1 El movimiento *Ansar Allah*

'*Ansar Allah*' o 'Partisanos de Dios' son términos que comenzaron a hacerse oír en el año 2014, luego de que una milicia hutí así denominada ocupara Sanaa. Se había expandido más allá de los combatientes rurales para incluir a los hutís chiítas del norte y a las élites nacionales suníes preocupadas por el levantamiento de 2011, inseguras de que la Conferencia de Diálogo Nacional protegería sus intereses creados. Al parecer, también contaba con el apoyo de Irán que, lejos de buscar revertir estas acusaciones, dio la bienvenida a los nuevos miembros del 'eje de la resistencia' a través de un comunicado de su Guardia Revolucionaria. La regionalización del conflicto enfatizó los antagonismos y redujo las posibilidades de una reconciliación nacional, desdibujando incluso las diferencias entre el chiismo duodecimano y el zaydismo, equiparando a los hutíes con la estructura de creencias persas.

Las revueltas de 2011 junto al declive del poder de Saleh constituyeron la ‘tormenta perfecta’ que permitió a *Ansar Allah* recobrar importancia en la arena política y participar en la renegociación del nuevo régimen que adoptaría el país. Un proceso del que, hasta entonces, habían sido excluidos. *Ansar Allah* puso en duda la viabilidad del proceso de reforma respaldado por la comunidad internacional, y fueron quienes dieron el embate final al intento de canalizar institucionalmente las revueltas iniciadas en 2011 en el país, dando por tierra la transición democrática.

El experimento político yemení, que se condensó en la Conferencia de Dialogo Nacional del año 2014 liderada por las elites, sorprendió a sus propios impulsores cuando los hutíes, a quienes se buscó excluir, se erigieron como principal actor político en Yemen. La decisión del gobierno de eliminar el subsidio al combustible fue el caballo de batalla utilizado por los hutíes para oponerse al gobierno. La táctica resultó efectiva, puesto que muchos oficiales del ejército se negaron a luchar contra los miembros de *Ansar Allah*, o incluso pasaron a formar parte del movimiento.

La presencia de este grupo en Saná no fue un problema mayor hasta que, luego de haber exigido mayor participación al gobierno de Hadi, ocuparon el palacio presidencial obligando a éste a dimitir y a escapar de su arresto domiciliario exiliándose en Adén.

En 2014, ya con el poder en sus manos, los hutíes firmaron el *Peace and National Partnership Agreement*, un acuerdo auspiciado por Naciones Unidas que buscó detener la escalada del conflicto que siguió a las protestas por el aumento del precio del combustible. Este acuerdo simbolizó una especie de ‘fe de erratas’ de lo que había sido la Conferencia de Dialogo Nacional y dio reconocimiento tanto al grupo *Ansar Allah* como a *Al Hirak* con el nombramiento de un representante de cada grupo como asesores presidenciales. Además, el acuerdo incluía una serie de beneficios sociales y mejoras salariales, y se esperaba que fuera una nueva hoja de ruta para la transición. El acuerdo otorgaba a los hutíes grandes concesiones políticas a cambio de que aceptaran retirarse de Saná. En cuanto Hadi cumplió su parte del trato, los primeros se negaron a retirarse, exigiendo aún más concesiones hasta la dimisión del entonces presidente legítimo.

No obstante, el movimiento siguió creciendo, controlando todo el territorio noroeste del país y avanzando hacia el sur, llegando a tomar la ciudad portuaria de Hodeida y mostrando un compromiso selectivo con el acuerdo firmado. Así, constituyeron el primero de muchos acuerdos donde el principio *pacta sunt servanda* brillaría por su

ausencia. En otras palabras, el poder real acumulado por el movimiento *Ansar Allah* y las rivalidades internas tuvieron un peso mayor que logró sepultar el acuerdo.

Sin embargo, los hutís y el gobierno de Hadi fueron apenas dos actores entre una multiplicidad de grupos, que se enfrentaron a sus propias divisiones internas. Desde el punto de vista de muchos yemeníes, especialmente los que se encuentran fuera de las tierras controladas por los hutís o los leales a Hadi, no tenían más o menos legitimidad que otros líderes locales y grupos identitarios que prestaban servicios similares a los del Estado (Salisbury, 2016).

1.3 *Al Hiraq Al-Janoubi*

La unificación de Yemen en la década de los '90 no consiguió atenuar las diferencias entre el Norte y el Sur, sino que éstas se exacerbaban al punto de poner en riesgo la integridad territorial del país. La idea de unidad sin una constitución adecuada en la que los viejos liderazgos seguían calando hondo, el fracaso de la unión de los ejércitos, los problemas de distribución del petróleo y la subestimación de las fuerzas externas fueron los errores más relevantes que condujeron a una guerra civil en 1994 y al consecuente fracaso de la consolidación estatal en Yemen. En este contexto surge la denominada 'cuestión del sur' (*al-qadiya al-janoubiya*): la segregación y la exclusión política y económica del Sur de Yemen frente al Norte.

La 'cuestión del sur' refiere al sufrimiento político y económico del pueblo del Sur bajo el régimen del Norte. El despliegue de las fuerzas militares del Norte en sus ciudades y montañas, la exclusión de los diplomáticos del Sur y de los generales y soldados del Ejército de sus trabajos, el reparto de las tierras, y la transferencia de las riquezas de las provincias de Hadramawt y Shabwah entre los dirigentes del Norte fueron algunos de los hechos que tuvieron un profundo impacto en la formación de *Al Hiraq* como movimiento, y que hacen la identidad de los ciudadanos sureños.

Este sentimiento de marginación, y de percepción de los sudistas como 'ciudadanos de segunda' actuó como caldo de cultivo para la generación del movimiento *Al Hiraq Al-Janoubi*. A pesar de que durante un tiempo no pudieron expresar su descontento por la amenaza de represión militar, el movimiento dio inicio a su revolución pacífica a principios de 2007. En un primer momento, formaron la "Asociación de Militares

Pensionistas", este sería sucedido posteriormente por el "Movimiento del Sur", a través del cual los sudistas exigieron la igualdad con los norteños y la vuelta a su trabajo. Este movimiento comenzó exigiendo la igualdad, los derechos financieros, la justicia en la distribución de la riqueza y la devolución de lo robado, que luego se convirtió en la demanda de sus derechos políticos y la restauración de su estado colonizado (Saleh Ahmed, 2019).

La esperanza de un resurgimiento económico que se asociaba a la unidad se desplomó al momento en que Yemen tomó partido por Saddam Hussein y su invasión a Kuwait en agosto de 1990, perdiendo el apoyo económico de su vecino saudí y llevando a la expulsión de Riad más de 800.000 yemeníes. El factor económico también desempeñó un importante rol en la marginación de la población sureña ya que, luego de la guerra civil, las fábricas fueron afectadas. Las máquinas y las materias primas fueron demolidas o saqueadas y las plantas tuvieron que despedir a sus trabajadores, en su mayoría mujeres.

Este escenario fue posible por la estrategia de ‘divide y vencerás’ aplicada por Saleh, generando un sistema de patrocinio que premiaba a los líderes tribales y políticos que ensanchaban su base de apoyo y marginaba a aquellos que no lo hacían (Brehony, 2017). Utilizando al salafismo y a los Hermanos Musulmanes² como contrapeso del ‘marxismo’ adjudicado a los sureños, el objetivo de Saleh se condensó en una frase ‘Unidad o muerte’ (*al-wahdah aw al-mawt*).

Si nos referimos a los rasgos identitarios, tenemos que hacer referencia a la construcción del ‘otro’ y cómo el Sur construye la disidencia respecto a las costumbres del Norte, de las que permanece en las antípodas. Se cree que el mal gobierno y la corrupción son características de la cultura del Norte en general a la que se proyecta como una comunidad de pensamiento tribal. Contrariamente, los habitantes del Sur se autoperciben partidarios de un Estado-nación regido por la ley estatal y en el que prevalece la igualdad de derechos.

² La Hermandad Musulmana surgió por primera vez en Yemen en las décadas de 1960 y 1970, cuando Abdul Majeed al-Zindani dirigió un grupo de clérigos para establecer un sistema de educación religiosa en el norte de Yemen. El objetivo consistía en contrarrestar la ola de secularismo proveniente del régimen socialista dependiente de los soviéticos en Yemen del Sur.

Lo que aglutinó al movimiento sudista en un principio, a pesar de sus múltiples facciones, no fue la idea secesionista sino el reclamo por mejorar sus condiciones de vida ante la percepción de haber sido segregados luego de la unificación frente a la primacía ejercida por la tiranía del norte. En este sentido, la línea Anglo-otomana³, que históricamente marcó la división entre las dos repúblicas de Yemen —un Norte en el que predominaba el islam con una economía semifeudal y agraria; y un Sur más secular con una economía capitalista— ha perdurado y hace a la identidad de ambas partes del territorio yemení.

El papel de los antiguos militares del Sur, que fueron obligados a una jubilación obligatoria, fue significativo en la creación del Movimiento del Sur porque simbolizan la pérdida de la condición de Estado de Yemen del Sur en 1994. Sin embargo, el movimiento pronto se expandió, abarcando a jubilados, desempleados, o personas en desigualdad de condiciones en los puestos del servicio local. En sus inicios, el movimiento antigubernamental sureño fue descentralizado y predicaba la no violencia para evitar que se los asociara con miembros de grupos yihadistas como *Al-Qaeda* o con partidarios de *Ansar Allah*.

La moderación inicial del movimiento comenzó a reformularse ante el incumplimiento de las promesas presidenciales por parte de Saleh. A pesar de que en mayo de 2008 el presidente permitió repentinamente la elección indirecta de los gobernadores provinciales por parte de los miembros de los impotentes consejos locales, los ciudadanos no podían participar en el sufragio. Por tal motivo, la decisión no logró aplacar a los partidarios del Movimiento del Sur. Esto llevó a que el gobierno adoptara una postura intransigente ante la continuación de las protestas y reprimiera las mismas, provocando que, en el año 2008, se dieran los primeros indicios de la radicalización del movimiento que comenzaría a clamar por la secesión.

Entre 2008 y el 2010 se crearon comisiones de diálogo en un intento que buscó cooptar miembros de *Al Hiraq* y quitar fuerza al movimiento. De todos modos, estas iniciativas ignoraron los reclamos de fondo, por lo que terminarían fracasando.

De acuerdo con la lógica constructivista que estructura el presente trabajo y retomando el informe del International Crisis Group (2011), se puede identificar dos narrativas o

³ La línea divisoria entre las esferas de influencia otomana y británica, la llamada Línea Anglo-Otomana, delimitaba aproximadamente lo que hoy se entiende como Yemen del Norte y Yemen del Sur (Heibach, 2021).

percepciones que hacen a la identidad de las poblaciones de ambas latitudes. Por un lado, el Norte insiste en que la unidad de Yemen quedó sellada por la guerra civil de 1994 y que los principales problemas del Sur existen también en el Norte.

Por otro lado, los líderes y la élite educada del Sur consideraron que la guerra de 1994 anulaba el acuerdo de unificación y lo convertía en una ocupación. Los sureños, tomando la ‘cuestión del sur’ como punto de partida, sostienen que la unificación yemení fue precipitada y que la posterior guerra civil desencadenó agravios únicos y sentimientos de marginación entre sus pueblos. Estos eventos, para los sureños, son fundamentos para una reclamación legítima y legal de separación.

En otras palabras, desde la perspectiva sudista, la guerra civil anuló el acuerdo de unidad entre los dos estados, convirtiéndose el sur en un territorio ocupado y exigiendo esto la revisión del acuerdo o una nueva versión del mismo.

Siguiendo a Zahonero (2013), luego de la corta guerra civil entre ambas regiones en 1994 —en la que el Sur no recibió el apoyo externo esperado de parte de EEUU y Arabia Saudí— se dio un paso fundamental a favor de Saleh, quien en ese momento estaba aliado con el partido de *Al Islah*. Ambos, el Congreso General del Pueblo y *Al Islah*, tuvieron el camino allanado para realizar una remodelación del aparato estatal acorde a sus intereses, aumentando así sustancialmente el número de carteras ministeriales a cargo de funcionarios del partido *Al Islah*.

La descentralización y la multiplicidad de facciones que componen el movimiento sudista son una característica principal del mismo. Sin embargo, más allá de los desacuerdos sobre los medios a través de los cuales alcanzar la autonomía, estos coinciden en el objetivo final, por lo que en el presente trabajo se los analiza como un actor unificado. Dentro del movimiento se pueden identificar al menos siete grupos separatistas: Foro Nacional Superior por la Independencia del Sur⁴; Consejo Nacional Superior para la Liberación del Sur⁵; Movimiento de Lucha Pacífica del Sur⁶; Unión de la Juventud del Sur⁷; Foro Nacional para la Lucha Pacífica del Sur⁸; Consejo para

⁴ Tiene presencia en las gobernaciones de Shabwah y Ad Dali' con algunas actividades en las provincias de Abyan y Hadramaut.

⁵ Este grupo tiene presencia en las gobernaciones de Lahij y Ad Dali' con algunas actividades en Hadramaut y Abyan y tiene vínculos con el movimiento TAJJ con sede en Londres.

⁶ Sus líderes son miembros del Parlamento de Yemen y del Partido Socialista de Yemen. El grupo está principalmente en las provincias de Ad Dali', Lahij y Abyan y Abyan.

⁷ Actúa como una organización independiente y está activa en varias provincias, entre ellas Shabwah, Abyan, Lahij, Ad Dali' y Hadramaut y tiene con el movimiento TAJJ, con sede en Londres.

Dirigir la Revolución Pacífica⁹; Consejo del Movimiento Pacífico para Liberar el Sur¹⁰. (Lansford, 2013).

Las múltiples facciones del movimiento sudista, más allá de su coincidencia en la reivindicación de igualdad para las poblaciones in situ, se tradujeron en diferentes miradas y propuestas para abordar la ‘cuestión del sur’ entre las que no hubo consenso. La descentralización del movimiento se hizo evidente en sus problemas estrategia y táctica y en la falta de una estructura central ordenadora haciendo que cada líder quisiera imponer su agenda propia. En línea con esto, se pueden mencionar propuestas de autonomía que abordaron desde un fuerte gobierno local hasta el federalismo e incluso la independencia.

La dicotomía principal a la que podemos reducir las agendas que aparecen dentro del movimiento sudista se planteó en torno al federalismo o la secesión. Esta división se hizo visible en la Conferencia de Diálogo Nacional en el año 2014, en la que la participación del movimiento sudista fue, cuanto menos, problemática debido a la falta de una voz con legitimidad suficiente que expresara los intereses del Sur. Al designarse un comité liderado por Hadi para resolver la ‘cuestión del sur’, Hirak se inclinó en un primer momento por un Estado federal compuesto por dos estados formados a partir de los territorios de la antigua República Árabe de Yemen en el Norte y la República Democrática Popular de Yemen en el Sur.

Por su parte, el comité designado por Hadi propuso una solución de seis regiones — cuatro regiones en lo que solía ser Yemen del Norte y dos regiones en lo que solía ser Yemen del Sur antes de la unificación— con el fin de impedir la reconstitución del antiguo Sur. Un sistema federal acabó siendo la única solución políticamente aceptable sobre la que los delegados de la Conferencia de Diálogo Nacional podían llegar a un consenso. No obstante, las protestas por parte de Hirak como respuesta a la propuesta fueron muestra de su inminente fracaso.

⁸ El grupo es activo en la ciudad de Adén (sobre todo entre académicos y activistas políticos) con una pequeña presencia en Shabwah.

⁹ El "Consejo para Dirigir la Revolución Pacífica" se fusionó a principios de 2010 con secciones del "Consejo del Movimiento Pacífico para Liberar el Sur.

¹⁰ El Consejo se creó en enero de 2010 para actuar como una "organización paraguas" para todos los de la oposición del Sur. Su objetivo declarado es unir el Movimiento del Sur bajo un solo líder. Sin embargo, aparte de emitir declaraciones el Consejo permaneció inactivo y su liderazgo tuvo una influencia limitada sobre las diferentes facciones del movimiento.

La estructura laxa del movimiento, y los múltiples intentos fallidos de establecer una organización paraguas que nucleee el reclamo sudista, representó una debilidad en su estrategia y efectividad. Este obstáculo se hizo mayor en el año 2008, cuando el grupo comenzó a ampliar sus actividades y sumar adeptos en otras gobernaciones de Yemen.

La difusa estructura de Al Hirak y sus múltiples subdivisiones actuaron como una debilidad para el grupo que debía hacer frente al avance de los hutíes en su territorio. Esta situación se subsanó parcialmente con la creación del Consejo Transicional del Sur en el año 2017, que se encargó de agrupar las demandas del colectivo sudista y establecer alianzas con actores locales y regionales.

1.3.1 El Consejo Transicional del Sur

El golpe de Estado de 2014 no hizo más que recrudecer las tensiones entre el Norte y el Sur de Yemen, generando el caldo de cultivo para la creación del Consejo Transicional del Sur (CTS). En el año 2017 se dio origen al Consejo, el cual nucleó los reclamos por la secesión de la ex República Democrática Popular de Yemen. Fue fundado por el exgobernador de Adén, Aydrus al-Zubaydi, tras ser despedido por el presidente Abdu Rabbu Mansour Hadi, en el marco de enfrentamientos armados en el aeropuerto de Adén.

Su importancia creciente, si se lo compara con el resto de los grupos dentro del movimiento sudista, se la debe en gran parte al respaldo de los Emiratos Árabes Unidos. El año 2017 marca un punto de inflexión para el movimiento *Al Hirak* debido a que el CTS se erigió como actor representativo de los intereses del Sur, que hasta el momento aparecían representados por una miríada de actores y agrupaciones que buscaban en concreto liberarse de la ocupación de Saná y un régimen al que consideran tiránico.

Uno de los documentos que funcionó como fundamento para dar vida al Consejo Transicional del Sur es la Declaración de Adén. Este escrito autorizaba Aidarus al-Zubaydi, el posterior presidente del CTS, a "asumir [...] la administración y representación del Sur" y, por tanto, su "liderazgo político". Es a partir de este mismo liderazgo que se erigió como la voz de la voluntad sureña (Heibach, 2021).

A pesar de que la institución del Consejo representaba un avance en lo que respectaba a la organización y representatividad de los intereses del movimiento sudista, había aspectos de su estructura de mando que no se encontraban claramente definidos. Entre

ellos, se puede citar el vínculo con el Cinturón de Seguridad de Adén y Lahj, así como las fuerzas de élite Shabwani y Hadrami, que no respondían a la autoridad del Consejo.

Retomando a Forster (2017), el CTS fue producto de la desconexión de objetivos entre el gobierno de Hadi y los grupos locales de Yemen. Esta distancia entre el gobierno y grupos locales del movimiento *Al Hira* se hizo clara con el llamamiento a la intervención saudí, mostrando uno de los ejemplos de ‘alianzas líquidas’ en Yemen, puesto que lo que mantenía unida a la coalición no era su postura pro-Hadi sino su posición anti hutí.

Además, el estilo de gobierno de Hadi, que instigó múltiples remodelaciones del Gabinete y otros nombramientos políticos —cuatro entre diciembre de 2015 y junio de 2017— fue perturbador para los procesos políticos y pareció estar basado en la lealtad política más que en la capacidad profesional.

1.4 *Al Islah*

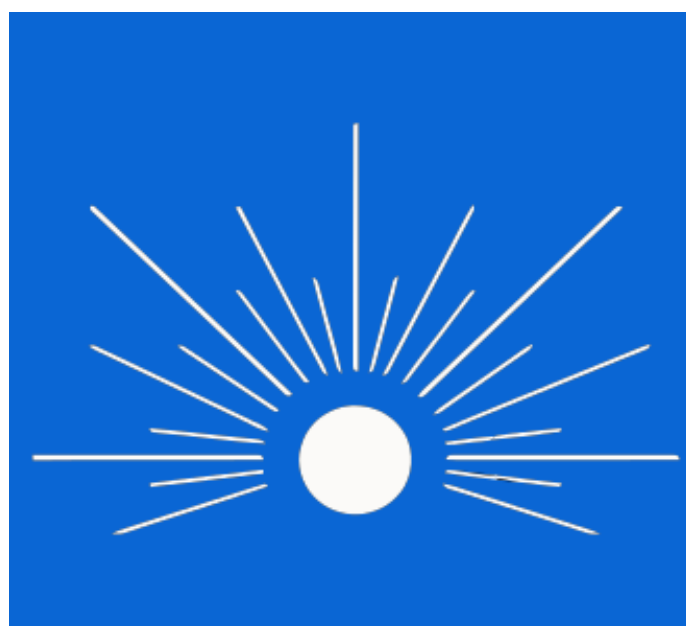


Figura 2. Logo del partido *Al Islah*

Luego de la unificación yemení en mayo de 1990, la recién formada República de Yemen adoptó la democracia como sistema político y como medio para garantizar la fusión de ambos Estados —la República Democrática Popular del Yemen, o Yemen del Sur; y la República Árabe del Yemen, o Yemen del Norte—, a diferencia de la etapa previa en la que el pluralismo partidario estaba prohibido.

A pesar de que el entorno pluripartidista registró no menos de 46 partidos, aquellos con un poder sustancial que surgieron como actores dominantes fueron tres: el Congreso General del Pueblo (CGP), *Al Islah* y el Partido Socialista de Yemen (PSY) (Durac, 2011). Las identidades de los partidos políticos solían ser pre políticas y caracterizarse como más locales e inmediatas, territoriales, tribales o confesionales. A su vez, estas identidades generalmente eclipsaron a las demás, incluidas las afiliaciones partidarias (Ardemagni, 2021).

En primer lugar, el CGP precedió a la unificación y se creó para consolidar el poder de Saleh como un instrumento de supervivencia y patrocinio del régimen. En segundo lugar, el PSY, también creado con anterioridad a la unificación, mantenía una cohesión ideológica y había mutado del marxismo a la social democracia en los últimos años. Finalmente, *Al Islah*, cuyo nombre significaba ‘reforma’, era un partido islamista, descendiente directo de un frente islámico creado por Saleh para frenar la expansión de la influencia marxista del Sur; creado en el período inmediato posterior a la unificación. Saleh buscaba que un nuevo movimiento islamista ayudara a su propio partido a controlar el potencial de los nuevos rivales políticos.

Luego de su creación, *Al Islah* entró en la lucha política en Yemen para apoyar a los dirigentes del antiguo régimen del Norte contra el Partido Socialista Yemení del Sur. A cambio de su apoyo al presidente Saleh y al CGP, *Al Islah* recibió el cargo de viceprimer ministro y cuatro carteras en el gobierno de 1990-1993: asuntos legales; gobierno local; salud, asuntos religiosos y dotaciones; y suministro y comercio. La alianza GPC-*Al Islah* se convirtió así en una coalición electoral y parlamentaria en 1993.

La corta duración de esta alianza se debió en gran parte a los mutuos recelos y, principalmente, al objetivo de Saleh de contener el avance de la Hermandad Musulmana, una de las principales ramas de las que se nutría *Al Islah*. El distanciamiento entre ambos se hizo notar más evidentemente en 1997, cuando el CGP marginó a *Al Islah*. A partir de entonces, este último se posicionó como partido opositor. En este desenlace influyó también la derrota conjunta del PSY, que hizo al partido gobernante prescindir de su entonces aliado.

Así, *Al Islah* consolidó su identidad a partir de una pluralidad de visiones. Durante sus primeros años, la influencia de los salafíes era fuerte en los órganos administrativos del

partido, pero en 1996 la facción de los Hermanos Musulmanes se hizo con el control de la secretaría general, llevando a la debilitación de los salafíes. La figura de Al Ahmar tuvo un rol destacado en la cooptación de otros elementos islamistas y a una serie de influyentes personalidades tribales que se unieron y consolidaron *Al Islah*. Al Ahmar representó la cara visible de la rama tribal al interior del partido, que en conjunto con su familia poseían un gran capital político en el escenario doméstico.

Otra rama de la que se nutre el partido *Al Islah* son los Hermanos Musulmanes, que proceden de la comunidad suní. Surgieron en Yemen del Norte, influenciado por el movimiento en Egipto cuyo fundador, el jeque Abdul Majid al-Zindani, había sido estudiante de la universidad egipcia desde la década de 1960. Este grupo dotó al partido de gran capacidad organizativa y política. A su vez, era el sector más numeroso en términos de miembros, con una base predominantemente urbana, y sus baluartes fueron las universidades y las asociaciones profesionales. Impulsaban un enfoque de participación política y procedimientos democráticos que afirmaban ser compatibles con los valores y las enseñanzas islámicas combinando religión y política en su activismo (Hamzawy, 2009). La Hermandad Musulmana, que carecía de otro vehículo político, constituía uno de los principales grupos de los que se nutrió el partido *Al Islah* a pesar de sus diferencias con Al Zidani, con quienes no compartían sus creencias wahabitas ultraconservadoras, como tampoco las lealtades tribales hacia Al Ahmar.

No obstante, siguiendo a Yadav (2015), se debe matizar la idea de describir al partido como una filial de los Hermanos Musulmanes en Yemen y abordarlo como un partido donde confluían distintos grupos e intereses. El ‘toma y daca’ de la Hermandad con otras facciones del partido demostró que esta última nunca estuvo totalmente al mando de *Al Islah*. Este dato es un importante recordatorio para abordar las organizaciones islamistas, no como monolitos ideológicos, sino como redes de actores situados en contextos específicos; y para indagar tanto en sus aliados como en sus adversarios (tanto dentro de las organizaciones como entre ellas) con el fin de captar mejor el dinamismo que caracterizaba su toma de decisiones y trazar posibles trayectorias futuras.

Finalmente, otra rama que nutría al partido *Al Islah* era el salafismo introducido en Yemen a partir de la década de los ‘90. Los salafíes, a diferencia de los Hermanos Musulmanes, eran escépticos respecto a la participación política y denunciaban los procedimientos democráticos como no islámicos. Sin embargo, en las elecciones

parlamentarias y locales celebradas en Yemen, siguieron votando a los candidatos islámicos como la mejor opción disponible.

Teniendo en cuenta las diversas vertientes que conformaban el partido, debemos afirmar que no hubo un pasaje claro de *Al Islah* hacia la oposición luego de su ruptura con el Congreso General del Pueblo. En la retórica, se ubicaron junto con los revolucionarios en el año 2011, pero siguieron coqueteando con el establishment y mostrando una clara conducta pendular que se debatía en un continuum cooperación-conflicto con el partido gobernante. Ambos constituyeron el amplio paraguas para lograr alcanzar a los líderes de las tribus, conectando sus recursos e intereses con las instituciones centrales.

El manifiesto político describía a *Al Islah* como "una organización política popular que busca la reforma de todos los aspectos de la vida sobre la base de los principios y las enseñanzas islámicas". Sin embargo, el manifiesto también afirmaba que las políticas debían estar "centradas en las realidades y los acontecimientos de sus experiencias [del pueblo]", así como "apreciar la red de factores externos e internos que influyen en el funcionamiento de [...] los aires [de Yemen]". *Al Islah* se distinguía de otros partidos islamistas del mundo árabe por su énfasis en la libertad individual, la libertad de elección y la democracia, así como en las reformas basadas en el islam (Wilson Center, 2015).

Un aspecto a destacar que hacía a la identidad, no solo de *Al Islah*, sino del común de las organizaciones políticas yemeníes, es que éstas no se autodenominaban 'partidos' sino que se han llamado a sí mismos, 'congreso' y "congregación". Esto no fue una casualidad, sino que se debía a la mala imagen y percepción que tiene el pueblo yemení sobre los partidos políticos, a los que veían como responsables de la fragilidad del país, vinculándolos con el desacuerdo y con la mala gestión (Ardemagni, 2016).

Sin embargo, siguiendo a Zahonero (2013), debemos enfatizar también el peso de *Al Islah* en la sociedad yemení, que no se limitaba a su accionar parlamentario. Desde la década de los '90, este partido había conseguido convertirse en una pieza clave del sistema social y político a través de tres factores fundamentales. El primero de éstos fueron las obras sociales gestionadas sobre todo en el Sur del país. En segundo lugar, fue de gran relevancia la fuerte alianza con la vecina y poderosa Arabia Saudí. Finalmente, contó con la presencia de grandes personalidades como al-Zindani o al-Ahmar en una sociedad tan marcada por el personalismo como era Yemen.

La creación de instituciones benéficas y prestaciones de servicios sociales fueron algunas de las tácticas utilizadas por el partido para ampliar su base de apoyo. Un ejemplo de esto fue la creación de la Sociedad de Bienestar Social de *Al Islah* en 1990, que coordinaba sus actividades con los Hermanos Musulmanes. Esta organización se encargaba de campañas de concientización sanitaria, educación religiosa, erradicación del analfabetismo y donaciones de ayuda; dirigidas sobre todo a los pobres de las ciudades durante el mes sagrado del Ramadán.

Si nos enfocamos en los matices internos, podemos afirmar que dentro de *Al Islah* confluían dos tendencias: por un lado, una tendencia favorable al gobierno de Saleh, representada por la corriente salafí (encarnada por Abd al Majid al-Zindani) y la corriente tribal (encarnada por la familia al Ahmar). Por otro lado, un ala reformista con una visión más crítica del gobierno de Saleh, nucleados en torno a miembros de la Hermandad Musulmana.

Como se mencionó anteriormente, el partido representó, desde su distanciamiento con el CGP, una amalgama que incluía tres corrientes de la sociedad: las fuerzas tribales, que eran poderosas en las zonas rurales; los Hermanos Musulmanes, que eran fuertes en las zonas urbanas; y los jeques salafistas, que dirigían una red de escuelas religiosas. Su espectro político incluía tradicionalistas, conservadores pragmáticos y ultraconservadores rígidos (Wilson Center, 2015). Como resultado, *Al Islah* a menudo se enfrentaba a profundas divisiones. Por ejemplo, el partido apoyó oficialmente al candidato de la oposición Faisal bin Shamlan contra Saleh en las elecciones presidenciales de 2006. De todos modos, el jeque al-Ahmar terminó respaldando a Saleh como titular (Day & Brehony, 2020).

La referencia a las bases islamista y tribal de *Al Islah* reflejaba el conjunto de identidades complejas que caracterizaban a sus miembros, ya que los líderes tribales eran también religiosos y los líderes religiosos solían tener vínculos tribales. Un claro ejemplo de esta superposición de identidades puede verse en el jeque Abdullah al-Ahmar, que fue líder de *Al Islah* y, a su vez, jefe de la confederación tribal Hashid. Al-Ahmar fue presidente del parlamento bajo gobiernos sucesivos desde 1993 a 2007, y también tenía lazos con la monarquía saudí, así como vínculos de larga data con las tendencias islamistas dentro del propio Yemen. Por tanto, aunque era la figura tribal más importante de la vida política yemení, también era islamista (Durac, 2011).

El partido *Al Islah* era muestra de cómo el tribalismo, en lugar de ideologías y programas, hundía sus raíces en la política yemení utilizando al clientelismo como herramienta para crear, mantener, y reforzar los lazos de lealtad con sus votantes — especialmente en las elecciones parlamentarias y los consejos locales.

La otra cara de la fortaleza del tribalismo ha sido la ya mencionada debilidad de las instituciones. Como resultado, los islamistas de Yemen se impregnaron de un concepto de la política expresado en términos de lealtad, patrocinio, y conexiones. Asimismo, la orientación tribal, la lealtad dividida, y las posturas cambiantes de sus líderes han contribuido a socavar la capacidad de *Al Islah* para desarrollar una visión ideológica y programática clara. No obstante, desde su alejamiento del CGP, y su rol como partido opositor la influencia de los líderes tribales disminuyó sustancialmente¹¹

A pesar de definirse a Yemen como un sistema multipartidista, en los hechos, el poder efectivo lo detentó el CGP, que comenzó a ser sometido a presiones por parte de la sociedad civil para reformar aspectos de la gobernanza. Como resultado de estas demandas, en 2002 surgió la plataforma *Joint Meeting Parties*: una alianza partidaria que buscaba impulsar el cambio democrático; un sistema político más representativo y con potencial de movilización electoral para desafiar el régimen de Saleh y a su partido.

Ya en 2011, el régimen de Saleh se estaba desmoronando mientras el Congreso General del Pueblo (CGP) y *Al Islah* competían por el poder y el control de los ingresos. Saleh comenzó a preparar a su hijo mayor, Ahmed, para que se convirtiera en su heredero político, incumpliendo los acuerdos previos con el jeque Abdullah al-Ahmar y el general Ali Muhsin al-Ahmar. No podía considerarse a *Al Islah* como una alternativa política real al CGP ya que, a pesar de hacer campaña como opositor formal, siempre ha formado parte del establishment condensado en el sistema de autoritarismo pluralizado que contribuyó a situar a Yemen en un estado de "crisis permanente", provocando los levantamientos populares de 2011.

Este contexto de revueltas apareció como una oportunidad para esta plataforma política, que se beneficiaba del debilitamiento de su principal oponente: el CGP. Sin embargo, fue ampliamente criticada por haber secuestrado la revolución, liderada por jóvenes, y

¹¹ Mientras que 60 de los 63 diputados de Islah elegidos en 1993 tenían afiliaciones tribales, su número se redujo en el parlamento de 1997 a 24 de los 53 diputados y posteriormente a 11 de los 45 en el parlamento de 2003 (Hamzawy, 2009).

luego haberse plegado a los intereses regionales sin tener en cuenta reclamos de amplias franjas de la población.

En este sentido, se puede hablar de un rol ambivalente de *Al Islah*, al que se califica como un partido "fundamentalista" o "radical" a pesar de que su fundador, el jeque al-Ahmar, representaba intereses centristas en el establishment. Es difícil describirlo en términos ideológicos porque, al igual que el CGP de Saleh, operaba principalmente a través del patrocinio y las conexiones personales.

En líneas generales podríamos decir que *Al Islah* hasta la revolución de 2011 no optó por la oposición al régimen de Saleh, sino que más bien fue su baluarte y su aliado. Este partido consiguió un amplio apoyo popular por medio de sus asociaciones de caridad y los distintos servicios sociales del partido. Por otra parte, su sólida alianza con Arabia Saudí y su conexión internacional con los Hermanos Musulmanes le garantizó un rol prominente en las relaciones transnacionales del partidismo yemení. (Zahonero, 2013).

De acuerdo a lo mencionado en el presente apartado, se puede decir que echar luz sobre las distintas posturas al interior de *Al Islah* es crucial para comprender el relacionamiento de este actor con la monarquía saudí. Los vínculos entre ambos actores dependerán en gran medida de qué intereses al interior del partido acumulen más poder y sepan capitalizarlo.

A partir del año 2014 el fin de la convivencia cordial entre Saleh y *Al Islah* interrumpida por el golpe de Estado hizo que este último se posicionara como 'sucesor natural' siendo el único grupo con capital político y con representatividad en el plano político-institucional.

Sin embargo, la oportunidad que se le presentó ante el vacío de poder en Yemen se convirtió en un arma de doble filo ante la composición dividida de la organización. Esta característica le impidió desarrollar una plataforma parlamentaria clara, y lo ubicó en una búsqueda constante para equilibrar los intereses tribales y políticos, como también las diferentes interpretaciones de la plataforma islamista del partido y los electores leales y opositores.

A pesar de sus vínculos con la Hermandad Musulmana, la Operación Tormenta Decisiva y el objetivo de impedir el avance hutí generó una sinergia entre los saudíes y

los partidarios de *Al Islah* que no estuvo exenta de tensiones, las cuales serán analizadas con mayor detenimiento en el capítulo 3.

El accionar de *Al Islah* demostró que obtener el poder en Yemen es una bendición y una maldición al mismo tiempo. Por un lado, representó una oportunidad para preservarse en un contexto de instituciones débiles con el fin de fortalecer sus bases de apoyo. Por el otro, se enfrentó a múltiples desafíos con sus diferencias internas que generaron una postura ambigua, como también su dependencia de apoyo externo.

Capítulo 2 - La política exterior saudí hacia Yemen

En el presente capítulo analizamos los cambios que se produjeron en la política exterior saudí, puntualmente con el nombramiento de Mohamed Bin Salman como príncipe heredero y el impacto de sus medidas de política exterior en el conflicto en Yemen. Asimismo, se abarcan las consecuencias que tuvo la intervención liderada por el reino bajo el nombre de ‘Operación Tormenta Decisiva’ y como afectó la autopercepción saudí sobre su liderazgo regional en el conflicto con su país vecino.

2.1 Arabia Saudí y Yemen: una historia compartida

Desde antes de sus inicios como Estado nación, las relaciones entre Yemen y Arabia Saudí fueron densas y constantes, y oscilaron entre la cooperación y el conflicto entre distintos sectores al interior de ambos países. Ya en la etimología de la palabra “Yemen” podemos ver la influencia e importancia de Arabia Saudí, siendo “*yimee*” la palabra árabe para “derecho.” Se dice que Yemen debe su nombre al hecho de estar situado a la derecha de la Ka'ba', el bloque de piedra cuadrado ubicado en el centro de la Gran Mezquita en Arabia Saudí (Hill, 2017). Así, el nombre con el que se identifica al país nació en referencia a uno de los principales atributos entorno al cual Arabia Saudí construyó su legitimidad: la religión.

La política yemení es compleja y se compone de una miríada de alianzas cambiantes a nivel nacional y regional. Arabia Saudí ha considerado históricamente a Yemen como una fuente de amenazas, y su estabilidad está inextricablemente relacionada con la seguridad de la Península Arábiga.

Ambos países comparten una frontera de 1.500 kilómetros que ha incidido en sus relaciones sociales, religiosas y comerciales; incluso en el período previo a la unificación yemení. En aquel entonces, ambos territorios (la República Democrática Popular de Yemen y la República Árabe de Yemen) vivían a la sombra de los saudíes, quienes ya ejercían un rol tutelar en sus relaciones con actores estatales y no estatales.

La afluencia de dinero saudí (generado en su mayor parte por el aumento de la renta petrolera) hacia líderes yemeníes favorables a sus intereses permitieron la construcción de duraderas redes de patrocinio transfronterizas que durarían más de cuatro décadas. Esta presencia del patrocinio saudí colocó a Yemen, ya desde antes de autoproclamarse como Estado, en una situación de inestabilidad y dependencia.

Un año después del surgimiento de Arabia Saudita como un Estado unificado en 1932, el Reino de Yemen ya había declarado la guerra a su vecino del norte por una disputa fronteriza. Los acuerdos de paz posteriores de 1934, conocidos como el Tratado de Taif, demarcaron una frontera que otorgaba Asir, Najran y Jizan a Arabia Saudita. El irredentismo marcó la identidad yemení y las relaciones con su vecino saudí, que también se vieron afectadas por la unificación en 1990. El reino saudí siempre apoyó financieramente al Norte en el período previo a la unificación. Por eso, la unión del norte y el sur con un gobierno central fuerte encendió las alarmas en Riad, que había utilizado la división de Yemen a su favor.

Mas allá de los conflictos respecto a la frontera disputada, la porosidad de la misma permitió establecer estrechas relaciones comerciales, siendo la monarquía saudí el principal benefactor externo y fuente de divisas de Yemen. No obstante, siguiendo a Ardemagni (2020), el enfoque de Arabia Saudita hacia la frontera con Yemen fue pasando gradualmente del patrocinio y la cooperación con las tribus locales a una militarización progresiva.

Es interesante remontarnos brevemente a la historia de las relaciones entre ambos países ya que esto permite comprender la percepción de cada actor sobre sí mismo y en base a ello la idea que construye sobre su relación con el otro. En otras palabras, lo que se plantea en el presente trabajo es que el conflicto que se ubica dentro del período analizado (2015-2021) tiene una raíz histórica. El rol tutelar saudí se vio reflejado en la historia de las relaciones entre ambos países ya sea a través del discurso que se construyó respecto a Yemen, por medio de la asistencia financiera a los grupos que benefician su posición regional, por influencia en grupos políticos, o bien por un conjunto de las anteriores como sucede en el período analizado.

Respecto a la dimensión social, al igual que en Yemen, en Arabia Saudí tuvo un fuerte peso el origen tribal —orden que la familia real ha sabido conservar y utilizar en su beneficio.

Sin embargo, a diferencia de Yemen, donde prevalecían las diferencias entre las tribus y muchas de ellas se enfrentaron en conflictos armados, la familia real saudí ha puesto límites al conflicto con las tribus, a las que no pudo eliminar del todo. Por tal motivo, aquellas debilitadas fueron tratadas con condescendencia. El caso saudí fue caracterizado por una fusión de familia con Estado como rasgo identitario fundacional

del reino. Esta entidad tribu-estado-familia creció con la bonanza petrolera y sus vínculos con Occidente, y cooptando rivales internos a través de subsidios, puestos remunerados y licitaciones al sector privado para garantizar el orden social.

De este modo, la cohesión tribal fue un componente fundamental en la expansión y fundación del reino, y continuó presente en las redes clientelistas ante la falta de una verdadera burocracia o un sistema de partidos políticos. Así, las tribus fueron uno de los instrumentos a los que echó mano la familia saudí para lograr evitar grandes conflictos internos, sortear las exigencias de participación de otros sectores y tribus, y extender la autoridad estatal. Es así como la estructura tribal no desapareció con la aparición de formas estatales, sino que se apropió de las mismas para conservar su propio poder, continuando con sus vínculos sanguíneos o de linaje familiar.

La fusión de la tribu con el Estado se adoptó como una importante herramienta de control en las etapas de formación del Reino ya en el siglo XVII, en las que la disidencia contra los al-Saud se enmarcaba como disidencia contra el Estado. Con esto en mente, las formas de disidencia política contra la élite gobernante eran interpretadas como una manifestación no sólo contra el Estado, sino también contra Dios (Mabon, 2018).

La relación de Riad con Yemen fue larga y enmarañada. Según Salisbury (2015), muchos yemeníes vieron al reino del norte como un “joven forastero” y “nuevo rico” que ejercía una influencia excesiva en la región, mientras que los saudíes percibieron a Yemen como un Estado problemático y poblado en su propio “patio trasero”, que requiere tanto atención como precaución. Los líderes saudíes han defendido durante mucho tiempo una política de contención en el caso de Yemen, en la que se prestó suficiente apoyo al régimen que esté en el poder en Saná para evitar el colapso del Estado. Sin embargo, se consideró atractivo un cierto nivel de disfunción estatal. El mismo autor sostiene que el rey Abdulaziz dijo en su lecho de muerte: “Mantengan a Yemen débil”, encapsulando así los antiguos temores de que un Yemen fuerte podría ser una gran amenaza para la seguridad nacional saudí (Salisbury, 2015).

Frente a lo anteriormente expuesto, queda claro que las fronteras compartidas y la intervención de Riad en la política yemení a través de canales tribales, religiosos y económicos, así como mediante la financiación directa y oficial, demuestran el rol

activo de Arabia Saudí en Yemen, no como un suceso aislado, sino como parte de un patrón de relaciones regulares que mantiene con su país vecino.

2.2 El ‘omniequilibrio’ en la política exterior saudí

La unidad de tribu-familia-Estado de la que hablamos en el apartado anterior, además de funcionar como una herramienta de control de la oposición, contribuyó al desdibujamiento de la división entre política interna y política exterior. Esto se vio acentuado con la alteración de la estatalidad moderna en la región¹, la cual se caracterizó por la existencia de unidades nacionales cuya estatalidad se vio permeada desde su formación por las decisiones o injerencias foráneas que repercutieron directamente en su estructura doméstica. Desde su concepción como Estados, los países de la región compartieron el hecho de estar atravesados por lógicas e intereses que les son ajenos y que incidieron en el proceso de toma de decisiones, haciendo que el plano doméstico y exterior se encontraran en interacción permanente.

Un ejemplo claro de la imbricación entre política externa y política doméstica fue la Primavera Árabe en el año 2011, que tornó imposible el mantenimiento del tradicional sistema de patrocinio en Yemen y sacudió efectivamente los cimientos de la estructura política de la región, iniciando una transición democrática que terminó por estancarse en el año 2014.

De este modo, el dominio ejercido por los saudíes en su ‘patio trasero’ a través del apoyo financiero a una red de partidos y líderes tribales y políticos, comenzó a disminuir en 2011, dándose como consecuencia una mayor importancia a las relaciones con otros actores como Irán y Qatar.

Los levantamientos árabes ubicaron a Arabia Saudí en un rol contrarrevolucionario, buscando mantener el orden regional y obligándola a redefinir su política exterior. Los movimientos transnacionales se ubicaron como principal amenaza producto de las revueltas, y actuaron como un arma de doble filo afectando no sólo el plano regional, fortaleciendo a Irán como principal rival, sino también incidiendo sobre las capacidades y recursos de socios tradicionales de Occidente como es el caso de Estados Unidos.

Las revueltas de 2011 repercutieron en la ecuación política y de seguridad de Medio Oriente y provocaron cambios geopolíticos y rivalidades ideológicas que compitieron por llenar el vacío de poder resultante en la región. Los países del Consejo de

Cooperación del Golfo mostraron su disposición a diversificar sus alianzas con distintos países en diferentes cuestiones en lugar de apostar todo su capital político a un solo socio regional, buscando un cierto 'omnibalance' (Janardhan, 2013).

Mas específicamente, para comprender los motivos de la oposición saudí a los movimientos revolucionarios, es importante tener en cuenta que Arabia Saudí, así como otros regímenes del Golfo, consideran que la principal amenaza a su seguridad no proviene de otros Estados como Irán, sino de los movimientos transnacionales que, según la percepción saudí, éste impulsa (Kinninmont, 2016). Esta percepción de amenaza se remonta al hito de la revolución islámica de Irán ocurrida en 1979, a partir de la cual ambos países se enfrentaron en una lucha por imponer la versión del islam que consideran legítima. Esto se aprecia sobre todo en Irán y su idea de 'exportar'² la revolución.

La revolución en Irán junto a una inestabilidad creciente en la Provincia Oriental con población mayoritaria chií, se perfilaron como amenazas significativas a la legitimidad doméstica e internacional de la Casa Real Saudí. Los desafíos planteados y las preocupaciones sobre la posibilidad de más disturbios, dieron un aire de excesiva cautela a la formulación de la política saudita (Kinninmont, 2016).

En la región, las autoridades sauditas impulsaron una tentativa de "internacionalismo contrarrevolucionario" frente a los sucesos de la Primavera Árabe y actuaron en varios frentes diplomáticos para evitar que triunfe alguno de los levantamientos en la región, sobre todo en la península Arábiga. En este sentido, se observó una clara diferenciación entre el rey Abdalá, cuya política exterior fue de bajo perfil y otorgó mayor importancia a la política interna, y el reinado de Bin Salman a partir de 2015, que implicó costosas intervenciones y altos niveles de gasto público en armamento, que no obtuvieron los resultados esperados. La lectura de Bin Salman se justificó en las falencias del enfoque anterior que, al mantener su eje en el plano doméstico, su bajo protagonismo en política exterior permitió el ascenso de otros actores regionales que amenazaron su interés nacional (Gonzalez del Miño & Hernández Martinez, 2019).

Los principales objetivos de la política exterior de Arabia Saudí bajo el mandato de Rey Salman fueron la defensa de la soberanía y unidad territorial; garantizar la estabilidad y orden interno; asegurar la permanencia de la doctrina wahabita; conservar la estabilidad y estructura de la monarquía; y consolidar su presencia en el plano internacional. Estas

metas, que guiaron la toma de decisiones en el seno de la corona saudí y la forma de conducirse en el plano regional, se mantuvieron constantes hasta los inicios del presente siglo. Sin embargo, a partir del año 2015, estos objetivos se han interpretado y aplicado con un predominio cada vez más marcado de la dimensión securitaria.

Una vez más, el constructivismo brinda una herramienta útil para entender el viraje de la política exterior saudí, mostrando cómo influyeron en ella los cambios de perspectiva sobre el ámbito regional y la mayor importancia de la autopercepción del régimen saudí, que se vio a sí mismo como el único garante legítimo del islam y como líder natural de Medio Oriente (Gonzalez del Miño & Hernández Martínez, 2019). Cualitativamente, la política exterior bajo el reinado de Bin Salman se caracterizó por retornar a un discurso que ponderaba al sunismo de forma inflexible, con una narrativa que lo colocaba como el emblema del mundo árabe y de las poblaciones sunitas. Al mismo tiempo, apelaba a su status como vector de estabilidad y orden en la región, combinando un fuerte componente religioso y étnico para marcar las líneas políticas de Oriente Medio.

El temor de la monarquía saudí al efecto contagio de las revueltas y a las incidencias dentro de sus fronteras se hicieron patentes en la medida en que la Hermandad Musulmana, organización panárabe que propagaba el islam político, ganó influencia e incluso ganó elecciones en Egipto en el año 2012. Los líderes locales de *Sahwa*, el brazo saudita de la Hermandad Musulmana, también se pronunciaron para buscar reformas políticas. Esto significó una amenaza para la realeza, que temía que la combinación similar de liberales cosmopolitas e islamistas políticos también pudiera llevar a las masas en Arabia Saudita a desafiar a la monarquía (Vohra & Miller, 2020).

Frente a este escenario, el objetivo de la política exterior saudí, puntualmente a partir de la Primavera Árabe, no fue solo el mantenimiento del “equilibrio de poderes”, sino el “omniequilibrio”, una expresión que utiliza Kinninmont (2016) para expresar la necesidad percibida por el reino de hacer frente simultáneamente a todas las amenazas internas y externas a su seguridad, en el contexto de un sistema internacional en el que sus aliados occidentales son mucho más proclives a defenderlos de las amenazas externas que de las internas.

La estrategia elegida por la Corona saudí ante este movimiento transnacional que amenazó su tan deseado ‘omniequilibrio’ podría titularse ‘zanahorias y garrotes’. De este modo, en el plano interno, Riad se puso manos a la obra para gastar miles de

millones³ en ayudas sociales, sobre todo en promoción de vivienda y creación de empleo. Los petrodólares que llenaban las arcas del Estado saudí fueron la zanahoria y actuaron como una herramienta facilitadora de subsidios y ayudas sociales para poner coto o cooptar a la oposición interna. A través de este mecanismo, lo que buscó la Corona saudí fue intercambiar subvenciones por libertades, para asegurar la cohesión y orden interno.

La otra cara de la moneda fue la represión y supresión de derechos y libertades, que se hicieron más evidentes a partir del año 2017, con el nombramiento de Mohamed Bin Salman como príncipe heredero. A partir de este suceso, primó la intolerancia y el silenciamiento absoluto de cualquier discurso que tuviera un ápice de disidencia respecto de la Casa Real y de la figura del príncipe en particular. El caso testigo que tomó relevancia internacional fue el asesinato del periodista saudí Jamal Khashoggi en octubre del año 2018.

2.3 El ascenso de Mohamed Bin Salman

El 23 de enero de 2015, el rey Abdullah bin Abdulaziz Al Saud de Arabia Saudita, de 90 años, falleció luego de una enfermedad prolongada. En ese entonces, el país enfrentaba una economía en declive que dependía de los precios del crudo y era incapaz de satisfacer las demandas de empleo y mejoras sociales de la población saudí, caracterizada por un predominio de jóvenes que iba en aumento (Human Rights Watch, 2019).

Cuando el rey Salman accedió al trono, nombró a su sobrino Mohamed bin Nayef príncipe heredero y ministro de Interior, secundando así los deseos de su antecesor. Un par de años más tarde, en 2017, lo sustituyó por su propio hijo, Mohammed bin Salmán bin Abdulaziz Al Saud, quien además ostentaba varios cargos de gobierno, como vicepresidente primero del Consejo de Ministros, Ministro de Defensa y presidente del Consejo de Asuntos Económicos y de Desarrollo, del Consejo de Asuntos Políticos y de Seguridad, y del Consejo Supremo de Saudi *Aramco* la empresa estatal de petróleo y gas (López & Díaz, 2021). El ascenso del príncipe heredero y la creciente concentración de poder en su persona terminaría siendo determinante en las relaciones de la Corona saudí con su país vecino de Yemen.

Vale mencionar que la sucesión al trono siempre se trató como una cuestión de Estado que exigía una acción política, la cual no siempre se ha realizado de forma pacífica, por

lo que la irrupción de la figura de Mohamed Bin Salman como príncipe heredero implicó un cambio importante y reacciones contrapuestas en el seno de la casa real saudí. Se calcula que unos 80 príncipes reclamaban el trono, lo que da un indicio de la magnitud del desafío político a la que se enfrenta el príncipe heredero adjunto (Mabon, 2018).

En el momento de su ascenso como príncipe heredero, se removieron exfuncionarios de seguridad e inteligencia y reorganizaron discretamente el servicio de fiscalía y el aparato de seguridad del país (las principales herramientas de la represión saudita), colocándose estos asuntos directamente bajo la supervisión de la corte real.

Con el aparato de seguridad completamente bajo el control de la corte real, las autoridades lanzaron una serie de campañas de arresto, dirigidas a críticos de las políticas del gobierno saudí. Clérigos, intelectuales, príncipes, entre otras figuras fueron arrestadas, acusados de difamación y calumnias de los detenidos en los medios oficialistas del país (Human Rights Watch, 2019). Si bien la sociedad saudí nunca fue reaccionaria y se caracterizó por el inmovilismo de su ciudadanía y la ausencia de una oposición manifiesta a la Corona, la intolerancia a la crítica aumentó y el avance de la esfera estatal sobre la privacidad de los individuos fue patente a partir de la aparición de Bin Salman en la escena política.

La concentración de poder en la persona de Mohamed Bin Salmán (en adelante MBS) tuvo como consecuencia un alejamiento decisivo del sistema informal de controles y equilibrios que regía en el reino e impedía que cualquier líder ejerciera un control verdaderamente autocrático. Ese equilibrio había evolucionado más por accidente que por diseño debido a la fuerza arraigada de los feudos institucionales, cuyos intereses debían equilibrarse antes de que se pudiera tomar una decisión importante.

Como fue mencionado anteriormente, Estado y familia se fundieron en una sola entidad, por lo que se tornó necesario que se mantuviera un sistema de balances y contrapesos entre la multiplicidad de príncipes y miembros de la familia real. El sistema saudí se caracterizó siempre por la distinción entre el círculo íntimo de la familia real, los príncipes mayores, y las personas ajenas a la familia, como los príncipes menores, los eruditos religiosos, los notables tribales, los comerciantes y los tecnócratas. Esto permitió el desarrollo, desde su consolidación como Estado en 1932, de un sistema de '*checks and balances*' que supervisaba y limitaba el poder del rey.

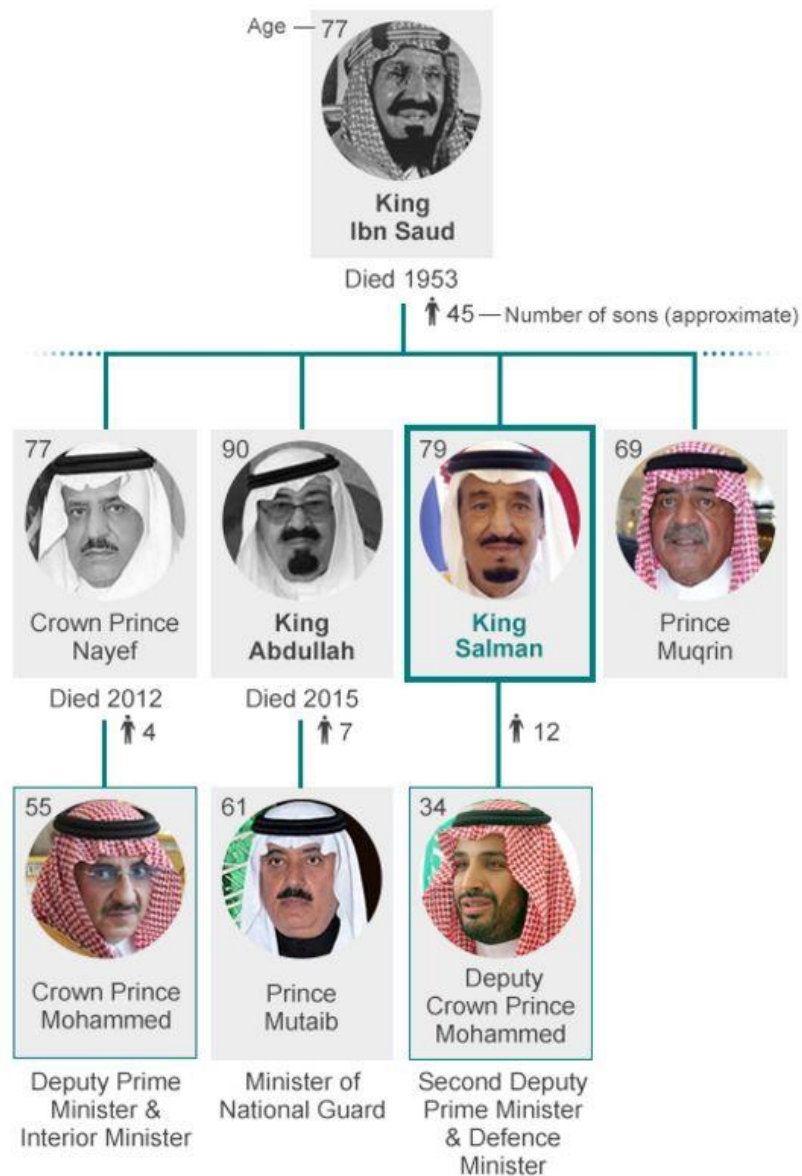
El reparto de tareas y la participación de los príncipes en el poder han asegurado históricamente la cohesión dinástica y la prevalencia del modelo. Esta estructura no permitía a los responsables de la política exterior saudí tomar decisiones o cruzar líneas que pongan en peligro el prestigio o la autoridad de la dinastía. De lo contrario, se enfrentaban a la oposición de múltiples fuentes de poder (Alsultan, 2013). Ergo, la centralización de cargos y el aumento de poder decisional en una sola persona resultó una seria amenaza a la estabilidad del régimen.

Una diferencia importante que separó a MBS de la generación anterior de líderes, todos hijos del fundador, Abd al-Aziz, es que MBS no tenía experiencia personal con los eventos trascendentales de la década de 1970, como tampoco vivenció la reacción de esa época contra el cambio social y económico. MBS, en cambio, ha sugerido repetidamente que Arabia Saudita cambió para peor en 1979, describiendo ese año como uno crucial en el que el islam se politizó a través del ascenso del ayatolá Jomeini en Irán (Ulrichsen & Sheline, 2019).

La irrupción de MBS en la sucesión al trono con sólo 33 años alteró el juego de tronos saudí al alterar la línea sucesoria y romper con la gerontocracia en el núcleo de la Casa Real Saudí. (ver figura 3). En términos de edad, experiencia y reputación, había una gran diferencia entre Muhammad bin Salman y su primo mayor, Muhammad bin Nayef, de 55 años, que detentaba los cargos de príncipe heredero adjunto, ministro del Interior y jefe del Consejo de Asuntos Políticos y de Seguridad. Como consecuencia, al otorgar tanto poder a Muhammad bin Salman, el rey dejó en segundo lugar a sus hijos mayores, que ocupaban puestos mucho menos importantes.

Figura 3. Línea sucesoria al trono saudí

Saudi succession



BBC

Fuente: BBC⁴

El Reino de Arabia Saudí se caracterizó por ser un régimen patrimonial, en el que las redes de patrocinio ejercían su influencia en el ámbito burocrático e institucional. Si a ello se suma la historia tribal del Estado, es fácil ver cómo se crea y se mantiene ese tejido como mecanismo de control. No existía diferencia sustancial alguna entre los intereses nacionales de la entidad estatal y las intenciones del núcleo dominante de los príncipes sauditas. Es por esto que, al hablar de la política exterior de Arabia Saudí, se hace mención directamente a las aspiraciones, preocupaciones, y pugnas del clan familiar.

El poder de los Saud tuvo como principal motor la instrumentalización de la religión, la riqueza generada por el petróleo y la amplitud de sus medios militares. El wahabismo y la familia real constituyeron un pacto desde el siglo XVIII sobre el cual basaron su legitimidad y que les permitió ejercer el poder. El pragmático pacto entre las autoridades políticas y religiosas constituye una sólida coalición asentada en la ayuda mutua, el reparto del poder y la legitimación política con fuerte base religiosa. Los príncipes sauditas se preocuparon de la protección y difusión de su interpretación del islam, mientras que la cúpula religiosa proyectó un discurso favorable con los intereses de la Corona (González del Miño & Hernández Martínez, 2019).

El contexto posterior a la Primavera Árabe significó que después de 2015, Mohammed bin Salman se mostrara menos inclinado a abrir espacios a grupos de la sociedad saudita que pudieran representar una amenaza política, más que religiosa, a medida que consolidaba el poder.

Los pilares tradicionales del gobierno de Al-Saud (la numerosa familia real, el pacto informal con los clérigos religiosos y la riqueza petrolera) mostraron signos de debilidad por lo que el reino echó mano a un nuevo populismo autoritario, centrado en un discurso de seguridad, avance tecnológico, juventud, liberalización social y económica y nacionalismo (Kinninmont, 2018).

El príncipe heredero se presentó como un ‘reformista moderado’. Dentro de los cambios que propuso, tuvo en claro que no podía tocar los cimientos de la sociedad, el status de la familia real saudí, como tampoco afectar el tribalismo ni la unidad religiosa bajo el wahabismo. Se lo presentó en los medios como un reformista conservador que, a pesar de haber propuesto e implementado reformas, éstas no implicaron un viraje hacia una apertura política occidental, sino que fueron de carácter estético bajo la idea de modernizar sin dejar de seguir las tradiciones.

La reforma económica se condensó en el plan ‘Visión 2030’⁵ lanzado por Arabia Saudí en 2016. Su principal objetivo era la diversificación de la economía saudí, buscando incentivar actividades como el turismo religioso y atraer inversiones para reducir la dependencia del crudo. Asimismo, se presentaron ambiciosos proyectos como la creación de la ciudad Neom en las orillas del Mar Rojo, la reconstrucción de Diriyah y el parque temático *Six Flags*, entre otros megaproyectos que buscaron apuntalar el comercio y el turismo.

La dimensión social de la Visión 2030 incluyó el levantamiento de la prohibición de manejo para las mujeres en el año 2018, la apertura de cines y la realización de festivales de música, actividades hasta entonces no toleradas en el Reino, que fueron parte de una gran maniobra de relaciones públicas para apuntalar la imagen del nuevo príncipe tanto con los jóvenes al interior del Reino como también ante sus socios a nivel internacional.

El Estado saudí se valió también de las tecnologías 2.0 para crear una ilusión de consenso en la sociedad civil y silenciando cualquier voz disidente. Esto se vio reflejado en una práctica característica del régimen como fue la utilización de Internet como vía de control social y de censura, a través de hackeos y el cierre de sitios que se oponían al régimen.

A partir de 2017, con el nombramiento de MBS como príncipe heredero adjunto, este tipo de prácticas se acentuaron, pero sin dejar de lado la apelación al monopolio de la violencia física legítima, del cual el Estado saudí hacía uso y abuso. Los procedimientos represivos de la monarquía saudí se situaron en el foco de la mirada mundial luego del polémico ‘caso Khashoggi’, que implicó el asesinato de un columnista saudí en la embajada de dicho país ubicada en Estambul.

Khashoggi fue uno de los periodistas que denunció la situación humanitaria en Yemen, criticando en sus artículos el accionar de Arabia Saudí cuando escribió, en septiembre de 2018, que “el pueblo de Yemen estará ocupado luchando contra la pobreza, el cólera y la escasez de agua y reconstruyendo su país. El príncipe heredero debe poner fin a la violencia”. También sostuvo que “Arabia Saudí debe afrontar los daños de los últimos más de tres años de guerra en Yemen. El conflicto ha agrietado las relaciones del reino con la comunidad internacional, ha afectado a la dinámica de seguridad regional y ha dañado su reputación en el mundo islámico” (Khashoggi, 2018).

La paradoja del ‘Caso Khashoggi’, fue que el intento por silenciar aquella voz disidente, terminó por amplificarla aún más, y demostrar una vez más como un caso doméstico incidió en política exterior derribando la imagen que el príncipe heredero intentó proyectar internacionalmente. La notoriedad internacional que tomó el caso actuó como catalizador de la mirada internacional hacia las múltiples violaciones de derechos y libertades en Yemen, cometidas por parte de la coalición saudí y afectando la imagen que la comunidad internacional había construido acerca de Mohamed Bin Salman.

En materia de política exterior hacia Yemen, Clausen (2015) menciona dos narrativas a las cuales apeló la monarquía saudí a la hora de llevar a cabo la Operación Tormenta Decisiva (2015), que marcaría un antes y un después en las relaciones entre Arabia Saudí y Yemen y que abarcaremos en detalle más adelante. Una de ellas ponderó la posición del presidente de transición yemení como gobernante legítimo de Yemen, que fue depuesto por un actor no estatal ilegítimo. De este modo, utilizó la imagen de Yemen como un país cuyo vacío de poder permitió la instalación de organizaciones terroristas que amenazan la paz en el plano doméstico e internacional. Así, Arabia Saudí enmarcó la intervención como un esfuerzo por restaurar la soberanía yemení y facilitar el desarrollo de Yemen en un Estado weberiano con el monopolio de la violencia legítima a petición del presidente legítimo.

La segunda narrativa se centró en la amenaza regional relacionada con la percepción de Yemen como Estado colapsado, y concretamente en la implicación de actores que aprovechan este vacío de poder conforme a sus intereses, como es el caso de Irán como patrocinador de los hutíes.

Ottaway (2021) brinda una analogía entre el accionar de Bin Salman y el protagonista del mito griego de Ícaro que representa una interesante perspectiva para abordar la primera imagen en la política exterior saudí. Al igual que Ícaro, MBS ha demostrado una ambición desmedida para convertirse en el fundador de un nuevo reino saudí futurista y en un líder mundial de renombre. Sin embargo, el príncipe heredero sufrió una caída épica debido a su ambición desmedida, su arrogancia y su imprudencia, demostrando un comportamiento errático y autodestructivo.

La ambición condensada en la Visión 2030 y sus tres pilares (mantener el statu quo del mundo islámico desde una posición de liderazgo basada en la custodia de los dos Lugares Santos; impulsar la inversión y diversificar los ingresos; y por último transformar el reino en un centro de conexión entre tres continentes) tuvieron un alto costo, y no lograron los resultados esperados. Como consecuencia de las medidas que el reino tuvo que tomar ante la crisis sanitaria mundial del COVID-19 en el año 2020, a la que se sumó a la caída de precios del petróleo, el proyecto quedó inconcluso. El primer pilar fue afectado como consecuencia de la suspensión del *Hajj* (peregrinación a la Meca) y la cancelación de la emisión de visas de turismo que se habían comenzado a emitir en 2019, siendo este sector de gran importancia para las finanzas de la monarquía y una gran herramienta de *soft power*. A esto se le sumaron medidas de austeridad

fiscal, como el aumento del IVA de un 5 a un 15%, recortes en el gasto público del 10%, y una deuda pública que aumentó 1500% desde la llegada del joven heredero, que se sumaron a la ya existente volatilidad de una economía monoprodutora que se ha embarcado en proyectos que no pudo o no supo sostener.

La ambición y consecuente debilidad en el ámbito doméstico también se hizo presente en materia de política exterior. La decisión de intervenir Yemen tuvo más que ver con una necesidad no material, un deseo de recuperar el poder de influencia y ser percibido por sus vecinos y actores internacionales como un líder regional, además de la seguridad como uno de los fundamentos que se puso sobre la mesa a la hora de tomar la decisión de intervenir. También entraron en juego el honor y el prestigio que la monarquía saudí buscaba recuperar. En palabras de Hans Morgenthau “los Estados pueden ir a la guerra para impresionar a otras naciones con el poder que la propia nación posee realmente, o con el poder que cree, o quiere que las otras naciones crean, que posee” (Darwich, 2018).

2.4 El sectarismo como variable de ajuste de la política exterior

Un rasgo central al analizar la identidad saudí y, por ende, sus intereses, es la "alianza dinástica" hecha por Mohammed bin Saud y Mohammed Ibn Abd al-Wahhab, que implicó una separación de responsabilidades por la cual los Al Saud ejercieron el liderazgo político mientras los descendientes de al-Wahhab (principalmente la familia al-Sheikh) monopolizaron los puestos religiosos. De este modo, la religión desempeñó un papel destacado en la estructura del Estado, ya que los al-Saud obtuvieron la legitimidad islámica por ser los "custodios de los dos lugares sagrados" y por apoyar las normas islámicas.

Sin embargo, la realidad fue más compleja ya que Abd al-Aziz Al Saud y sus sucesores, en momentos clave, movilizaron a la religión como instrumento de poder y como fuente de legitimidad. La alianza mencionada condujo al desarrollo de una identidad única con respecto a los Estados nación circundantes, con su interpretación wahabí del islam y su interés por mantener la custodia de dos de las tres ciudades sagradas dentro de sus fronteras: La Meca y Medina⁶.

Una vez que la identidad se consolidó a lo largo del tiempo mediante la narrativa y el discurso, las coyunturas críticas que alteraron este comportamiento normativo supusieron un riesgo para el liderazgo estratégico del Estado que tiene al islam sunní

como principal pilar (Caravajal, 2021). La identidad del Estado, basada en una lectura específica de la ortodoxia religiosa suní, dio lugar a una política generalizada de discriminación sectaria patrocinada por la monarquía, que la utilizó como un importante instrumento para la formulación de su política exterior. Arabia Saudí fue el único caso en la parte árabe del Golfo Pérsico en el que los chiíes eran objeto de una discriminación patrocinada por el Estado y motivada por una razón sectaria.

La instrumentalización de la religión fue una de las herramientas principales de la política exterior saudí hacia Yemen, que propone una narrativa dominante que coloca al sectarismo en el centro del conflicto, planteando la lucha interconfesional como la raíz de la guerra en Yemen. A pesar de la pluralidad interna, la sociedad yemení no ha experimentado hasta ahora animosidades sectarias. La comunidad chiíta zaydí (alrededor del 30% de la población total) y la comunidad suní están acostumbradas a coexistir en muchas regiones, aunque los chiítas viven principalmente en la parte alta y los suníes en la parte baja del país (Ardemagni, 2016).

El sectarismo fue uno de los rasgos presentes desde la fundación del Reino saudí, cuando los Saud aceptaron defender y difundir la fe del wahabismo, que era congruente con el deseo de homogeneizar la religión y defender el statu quo, lo cual terminó por ser congruente con la voluntad de los Al Saud y actuó como principal fuente de legitimidad. Fue este acuerdo, según Steinberg (2005), el que "proporcionó al emergente Estado saudí una ideología expansiva basada en la excomunión de todos los musulmanes no wahabíes como infieles", que ayudó a justificar las guerras en el Najd y el Hiyaz, en particular a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Fue así como la desaprobación o exclusión del chiismo se institucionalizó, quedando éstos excluidos de los beneficios y siendo los destinatarios de fatwas antichiitas emitidas por ulemas wahabitas.

El wahabismo sunní o salafismo, como se autodenominan sus propios seguidores, sigue vigente como la única interpretación correcta de Corán y la tradición (sunna) que sustenta y legitima el poder de la dinastía Al Saud, siendo el proselitismo de su fe uno de los pilares de su identidad promoviendo el retorno al 'verdadero islam'. La autopercepción de Arabia Saudí como país líder de Medio Oriente y demás áreas con presencia del islam se justificó recurriendo a la cosmovisión wahabita que impregnó la acción internacional de una retórica excepcionalista fundada en la religión.

El binomio autoritarismo-sectarismo constituyen la sinergia perfecta para la respuesta contrarrevolucionaria saudí frente a los levantamientos en el marco de la Primavera Árabe. El éxito de la amalgama entre autoritarismo y sectarismo, o mejor dicho la utilización del primero en favor de la consolidación del segundo es uno de los pilares que otorga solidez a la política exterior saudí.

Uno de los autores que destaca la interconexión entre sectarismo y autoritarismo es Courtney Freer (2019) cuando afirma que Arabia Saudí ofrece un ejemplo convincente de cómo el sectarismo sostiene la dinámica del autoritarismo, especialmente cuando se ve reforzado por una economía política rentista. El hecho de ser la cuna de los dos lugares santos otorgó a la monarquía saudí un importante poder de influencia, como también capacidad de imposición de un relato con una lógica de ‘divide y reinaras’.

A pesar de la narrativa oficial que sostiene la corona saudí, el conflicto en Yemen no tiene una clara genealogía sectaria: Saleh también era un chiíta zaydí, aunque nunca enmarcó su régimen en tonos sectarios. Y aunque Saleh era chiíta, Arabia Saudí apoyó su gobierno durante décadas, además de ayudar a los combatientes zaydíes en la década de 1960 contra los republicanos respaldados por Egipto. En ese entonces, la preocupación del régimen saudí era que el republicanismo y el panarabismo se desarrollen al interior de su territorio y amenacen la estructura de poder monárquica.

No obstante, su accionar en Yemen desde 2015 a 2021 es precisamente el opuesto. Junto con Egipto y los Emiratos Árabes Unidos, los saudíes lucharon en el norte, liderando una coalición contra el movimiento zaydí (*Ansar Allah*).

La utilización del sectarismo como una herramienta para quienes están en el poder no fue exclusiva de los saudíes. En el marco de las guerras del Saada que enfrentó a Saleh con los hutíes, entre 2004 y 2010, el régimen con sede en Sanaa estigmatizó progresivamente al movimiento hutí por su identidad chií, tachándolo de peón iraní para asegurarse el apoyo de Arabia Saudí e implicar a las milicias salafíes en el campo de batalla. Además, el régimen despolitizó las reivindicaciones políticas de *Ansar Allah*, enmarcando la búsqueda de participación política y autonomía como una protesta estrictamente religiosa. Este discurso político de Saleh contra los hutíes, grupo con el que formaría una alianza en el año 2014, detuvo el proceso de auto modernización zaydí, permitiendo que tome lugar la vertiente más dura del grupo, radicalizando así el mensaje y los objetivos de los hutíes (Ardemagni, 2016).

Lo que dejan en claro los mencionados ejemplos es que el apoyo de diversos actores saudíes (el gobierno, las instituciones religiosas, el aparato de seguridad, las tribus, los grupos de la oposición) siguieron una lógica pragmática y cortoplacista que persiguió agendas divergentes, a veces competitivas, en el vecino Yemen, financiando a segmentos tribales, religiosos o militares de la sociedad (International Crisis Group, 2009). La cuestión de fondo que definía el apoyo a un grupo u otro tuvo poco que ver con una afinidad religiosa y más que ver con un intento por evitar amenazas a las propias bases de poder.

Por lo anteriormente expuesto, el presente trabajo coincide con la mirada propuesta por Ardemagni. Según la autora, utilizando el sectarismo y la instrumentalización de la religión como herramienta, Arabia Saudí presentó una narrativa parcial y sesgada del conflicto en Yemen (Ardemagni, 2016). Dicha perspectiva era favorable a sus intereses, enmarcando el conflicto como una lucha dirigida por los suníes contra el complot iraní en la península. Esta forma de presentar los sucesos a los ojos de la comunidad internacional ayudó al reino a otorgar legitimidad a su accionar en territorio yemení a partir del año 2015. La utilización del sectarismo a favor del régimen saudí se plasmó en la narrativa sostenida por la Corona saudí de que agentes externos estaban decididos a socavar la estabilidad y la seguridad del país.

En este contexto, los medios de comunicación de propiedad saudí y las autoridades religiosas rápidamente retrataron a Yemen como un campo de batalla en el que se enfrentaban los saudíes (sunníes) contra los chiíes (zaydíes), percibidos como una amenaza, no sólo para Yemen, sino para toda la región. El rey Salman acusó a los hutíes de ser peones de Irán y de causar una división sectaria en Yemen. En otras palabras, el reino planteó su injerencia en Yemen como el centro de un esfuerzo regional suní para contrarrestar la amenaza de Irán y consolidación de la temida Media Luna chiita⁷ en la región del Golfo (Darwich, 2018).

Así, la idea de Yemen como un campo de batalla entre Irán y Arabia Saudí en representación de sunníes y chiíes es, cuanto menos, sesgada. No hubo evidencias claras del vínculo de *Ansar Allah* con el Estado persa. El grupo respondió más a intereses y objetivos de cariz local, y su identidad religiosa mayoritaria zaydí tampoco comulgó con el chiísmo duodecimano que profesa Irán. Otro ejemplo que no coincide con la presentación del conflicto desde un punto de vista sectario es el hecho de que los

partidarios de Saleh dentro del ejército yemení que lucharon en conjunto con los hutíes, a partir de su alianza en el año 2014, eran suníes.

El relato de los hutíes como *proxies* de Irán tiene sus puntos débiles. La provisión de armamentos o apoyo financiero nunca se demostró. En el año 2017, el Grupo de Expertos sobre Yemen, en el marco de las Naciones Unidas, envió una carta al presidente del Consejo de Seguridad en la que expresan:

“El Grupo no ha visto pruebas suficientes para confirmar ningún suministro directo de armas a gran escala por parte del Gobierno de la República Islámica de Irán, aunque hay indicios de que las armas guiadas antitanque que se suministran a las fuerzas hutíes son de fabricación iraní. La supremacía aérea de la coalición liderada por Arabia Saudí sobre Yemen y la eficacia del sistema de inspección marítima significan que ahora sólo hay tres rutas creíbles de suministro directo desde la República Islámica de Irán a Yemen para el tráfico a pequeña escala” (Consejo de Seguridad, 2017).

De este modo, el régimen ahondó la tensión sectaria y socavó los esfuerzos por movilizar a los jóvenes en varias ciudades, incluidas aquellas donde vivían los chiítas. El régimen saudí influenció a través de la movilización del temor a su propia mayoría suní exagerando el proyecto expansionista iraní en la región y su creciente influencia entre los chiíes del mundo árabe, incluida Arabia Saudí y los países del Golfo (Al-Rasheed, 2011).

La realidad mostró que, a pesar de la pluralidad interna, la sociedad yemení no experimentó animosidades sectarias. La comunidad chiíta zaydí (alrededor del 30% de la población total) y la comunidad suní estaban acostumbradas a coexistir en muchas regiones, aunque los chiítas vivían principalmente en las zonas altas y los suníes en las zonas bajas del país.

Por todo lo mencionado anteriormente, se puede decir que el conflicto en Yemen no estuvo motivado por la religión y las facciones principales de la guerra no se dividieron claramente según motivaciones sectarias. Incluso, no todos los zaydíes apoyaron a *Ansar Allah*, cuyas fuerzas incluyen también a algunos combatientes suníes alineados con el ex presidente yemení Ali Abdullah Saleh. Las motivaciones de los grupos de poder en Yemen estuvieron vinculadas al control del territorio y de los recursos, como también a la obtención de mejores condiciones sociales. Estas seguían una agenda de

intereses de carácter local en la que la pertenencia religiosa a una rama u otra del islam fue el pretexto alegado por los saudíes para polarizar los múltiples y divergentes intereses de los grupos de poder en Yemen que llevaron al inicio y desarrollo del conflicto.

2.5 La operación Tormenta Decisiva

La intervención de Arabia Saudita en Yemen iniciada en 2015 bajo el nombre de ‘Operación Tormenta Decisiva’ o *Asifatul al-Hazm* resulta importante para ilustrar una política exterior cada vez más belicosa y que exige una omnipresencia del reino en cada uno de los países dentro de su área de influencia. El objetivo declarado de la intervención era responder al llamamiento realizado por Abd Rabbuh Mansur al-Hadi a los países del Consejo de Cooperación del Golfo, que instaba a que se tomen todas las medidas necesarias para restaurar al presidente legítimo.

La Operación Tormenta Decisiva marcó el comienzo de una nueva visión de unidad, allanando el camino para que la Liga Árabe considere el establecimiento de una Fuerza Árabe conjunta para disuadir cualquier amenaza existencial futura que pueda enfrentar la región.

En los momentos previos a la operación de 2015, el debate giró en torno al ‘cómo’ intervenir. La preferencia saudí por hacerlo de forma aérea, dejando la intervención terrestre para sus aliados locales y para las débiles fuerzas militares de las otras monarquías del Golfo, ponía de manifiesto la poca inclinación que tenían los saudíes de comprometer a sus tropas en operaciones terrestres en las que no tenían ninguna garantía de victoria. La postura saudí estaba justificada en que, en un terreno montañoso como Yemen, las fuerzas militares saudíes corrían el riesgo de sufrir un alto número de bajas e, incluso, de que sus propios soldados terminarían confraternizando con los combatientes locales suníes y volverse contra sus propias autoridades (Fuente Cobo, 2017).

THE 'DECISIVE STORM' COALITION

Yemen's airspace as a "restricted area" after Saudi King Salman after Saudi King Salman bin Abdulaziz ordered the airstrikes. The air campaign has already resulted in the elimination of several Houthi leaders.

Saudi Defense Minister Prince Mohammed bin Salman had warned Ahmed Ali Abdullahi Soleh, the son of Yemen's former President Ali Abdullahi Soleh, against advancing toward Aden.

The Houthis have joined force with the loyalists of former President Soleh in their offensive to take control of Yemen.

Military Contributions:

- TURKEY:** 15 fighter jets
- IRAQ:** 15 fighter jets
- IRAN:** 15 fighter jets
- PAKISTAN:** 15 fighter jets
- QATAR:** 15 fighter jets
- BAHRAIN:** 15 fighter jets
- OMAN:** 10 fighter jets
- UAE:** 30 fighter jets
- SAUDI ARABIA:** 100 fighter jets, 150,000 soldiers and other navy units
- EGYPT:** 4 Warships & air support (Naval and aerial support to the operation)
- JORDAN:** 6 fighter jets
- MOROCCO:** 6 fighter jets
- SUDAN:** 3 fighter jets

U.S. Support:

President Obama has authorized the provision of logistical and intelligence support to GCC-led military operations against the Houthis.

Saudi Arabia's Ambassador to Washington Adel al-Jubeir announced the kingdom had launched a military operation involving air strikes in Yemen against Houthi fighters who have tightened their grip on the southern city of Aden where Hadi had taken refuge. Jubeir said the 10-country coalition had joined in the military campaign in a bid "to protect and defend the legitimate government" of Hadi.

الجزيرة NEWS

La intervención realizada el 26 de marzo de 2015 fue liderada por Arabia Saudí, con el apoyo de Egipto, Marruecos, Jordania, Sudán, Kuwait, Emiratos Árabes Unidos, Qatar y Bahréin. En los inicios, la coalición realizó una campaña aérea con un bombardeo a las posiciones hutíes y, tiempo después, las fuerzas saudíes realizaron un bloqueo naval y desplegaron fuerzas terrestres en Yemen.

Además, la coalición recibió apoyo en materia de inteligencia de los Estados Unidos, y también se vio respaldada a nivel multilateral por dos organizaciones regionales: la Liga de los Estados Árabes y la Organización para la Cooperación Islámica (OIC). Al interior de Yemen, la mayor parte de la población de Adén, Mareb, Taiz, Ibb y Hodeidah apoyaron la intervención de la coalición.

56

Las intenciones más amplias de la guerra fueron establecer un nuevo orden político en Medio Oriente y disuadir a Irán de entrometerse en los asuntos de sus vecinos. Esto fue producto de las belicosas declaraciones pronunciadas por muchos líderes políticos y militares en Teherán, a pesar de la falta de pruebas de una alianza con los hutíes (Al Jazeera, 2017).

Las expectativas que llevaron a la Casa Real saudí a tomar la decisión de intervenir Yemen se basaron en su voluntad de consolidar una política exterior más militarista y posicionar a la figura de Mohamed Bin Salman en su ascenso al trono, a quien se atribuyó casi personalmente la formulación de la coalición y la decisión de intervenir. También tuvo incidencia la idea de restaurar el honor nacional e influir en la opinión pública saudí, instrumentalizando a los medios de comunicación estatales como cuarto poder y con la narrativa de una cruzada contra los iraníes y a favor de la restauración de la democracia en Yemen.

En otras palabras, fue una demostración de su poderío como respuesta a la presencia de Irán en Irak y Siria, y a la posibilidad de consolidación de un acuerdo nuclear entre Estados Unidos e Irán. Arabia Saudí se sintió cada vez más rodeada, tanto geográfica como políticamente, por los crecientes aliados regionales de Teherán, y temía que un acuerdo nuclear refuerce aún más la influencia de Irán en su vecindario (Stenslie, 2015).

Un resultado que logró la primera fase de las operaciones en el marco de Tormenta Decisiva fue imponer un estricto bloqueo aéreo y marítimo contra futuras entregas de armas iraníes en territorio yemení. Algo que ha resultado difícil de alcanzar en otros conflictos regionales alimentados por el apoyo iraní, como en el Líbano, Siria o Irak.

Otro logro principal fue el esfuerzo realizado por las fuerzas de la coalición para privar a los rebeldes de equipos militares avanzados para realizar nuevas conquistas rápidas o amenazar directamente el territorio saudita. La operación se centró en aspectos específicos como negar a los insurgentes el uso de aviones de combate MiG-29 de Yemen; destruir misiles que podrían apuntar al territorio saudí o al tráfico marítimo, así como a la superficie; bombardear los principales almacenes de municiones que habían caído en manos de los rebeldes; y demoler los centros de mando y control de los insurgentes (Weinberg, 2015).

En el ámbito multilateral, la Resolución 2216 emitida en el marco de las Naciones Unidas podría verse como un logro para la coalición saudí en el marco de la operación,

ya que exigió que todas las partes yemeníes, en particular los hutíes: apliquen plenamente la resolución 2201⁹, se abstengan de tomar nuevas medidas unilaterales que puedan socavar la transición política en el Yemen y respeten la Iniciativa de Cooperación del Golfo y su Mecanismo de Aplicación (Consejo de Seguridad, 2015).

Es interesante analizar el comunicado emitido por la Embajada de Arabia Saudí en febrero de 2015:

“Arabia Saudí apoya todos los esfuerzos para poner fin a la crisis yemení y rechaza enérgicamente cualquier intervención extranjera en Yemen sin una petición del gobierno legítimo. Todas las facciones políticas de Yemen, incluidos los hutíes, tienen derecho a formar parte del proceso político. Arabia Saudí ha apoyado sistemáticamente una solución política en Yemen y ha animado a todas las facciones a buscar un acuerdo que preserve la seguridad y la estabilidad de los yemeníes. El conflicto fue claramente incitado por potencias regionales que intentan intervenir en los asuntos de otros países fomentando la sedición y el sectarismo para establecer su hegemonía e influencia. Está claro que los iraníes están presentes en Yemen, apoyando a los hutíes, suministrándoles armas y proporcionándoles expertos militares” (Royal Embassy of Saudi Arabia, 2015).

A medida que aumentaban las bajas civiles, Estados Unidos, preocupado por el costo humano del conflicto, instó a Arabia Saudita a alcanzar una posición negociadora lo antes posible. Riyadh finalizó la Operación Tormenta Decisiva el 21 de abril, resaltando sus logros. Posteriormente, lanzó la Operación Renovación de la Esperanza. Sin embargo, la verdad era que los saudíes no lograron asestar un golpe considerable al control de la capital por parte de los hutíes (Farooq, 2021).

En línea con esto, el 22 de abril de 2015, el embajador saudí Adel bin Ahmed Al Jubeir declaró:

“Hemos degradado sustancialmente sus capacidades (haciendo referencia a los hutíes) y, por lo tanto, eliminamos la amenaza que representan para el Reino de Arabia Saudita y, en el proceso, garantizamos la seguridad de nuestras fronteras, nuestro territorio y nuestros ciudadanos. Ese era el objetivo de la Operación Tormenta

Decisiva, además por supuesto de la protección del gobierno legítimo de Yemen. Esos objetivos se han logrado, por lo que ahora entramos en una nueva fase” (Embajada del Reino de Arabia Saudita, 2015).

Si se analizan algunas cifras, se puede afirmar que el éxito que se adjudicó el embajador saudí producto de la operación Tormenta Decisiva no fue tal y se debe matizar. En primer lugar, luego de 7 años de intervención saudí, la mayor parte de las tierras altas del norte de Yemen, así como Saná, siguen bajo el control de los rebeldes hutíes.

En 2021, el reino gastó unos 50.000 millones de dólares en sus fuerzas armadas y planea gastar unos 46.000 millones de dólares en 2022. Entre 2016 y 2020, casi una cuarta parte (24 por ciento) de las exportaciones totales de armas de EE. UU., 32 por ciento del Reino Unido y 49 por ciento de Canadá fueron a Arabia Saudita, convirtiendo al reino en el mayor importador de armas del mundo (Shabaneh, 2015). Estos datos reflejan el impacto económico que tuvo la guerra en el Reino, no sólo en lo que respecta al gasto en armamento sino también por el impacto de los atentados al corazón de la economía saudí, la petrolera estatal Aramco en 2019, que se abordará en el capítulo siguiente.

A esto se añade el altísimo costo que tuvo que pagar la población civil yemení en términos humanitarios. La ONU estimó que 131.000 de las 233.000 muertes estimadas en Yemen desde 2015 son el resultado de causas indirectas como la inseguridad alimentaria y la falta de acceso a los servicios de salud. Casi veinticinco millones de yemeníes siguen necesitando asistencia, cinco millones corren riesgo de hambruna y un brote de cólera ha afectado a más de un millón de personas (Center for Preventive Action, 2022). Además, las incapacidades tácticas de la fuerza aérea de la coalición se manifestaron en la realidad cuando aviones de combate saudíes bombardearon accidentalmente un campo de refugiados, matando al menos a 40 civiles e hiriendo a otros 200 (Naciones Unidas, 2015).

La destrucción física de un Yemen ya colapsado causada por la campaña aérea aumentó la posibilidad de que el reino se enfrente a los efectos negativos de compartir frontera con un país en guerra.

En base a lo anteriormente mencionado, es claro que a lo largo del período analizado la Operación ‘Tormenta Decisiva’ de decisivo tuvo poco. Se sobredimensionaron las capacidades saudíes y se subestimó el poder local en términos de conocimiento del

terreno y resistencia, consolidándose la presencia hutí en el territorio. Para Arabia Saudita y, puntualmente para Mohamed Bin Salman, la decisión de intervenir Yemen terminó por ser una piedra en el zapato en su camino a la Corona, y le costó millones en relaciones públicas.

Capítulo 3 – Alianzas cambiantes entre la monarquía saudí y los grupos de poder en Yemen

En el presente capítulo nos adentraremos en la configuración de las relaciones entre la monarquía saudí y los mencionados grupos de poder en Yemen entre 2015 y 2021. Puntualmente, se hará foco en las distintas alianzas líquidas que conforman un complejo rompecabezas de actores e intereses que han llevado a la metástasis y al posterior estancamiento del conflicto.

3.1 Metástasis e internacionalización del conflicto

La política yemení se compone de una diversidad de actores entre los cuales las alianzas son efímeras y responden a la coyuntura y percepción momentánea sobre oportunidades y amenazas. De este modo, cuanto mayor sea el número de intereses interrelacionados, más difícil se tornará arribar a un acuerdo de paz.

Asimismo, la participación de terceros Estados también prolonga los conflictos civiles, sobre todo si sus intervenciones se compensan entre sí y crean un estancamiento que les resulta (desde un cálculo inicial) relativamente poco costoso. Como escribe Christopher Phillips: "Cuanto más actores externos participan, más durará la guerra civil".

Dicho esto, es poco probable que estos actores cedan hasta que se cumplan sus agendas independientes y, cuantos más programas estén en juego, más difícil será que cualquier resolución satisfaga todos los intereses involucrados (Salisbury, 2017). De esta forma, la intervención saudí en el marco de la Operación Tormenta Decisiva en el año 2015 produjo una internacionalización y metástasis del conflicto.

En el presente capítulo, abordaremos de forma pormenorizada cada una de las alianzas que se entretejieron entre los actores yemeníes a nivel local y Arabia Saudí como actor regional. Para este análisis, Soler I Lecha (2016) propone una herramienta conceptual útil para abordar los bruscos, pero a veces esperables, cambios que caracterizaron a las relaciones entre los grupos de poder en Yemen y la monarquía saudí: las alianzas líquidas.

El autor retoma a Zygmunt Bauman y su idea de modernidad líquida adaptando la visión de éste al ámbito de las relaciones internacionales. De este modo, sostiene que:

“Las estructuras sociales que condicionan el comportamiento de los individuos se deshacen más rápidamente de lo que tardan las nuevas en formarse. No hay tiempo, para desarrollar una estrategia consistente, no hay pensamiento ni planificación a largo plazo. La percepción de qué o quién representa una amenaza cambia en función de acontecimientos puntuales y es así como proliferan alianzas que se circunscriben a un tema y suelen tener fecha de caducidad. Son alianzas líquidas que se adaptan al relieve” (Soler I Lecha, 2016).

La otra cara de la moneda es que las rivalidades también son líquidas, lo cual se refleja en el hecho de que actores, tradicionalmente enemistados, hacen frente común en un tema concreto sin con ello reconocerse como aliados.

Esta noción se hace patente en todas las alianzas que exploraremos a continuación, que se explican por el interés compartido de combatir un enemigo común. No obstante, al no haber una comunión identitaria, valores o una idiosincrasia compartida, rápidamente se hicieron patentes los resquebrajamientos en cada una de ellas.

3.2 El apoyo saudí al gobierno de Hadi

Desde el punto de vista de la comunidad internacional, el presidente Hadi conservaba la legitimidad política, consagrada en la Resolución 2216¹ de 2015 del Consejo de Seguridad de la ONU. Sin embargo, las fuerzas armadas leales a los hutíes mantuvieron el control de la capital, de la mayoría de las instituciones gubernamentales clave y entre el 60-70% de los recursos militares del país (Salisbury, 2017). Eran estos dos grupos los que, según la postura de las Naciones Unidas, debían hacer la paz entre sí.

Sin embargo, los capítulos previos del presente trabajo desarrollan y describen una multiplicidad de intereses que nos muestran los límites de esta visión polarizada. Los hutíes y el gobierno de Hadi fueron los dos grupos que las Naciones Unidas, desde una perspectiva binaria, tomó en cuenta para esquematizar una hoja de ruta que lleve a la pacificación.

Algunos grupos locales pudieron funcionar gracias al apoyo de terceros, sobre todo de los Emiratos Árabes Unidos, como fue el caso del sur de Yemen. Para ilustrar hasta qué punto el Estado, en cualquier sentido formal, se ha fracturado, Yemen tiene ahora dos

sedes del banco central y dos ministerios de finanzas, todos ellos en las ciudades de Saná y Adén respectivamente (Salisbury, 2017).

Ante la conmoción de la toma de Saná por parte de los hutíes en septiembre de 2014, Riad dejó de lado las diferencias que mantenía con los diversos actores locales, como el movimiento *Al Hirak* y *Al Islah*, y priorizó la movilización de todos sus recursos al refuerzo de la legitimidad del gobierno encabezado por el presidente Hadi y a poner coto al avance hutí.

Dado que estaba fuera de la esfera de influencia de los hutíes, el sur de Yemen también adquirió una mayor importancia estratégica para Arabia Saudita como un área que podía movilizarse contra ellos. Fueron los saudíes quienes facilitaron a Hadi la salida, de contrabando, de su arresto domiciliario en Saná trasladándolo a Adén en 2015. También le brindaron apoyo político y soporte financiero (Radman, 2022)

Entre 2015 y 2016, el apoyo saudí a las fuerzas en Yemen se canalizaba en gran medida a través del presidente Hadi. Sin embargo, luego del primer aniversario de la intervención, la ayuda saudí fluyó a través de Ali Mohsen, que en 2016 fue nombrado vicepresidente de Yemen y comandante supremo adjunto de las fuerzas armadas.

Los esfuerzos de la ONU para negociar las conversaciones de paz entre los rebeldes hutíes aliados y el gobierno yemení reconocido internacionalmente se estancaron en el verano de 2016 ante las fallidas conversaciones en Kuwait.

En febrero de 2021, los partidarios de *Ansar Allah* lanzaron una ofensiva para apoderarse de Marib, el último bastión del gobierno internacionalmente reconocido de Yemen. Asimismo, a principios de marzo de ese mismo año, llevaron a cabo ataques aéreos con misiles en Arabia Saudita, incluso contra instalaciones petroleras y aeropuertos internacionales. La coalición liderada por Arabia Saudita respondió a esta escalada de tensiones con ataques aéreos contra Saná. La ofensiva fue el enfrentamiento más mortífero desde 2018, matando a cientos de combatientes y complicando procesos de paz (Council on Foreign Relations, 2022).

3.3 Dar vuelta la página: la muerte de Saleh y el fin de un matrimonio contranatura

Luego de la destitución de Saleh en 2011, se constituyó un grupo conocido como ‘grupo de la legitimidad’ al que también se conoció como *al-Shariya*. Este grupo cristalizó la

alianza de facto entre el presidente interino Hadi y los líderes del partido *Al Islah*. Este vínculo se mantuvo entre 2015 y 2019 debido en gran parte a la dependencia compartida del apoyo saudí, territorio de residencia de Hadi cuando debió exiliarse (Day & Brehony, 2020).

Cuando Ali Abdullah Saleh llegó a la presidencia de Yemen del Norte en 1978, y luego se consolidó como primer presidente de Yemen unificado, se sirvió de las tribus como un elemento principal en la construcción de su poder político.

El entonces presidente yemení gastó una enorme cantidad de capital político y recursos financieros para establecer alianzas con líderes tribales clave y hombres fuertes de su país. La alianza tribal más significativa que estableció fue con el jeque Abdullah al-Ahmar, quien encabezó la poderosa federación tribal *Hashid* durante más de cuatro décadas, hasta su muerte en 2007.

El jeque plasmó su complicada relación con Saleh cuando afirmó “*Saleh es mi presidente, pero yo soy su jeque*” (Gasim, 2018). Esta frase da cuenta de que la habilidad política de Saleh no radicó en ‘poseer’ el poder, el cual se hallaba difuso en una delicada red de alianzas. Por el contrario, la figura de Saleh y su capacidad de permanencia en el poder se justificó en su habilidad para sostener los balances y contrapesos de los distintos grupos locales, distribuyendo beneficios políticos y sociales entre los mismos.

Reconociendo sus habilidades y *expertise* en el juego político, los hutíes no dudaron en entablar una alianza con el ex presidente al momento de avanzar sobre Saná. De este modo, y junto con fuerzas aún leales a Saleh, lograron tomar el control de la mayoría de las ciudades yemeníes a mediados de 2015.

A partir del año 2016, los hutíes consolidaron su control sobre el noroeste de Yemen y amenazaron el último bastión del gobierno en el norte: Marib. Ante la conquista de este territorio, se volvieron cada vez más confiados en su control del poder en Saná. Su objetivo era lograr un acuerdo que pase por alto al gobierno de Hadi y reconociera las realidades de facto sobre el terreno, que creían favorables a su gobierno.

Por su parte, el gobierno de Hadi, consciente de su debilidad territorial, se aferró a su legitimidad *de iure* y ejerció cada vez más resistencia ante cualquier acuerdo que pueda dar legitimidad a sus rivales.

Yemen se encontraba entonces dividido en cinco zonas de control político y militar: las tierras altas del norte controladas por los hutíes; áreas alineadas con el gobierno en Marib, al-Jawf, el norte de Hadramawt, al-Mahra, Shebwa, Abyan y la ciudad de Taiz; los territorios proseparatistas del Consejo de Transición del Sur en Adén y su interior; distritos a lo largo de la costa del Mar Rojo donde las Fuerzas de Resistencia Conjunta² son el poder principal; y Hadramawt costero, donde prevalecen las autoridades locales. Este escenario muestra que la guerra se desarrolló en múltiples frentes, cada uno con su propia dinámica política y líneas de mando y control (International Crisis Group, 2020).

Durante su gobierno de 22 años, Saleh derrotó a innumerables rivales políticos con sus astutas estrategias, desde los árabes nasseristas hasta el Partido Socialista de Yemen y *Al Islah*. Sin embargo, no pudo protegerse de ser utilizado y eliminado por los hutíes.

A su vez, estos últimos se beneficiaron de la influencia de los poderosos amigos de Saleh en el ejército yemení. Algo que contribuyó en gran medida a su temprano ascenso y consolidación en el poder. Por su parte, Saleh intentó recuperar su autoridad perdida, luego de los levantamientos del año 2011, utilizando su partido, el Congreso General del Pueblo (CGP), como herramienta de influencia.

El poder de los hutíes en alianza con Saleh pasaba por el control territorial. Sin embargo, eran conscientes de que la comunidad internacional no les otorgaba el reconocimiento exigido. El grupo sabía que las resoluciones de la ONU dejaban claro que el gobierno de Hadi era la única autoridad legítima en Yemen. Por ello, los intentos de abrirse paso en la comunidad internacional se habían llevado a cabo a través de lazos económicos dirigidos a Rusia y China en particular, que mostraban fuerte interés en la industria petrolera yemení. También se establecieron lazos con Irán como patrocinador externo. No obstante, los mismos han sido muchas veces sobredimensionados en función de los intereses saudíes.

Aunque estos esfuerzos demostraron cierto empeño por acercarse a la comunidad internacional, en general, los hutíes no han mostrado ningún interés en encauzar la (re)construcción del Estado yemení. Por el contrario, sus alianzas políticas se construyeron en base a la propia conveniencia. El predominio de su interés tribal por sobre el interés nacional se vio reflejado en las reiteradas violaciones de cese al fuego por parte de este grupo y la contribución a la escalada de violencia.

Como socios frente a la coalición liderada por Arabia Saudí, los hutíes y Saleh se disputaron los puestos en el gobierno, se acusaron mutuamente de corrupción y se involucraron en una guerra de palabras intermitente en los medios de comunicación.

Con el tiempo, los hutíes consolidaron el control del aparato de seguridad militar, pero el equilibrio exacto de poder en las tribus y las lealtades dentro de algunas unidades militares no estaban claras. En agosto de 2017, cuando Saleh organizó una reunión en Saná para celebrar el 35º aniversario del CGP, los hutíes sospecharon que planeaba volverse contra ellos con la ayuda de Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos (EAU).

Para decepción de sus seguidores, Saleh no actuó, pero cuatro meses más tarde tomó la decisión que le costaría la vida y confirmaría la superioridad militar de los hutíes. El desencadenante de la violencia fue un enfrentamiento entre combatientes de Saleh y leales a los hutíes por el control de la mezquita de Saleh, un importante punto de referencia en la capital que fue construido e inaugurado por el entonces presidente hace una década.

Saleh rompió formalmente los lazos con los hutíes y afirmó que estaba abierto a un diálogo con la coalición liderada por Arabia Saudita, con la que había estado en guerra desde marzo de 2015.

Mientras unidades del ejército leales a él se enfrentaban con combatientes hutíes en la capital por cuarta noche consecutiva, Saleh culpó a los rebeldes de los problemas del país y pidió a sus fuerzas que ignoraran las órdenes de los líderes hutíes.

La mediación local no consiguió enfriar las tensiones y el 2 de diciembre, el discurso de Saleh fue la chispa que inició una llama difícil de apagar. Saleh llamó a sus seguidores a tomar las armas contra los hutíes y también anunció su voluntad de "dar vuelta la página" en las relaciones con la coalición liderada por Arabia Saudí (Longley Alley, 2017). Con esta declaración, Saleh confirmaba su "traición" a los hutíes y firmaba su sentencia de muerte.

En su discurso público, Saleh sostuvo que: *"Los ciudadanos yemeníes han tratado de tolerar la imprudencia de los hutíes durante los últimos dos años y medio, pero ya no pueden más. Hago un llamado a nuestros hermanos de los países vecinos... a que*

detengan su agresión y levanten el bloqueo... y pasaremos página” (Edroos & Qubaty, 2017).

Después de oír las declaraciones y habiendo consolidado su presencia en el norte del país, los hutíes percibieron que habían agotado todo el rédito político y militar que esta alianza podía retribuirle. Así, el 4 de diciembre de 2017, un grupo de combatientes hutíes atacó el convoy de Saleh "a su paso por un puesto de control en la zona Yahana, al sureste de Saná", asesinándolo de un disparo en la cabeza (France 24, 2017).

El colapso de este matrimonio contra natura entre Saleh y los hutíes era totalmente esperable si se consideran las fricciones, por decir lo menos, que existieron siempre entre ambos. Las dos partes se habían enfrentado en un conflicto armado que tomó gran magnitud como fueron las Guerras del Saada mencionadas en el capítulo 1.

Con la muerte de Saleh, los partidarios de *Ansar Allah* se hicieron con el control exclusivo del norte. Más tarde, ante la percepción de que esta fricción interna había debilitado el movimiento, la coalición saudí aprovechó la oportunidad para lanzar ofensivas a lo largo de casi todas las principales líneas del frente.

Los hutíes pudieron sofocar la mayoría de los ataques, pero en octubre de 2018 perdieron un terreno considerable a lo largo de la costa del Mar Rojo ante las fuerzas respaldadas por los Emiratos Árabes Unidos. Estas últimas habían rodeado Hodeida, amenazando un salvavidas económico y humanitario vital para las áreas controladas por los hutíes, donde vivían la mayoría de los yemeníes (Salisbury, 2020).

A principios de 2020, se apoderaron de Al-Hazm, la capital de la gobernación de Al-Jawf, abriendo una vía para el asalto a la gobernación de Marib, el último gran bastión del gobierno en el norte de Yemen, además de rico en recursos.

3.4 Naciones Unidas: una hoja de ruta que terminó en letra muerta

En 2016, la participación de Kuwait como mediador indicó el primer intento de negociación entre las partes en conflicto bajo la égida de la ONU. Tras cuatro rondas de conversaciones en Kuwait, en agosto de 2016 el entonces secretario de Estado estadounidense John Kerry intervino para encontrar una solución política al conflicto. En noviembre de 2016, el gobierno de Hadi se negó a firmar el plan del funcionario norteamericano, John Kerry, por temor a quedar políticamente marginado. La propuesta estadounidense consistía en la formación de un gobierno alternativo de unidad nacional,

la retirada de las fuerzas rebeldes de Saná (así como de otras áreas) y la entrega de armamento pesado, incluidos los misiles balísticos a una tercera parte.

Las negociaciones finalmente se estancaron y las milicias hutíes reanudaron los ataques de artillería contra el reino. Después de esta reunión, los hutíes se negaron a participar en cualquier esfuerzo de mediación posterior durante dos años.

El segundo intento en este obstaculizado camino hacia la pacificación lo constituyeron las conversaciones en Kuwait. Éstas resultaron en una primera versión de un acuerdo basado en la Resolución 2216, que se mencionó en el capítulo anterior, y actuó como marco para las negociaciones posteriores. El acuerdo habría dado lugar a un arreglo para compartir el poder que incluía un rol activo en el gobierno de la minoría hutí.

Las negociaciones en Kuwait se dieron bajo el auspicio de las Naciones Unidas, puntualmente de su enviado Ismail Ould Sheikh Ahmed. Un dato a resaltar en estas conversaciones eran los actores que se tomaron en cuenta para participar de las mismas: *Ansar Allah* en conjunto con los partidarios de Saleh, por un lado, y el gobierno internacionalmente reconocido de Hadi por el otro.

La coalición militar liderada por Arabia Saudí y sus aliados locales lanzaron una ofensiva sobre la ciudad portuaria yemení de Hodeida bajo el nombre de ‘Operación Tormenta Dorada’. Este accionar abrió un nuevo frente en el conflicto y afectó la calidad de vida de millones de yemeníes.

La batalla de la coalición liderada por saudíes y emiratíes contra los rebeldes hutíes por la ciudad portuaria de Hodeida en el Mar Rojo fue la mayor batalla durante los primeros tres años de guerra en Yemen. La liberación de Hodeida daría a la coalición árabe saudí la ventaja en la guerra que está librando para restaurar el gobierno reconocido internacionalmente y dirigido por el presidente Abed Rabbo Mansour Hadi.

El 10 de septiembre de 2018, Hans Grundberg pronunció su primer discurso ante el Consejo de Seguridad de la ONU como enviado especial del Secretario General de las Naciones Unidas para Yemen. En su discurso el funcionario destacó que el país se hallaba “atrapado en un estado de guerra indefinido”, como resultado de la falta de acuerdo desde 2016. En una clara alusión a las expectativas iniciales saudíes sostuvo que "no hubo victorias rápidas" en la guerra civil. Al formular una estrategia para llevar a cabo su mandato, Grundberg planeaba revisar lo que había funcionado y lo que no.

Además, en su discurso afirmó que realizaría consultas iniciales con actores locales, regionales e internacionales. (Sana'a Center for Strategic Studies, 2021).

En junio de 2018 las fuerzas progubernamentales y de la coalición yemení tomaron el control del Aeropuerto Internacional de Hodeidah, 72 horas después de lanzar la Operación Victoria Dorada para capturar el puerto clave.

Fue en este contexto que luego de dos años resurgió un esfuerzo por la paz que se plasmó en el Acuerdo de Estocolmo³ el 6 de diciembre de 2018. Los compromisos establecidos en el tratado se dividieron en tres partes: el Acuerdo de Hodeida⁴, el Entendimiento de Taíz y un acuerdo de intercambio de prisioneros. En conjunto, estos compromisos exhortaban a las partes a cumplir con las siguientes medidas: un alto el fuego en la ciudad de Hodeida y los puertos de Hodeida, Salif y Ras Issa, así como al redespliegue de fuerzas en ambos lados; una apertura de corredores humanitarios; y un canje de prisioneros con el objetivo de liberar a más de 15.000 de ellos. Las partes también acordaron entablar conversaciones para crear un corredor humanitario que permitiría la entrada de ayuda humanitaria en la gobernación de Taiz (Dijkstal, 2019).

El Acuerdo de Estocolmo evitó una batalla por Hodeida y los puertos cercanos. Desde entonces, los hutíes se deshicieron de las amenazas internas a su dominio en el norte de Yemen, sofocando a los grupos tribales en la zona.

Para las partes en conflicto y para los observadores yemeníes e internacionales, el acuerdo resaltó los límites de la mediación externa para resolver el conflicto: la presión internacional obligó a las partes a respaldar el acuerdo, pero no a implementarlo.

La posterior violación a los postulados del acuerdo demostró que cuando existió una presión externa y voluntad política, se produjeron resultados diplomáticos. Un ejemplo de esto fue la presión ejercida por Estados Unidos hacia Arabia Saudita y, por extensión, a la comunidad internacional para que se aceptara el acuerdo.

El impulso hacia el Acuerdo de Estocolmo no fue exclusivamente resultado de la diplomacia de la ONU. Las semillas de un acuerdo surgieron inesperadamente en Estambul a partir del asesinato en octubre de 2018 del periodista y comentarista saudí Jamal Khashoggi por parte de un grupo de funcionarios de seguridad saudíes.

Las protestas en el Congreso de los EE. UU. ya habían aumentado por la intervención de los saudíes en Yemen, y crecieron a raíz del asesinato de Khashoggi, junto con los informes sobre las posibles consecuencias humanitarias de una batalla por Hodeida.

De este modo, el accionar del príncipe heredero saudí en el plano doméstico tuvo una fuerte repercusión en el plano internacional. En primer lugar, afectado sus relaciones con su principal socio occidental: EE.UU. En segundo lugar, modificando negativamente la percepción que de él tenían los países vecinos y derribando su imagen de ‘reformista y moderado’ como un castillo de naipes.

Casi dos años después de la firma del Acuerdo de Estocolmo, la fugaz oportunidad que presentó para poner fin a la guerra civil parecía haberse desperdiciado. Por el contrario, lo que se produjo fue una escalada de violencia intra e inter alianzas. La implementación limitada de los puntos claves del acuerdo, incluido un alto el fuego y el redespliegue de tropas en Hodeida y una resolución a la situación en Taíz, tuvo como correlato una escalada de la violencia que dejó a los civiles como los principales damnificados de un conflicto que ya comenzaba a mostrar signos de estancamiento.

Una de las debilidades del acuerdo radicó en que el mismo descansaba sobre la presión ejercida a nivel internacional, mientras que los actores involucrados directamente en el conflicto mostraban poca voluntad para allanar un camino hacia la pacificación.

Asimismo, otro punto débil fue la desatención por parte de los arquitectos del acuerdo a actores importantes como eran *Al Hirak* y *Al Islah*. El primero, con una importante presencia en el sur del país y con fuertes aspiraciones separatistas. El segundo, como uno de los principales actores que se desenvolvía dentro de los límites institucionales. *Al Islah* era el único actor, además del Congreso General del Pueblo, que poseía la potencialidad para canalizar las nuevas demandas de la población a través de una estructura, aunque rudimentaria, dentro de los márgenes de un sistema de partidos.

3.5 Las relaciones entre Arabia Saudi y Al Hirak

Desde la negociación de un acuerdo de cese al fuego en Hodeida en diciembre de 2018, las gobernaciones del sur de Yemen se han convertido en un escenario dinámico y un desafío para los saudíes. A partir de entonces Riad intensificó sus despliegues militares desde Al-Mahra en el este cerca de Omán hasta la capital provisional Adén en el suroeste.

El accionar saudí sobre el terreno se vio acompañado de renovados esfuerzos diplomáticos, que culminaron con la firma del Acuerdo de Riad en noviembre de 2019. Formaron parte del acuerdo el Consejo de Transición del Sur (STC), que exigía un estado independiente del sur, y el gobierno internacionalmente reconocido del presidente Abdo Rabbu Mansour Hadi.

No obstante, Arabia Saudita no enfrentó un camino fácil para establecer influencia política en el sur de Yemen. El objetivo saudí de aliarse con los sudistas y con los grupos islamistas para derribar a Hadi requería de un delicado equilibrio entre grupos en discordancia. El apoyo saudí al presidente Hadi se vio afectado por los levantamientos en el sur del país que clamaban por una reforma política y expresaban consignas separatistas.

Ante las diferencias surgidas entre los sudistas frente a la política de Hadi, Arabia Saudita tuvo que recalibrar su política de alianzas. El reino se vio obligado a involucrar a una serie de actores locales yemeníes, por un lado, y recalibrar su enfoque hacia actores regionales como los Emiratos Árabes Unidos, por el otro. Si bien este enfoque ha asegurado un período de relativa estabilidad en las gobernaciones del sur, la calma duró poco. La estrategia produjo rendimientos decrecientes para Arabia Saudita y su capacidad para dirigir los acontecimientos de acuerdo con sus intereses (Radman, 2022).

La estrategia saudí era recuperar Adén y las gobernaciones del sur en cooperación con los Emiratos Árabes Unidos, el principal aliado de Riad, en la guerra que desplegó tropas sobre el terreno en el sur.

Para lograr su objetivo, Riad contactó a líderes prominentes del ex Yemen del Sur, incluido el ex presidente Ali Salem al-Beidh, el ex primer ministro Haider Abu Bakr Al-Attas y el ex secretario general del Partido Socialista Yemení Yasin Saeed Numan, para movilizar apoyo para la Operación Decisiva. Sobre el terreno, dos grupos políticos principales surgieron como esenciales para la respuesta militar, los salafistas y el movimiento *Al Hiraq*.

La monarquía saudí buscó la unión a los secesionistas del sur entendiendo que las demandas de éstos podrían ser canalizadas a través de un acuerdo de poder compartido. Un antecedente de esta percepción hacia el sur de Yemen fue el plan de federación de

seis regiones elaborado antes de la caída de Saná en el marco de la Iniciativa de Dialogo Nacional promovida por los países del Golfo en 2014.

Riad también esperaba que los sureños se mantuvieran fuera de la esfera de influencia de Irán y concentraran sus energías en disuadir la expansión hutí. Sin embargo, la estrategia de *Al Hiraq*, y puntualmente del Consejo de Transición del Sur, fue explotar la presencia militar emiratí y las diferencias con los saudíes para sus propios fines (Radman,2022).

Los miembros del CCG y el presidente Hadi percibían a los sudistas como un grupo cuyos intereses eran que es antitético al proceso de paz dirigido por la ONU. Sin embargo, el desdén con el que los países del Golfo y el gobierno de Hadi trataba a *Al Hiraq* amenazó con convertir sus predicciones en una profecía autocumplida.

Los actores del CCG, a excepción de EAU, y el gobierno de Yemen no supieron o no quisieron otorgar a los sudistas la importancia que éstos verdaderamente tenían sobre el terreno y como grupo representativo de una gran parte de la población yemení. Un ejemplo de esto fueron las contramaniobras del presidente Hadi en conjunto con los saudíes para formar un consejo opuesto de activistas del sur que desafíe al Consejo Transicional del Sur (Forster, 2017).

En 2017 el conflicto empezó a mostrar los primeros signos de estancamiento. La miríada de actores y de intereses que hicieron implosión con la intervención saudí en 2015 y que se ubicaron en dos coaliciones enfrentadas, mostraron sus diferencias en el territorio sudista.

El gobierno de Hadi y sus aliados entraron en conflicto abierto con los separatistas respaldados por los EAU en el sur y con las fuerzas alineadas con los EAU en Taíz. El enfrentamiento se desencadenó luego de una ruptura entre Hadi y los emiratíes por la estrecha relación de su gobierno con *Al Islah*, un partido político islamista sunita que los Abu Dhabi consideraba una rama de los Hermanos Musulmanes, a los que considera una amenaza regional.

Las tensiones entre el gobierno del presidente yemení Abd Rabbo Mansour Hadi y los Emiratos Árabes Unidos por las relaciones de este último con los separatistas del sur de Yemen estallaron cuando las fuerzas de los Emiratos Árabes Unidos fueron acusadas de ocupar la isla yemení de Socotra.

Asimismo, la creación de un Consejo Transicional del Sur con aspiraciones secesionistas en 2017, mostró los límites de un acuerdo impulsado en gran parte por la presión externa, como fue Estocolmo. A pesar de haber sido la hoja de ruta más sólida para proponer una pacificación, su enfoque puesto en el norte que abarcó sólo a una elite gubernamental y sus aliados geopolíticos en la región fue el talón de Aquiles del acuerdo.

En agosto de 2019, el Consejo de Transición del Sur (STC) respaldado por los Emiratos Árabes Unidos y con una marcada tendencia secesionista tomó el control de Adén, la capital temporal del gobierno de Hadi. Fue en este momento donde la unión de la coalición saudí quedó en el pasado y las tensiones intra coalición alcanzaron su punto máximo. La toma de Adén demostró que los intereses de los saudíes se desmarcaron de los emiratíes, desmintiendo la ficción de un país unido.

Arabia Saudita se vio obligada por este giro de los acontecimientos a negociar un acuerdo, el Acuerdo de Riad de diciembre de 2019, para evitar una guerra civil dentro de una guerra civil entre el gobierno de Hadi y el STC (Salisbury, 2017).

La aparición del STC como el grupo que expresó los deseos de una buena parte de los sudistas, su consolidación sobre el terreno y su alianza con los emiratíes demostró que la inminencia de los acontecimientos sobre el terreno pudo más que cualquier acuerdo gradual, u hoja de ruta política.

3.5.1 El acuerdo de Riad

El 5 de noviembre de 2019, el gobierno internacionalmente reconocido de Yemen firmó el Acuerdo de Riad⁵ con los Emiratos Árabes Unidos respaldado por el Consejo de Transición del Sur (STC). El acuerdo tenía el objetivo de resolver un conflicto armado entre las partes que se había reavivado tres meses antes, cuando el Consejo expulsó a Hadi y sus partidarios de su capital temporal de Adén.

Este estallido de violencia obligó a la comunidad internacional a centrarse en la ‘cuestión del sur’, después de haber dejado de lado el tema para hacer frente a la crisis derivada de la toma de Saná y la mayor parte de las tierras altas del país por parte de los hutíes en 2014. Lo que se observó a partir del 2019 fue el estallido de un nuevo foco geográfico de tensión, pero no en las tierras altas dominadas por los hutíes sino ahora en el sur del territorio yemení.

La poca importancia con la que los actores regionales trataron la ‘cuestión del sur’ entre 2015 y 2019 hizo implosión en este enfrentamiento que mostró un segundo quiebre en la coalición anti hutí. Con la declaración de autogobierno del CTS se podría hablar de una guerra civil dentro de una guerra civil, ya que este accionar desató enfrentamientos a nivel local, puntualmente en el archipiélago de Socotra.

Las potencias extranjeras y los actores regionales involucrados habían prestado hasta el momento poca atención al separatismo del sur. Esto se debió a las reivindicaciones secesionistas del Sur a las que percibían como una amenaza en parte porque todos quieren que el país permanezca unificado. Sin embargo, su enfoque era insostenible: la guerra puso al país en riesgo de desintegración.

En 2019 ya se podía hablar de un conflicto estancado. A los hutíes habiendo consolidado su poderío sobre el norte del territorio, ahora se sumaba un nuevo foco de conflicto en el sur que ponía en riesgo la estabilidad de la coalición saudí y la legitimidad del gobierno de Hadi (Harrington, 2020).

El acuerdo de Riad incluía varias disposiciones políticas, de seguridad y económicas tales como: la formación de un nuevo gobierno que incluye a la STC⁶; el desarme e integración⁷ de milicias y formaciones militares bajo los auspicios de los ministerios de defensa e interior; apoyo a la economía yemení; y la desmilitarización de Adén.

Aunque el reino negoció el Acuerdo de Riad entre el gobierno de Hadi y el Consejo de Transición del Sur (STC), no ha podido lograr que las partes lo implementen. Todos los ojos estaban puestos en Arabia Saudita a fines de 2019 para utilizar las conversaciones con los hutíes y los sureños como una puerta de entrada a conversaciones de paz integrales negociadas por la ONU. Sin embargo, el reino saudí fue incapaz de demostrar incluso pequeñas victorias y su maniobrabilidad política se redujo sustancialmente.

3.6 La singularidad del vínculo entre Arabia Saudí y *Al Islah*

Antes del levantamiento de 2011 y en los años posteriores, *Al Islah* mantuvo su adaptabilidad y dinamismo, siguiendo una estrategia de autopreservación. Sin embargo, esto tuvo un coste, especialmente para los miembros centristas de los Hermanos Musulmanes dentro del partido. Aunque el partido contaba con un núcleo ideológico duro de líderes con claros vínculos con los Hermanos Musulmanes, éstos siempre se vieron obligados a contrabalancear un flanco salafista también influyente dentro del

partido. Los salafistas dentro del partido que coquetearon constantemente con otros centros de poder, y también lidiaron con una facción tribal con acceso a la generosidad del régimen y a considerables recursos independientes (Yadav, 2015).

Como fue expresado en el capítulo 1, las ramas de poder al interior de *Al Islah* significaron un desafío para el partido y para aquellos que buscaron aliarse con ellos. A esto se suma la dependencia de patrocinadores externos y organizaciones internacionales para mantener su posición política a la luz de su decreciente relevancia nacional. En este sentido se debe recalcar que frente al ascenso de actores como *Ansar Allah* en el norte y *Al Hiraq* en el sur se enfatizaron los liderazgos locales en detrimento de un sistema de partidos que buscó (o intentó obtener) influencia a nivel nacional.

Durante el proceso de transición patrocinado por el Consejo de Cooperación del Golfo en el año 2014, se acusó a *Al Islah* de haber secuestrado la revolución cuyo principal motor habían sido los jóvenes. Mientras los jóvenes salían pacíficamente a las calles pidiendo cambios, los opositores tradicionales se mantuvieron en una actitud de cautela, sin atacar directamente al régimen de Saleh apostando a una transición progresiva.

La Primavera Árabe tuvo un impacto decisivo en los islamistas moderados cuyos partidarios disminuyeron, mientras que impulsó el poder y la influencia de los islamistas radicales en la región. Es por esto que, a pesar de que no se los aborde en los objetivos del presente trabajo, no se puede dejar de hacer mención al rol desempeñado por el islam radical, puntualmente Al Qaeda en la Península Arábiga (en adelante AQAP) y la transferencia de partidarios de Al Islah hacia grupos yihadistas. Al Qaeda y los grupos extremistas encontraron una coyuntura anárquica, que constituyó un terreno fértil y funcional para profundizar su asentamiento en los lugares periféricos de Yemen.

Las milicias salafistas adquirieron prominencia a lo largo de 2016, no solo en los frentes militares sino también dentro de instituciones leales al presidente Hadi. Esta tendencia a incorporar a los salafistas en la política fue la antesala de la militarización movimiento e implicó el engrosamiento de las filas del movimiento yihadista.

El resurgimiento de las facciones militantes fue en parte una reacción a la creciente expansión militar de los hutíes, que unificó y militarizó a los grupos salafistas, que de otro modo serían apolíticos. Algunas figuras salafistas, como Hani Bin Breik, se unieron al Consejo de Transición del Sur (STC), que abogaba por la autonomía política o incluso la secesión total de Yemen del Norte (Orkaby & Minakov, 2021).

Los islamistas fueron los actores en los que mejor se plasmaron las lealtades fluidas propias del escenario yemení. Los grupos islamistas explotaron la fragmentación política de Yemen, y fueron mutando y subdividiéndose de acuerdo a sus intereses y al accionar de los grupos con los que se relacionaban.

De este modo, algunos se unieron al movimiento secesionista en el sur, mientras que otros siguieron caminos políticos independientes. Sin un gobierno central capaz de unificar el país, en un contexto de colapso estatal, incluso los grupos islamistas disidentes conservaron la capacidad de influir en el equilibrio de poder nacional o regional.

Por otro lado, las divisiones que tuvieron eje en la coalición anti hutí demostraron que el asesinato de Saleh no fue el único cimbronazo que atentó contra las alianzas construidas en 2015. La ambivalencia saudí en su relación con *Al Islah* se reflejó en que buscó una alianza con este partido un año después de haberlo calificado como organización terrorista en el año 2014. El comunicado se expresaba particularmente en contra de los hermanos musulmanes a quienes acusaba de no representar el “verdadero” islam por seguir objetivos partidistas que van en contra de esa religión, utilizándola como una máscara para disfrazar sus propósitos (Middle East Eye, 2020).

En 2015 la monarquía saudí modificó su postura proporcionando al grupo apoyo financiero y de artillería sumando un aliado en la lucha con los hutíes. *Al-Islah* tenía vínculos de larga data con la Hermandad, pero el grupo declaró en 2013 y nuevamente en 2016 que no está asociado con el movimiento global de la Hermandad. Sin embargo, los Emiratos y los EE. UU percibían a *Al Islah* como una amenaza y consideraban que se estaban aprovechando de los insumos facilitados por la coalición.

La fractura de la coalición y el conflicto que implicaba la presencia de *Al Islah* en la misma hizo eclosión en una serie de asesinatos selectivos⁸ a clérigos y figuras políticas islamistas llevado a cabo por estadounidenses en connivencia con los Emiratos Árabes Unidos.

Por su parte, Arabia Saudí mostró para con el partido una postura singular que contrastaba con su mirada hacia los Hermanos Musulmanes en la región. El partido islamista mostró su predisposición a aliarse con los saudíes a través de acciones concretas como la suspensión de la afiliación al partido del ganador del Premio Nobel de la Paz Tawakkol Karman, quien había criticado repetidamente a Arabia Saudita y los

Emiratos Árabes Unidos. También se negó a comunicarse con Irán o tomar otras medidas en la región sin la cooperación o el apoyo de los saudíes (Al Sofari, 2021).

Se puede sostener, siguiendo a Salisbury, que los grupos afiliados a la Hermandad Musulmana dirigidos por el poderoso Ali Mohsen dentro del partido *Al Islah* desempeñaron un papel destacado en la guerra en el norte, sobre todo en Mareb y Al Jawf, así como en Taíz, al sur.

Siguiendo el devenir de alianzas entre los actores y su accionar es claro que el potencial de la coalición estuvo dado por lazos débiles entre Ali Mohsen como líder de *Al Islah*, y Arabia Saudita. Fue allí donde se hizo patente la diferencia entre los saudíes y sus socios emiratíes quienes, por otro lado, decidieron tomar partido por los secesionistas del sur y grupos salafistas, dando como resultado tensiones claramente visibles en las zonas donde están presentes ambos grupos de actores, como Adén y Taíz.

3.7 El rol de Abu Dhabi y las tensiones intra-coalición

Las diferencias de intereses entre los miembros de la coalición liderada por Arabia Saudí, que en 2015 parecían no importar, comenzaron a hacerse evidentes ante la extensión del conflicto. Los Emiratos Árabes Unidos dirigieron la campaña militar y los esfuerzos para proporcionar seguridad en el sur de Yemen, lo cual incluyó la cooperación con Estados Unidos en iniciativas antiterroristas. Por su parte, Arabia Saudí era el principal patrocinador de los combates en el norte y el oeste y dirigía la campaña aérea (Salisbury, 2017).

El intervencionismo saudí y las relaciones de patrocinio con los distintos grupos de poder al interior de Yemen no fue una novedad. Como se analizó en el capítulo 1 este accionar se remonta a varias generaciones anteriores. Sin embargo, bajo la égida del nuevo príncipe heredero saudí la política exterior hacia Yemen tomó un tinte más ofensivo y proactivo que antes. Este cambio se vio impulsado en parte por la amenaza percibida de Irán, pero también por la amenaza de los propios hutíes que avanzan sobre territorio fronterizo comprometiendo la seguridad del reino.

Riad lideró la campaña aérea, trabajó en estrecha colaboración con el gobierno yemení y ha evitado en gran medida el despliegue de tropas terrestres en las principales batallas en el sur y el centro de Yemen. Los Emiratos Árabes Unidos, por el contrario, han tenido una relación más problemática con el Gobierno de Yemen reconocido

internacionalmente, patrocinaron y desarrollaron fuerzas locales (en gran parte fuera de las estructuras del Gobierno yemení) y también han estado más dispuestos a usar fuerzas terrestres de manera proactiva que Arabia Saudita, aunque por períodos limitados (Stoddard & Toltica, 2021). Los saudíes fueron los encargados de morigerar las tensiones en aumento entre los miembros de su coalición. Esto se debió a que los riesgos eran mucho mayores para Riad, que compartía frontera con un país en el que se consolidaba el avance de un actor al que percibía como proxy de su principal rival regional: Irán.

Las formas remotas de operaciones militares ayudaron a ambos estados a lidiar con las debilidades intrínsecas. Las fuerzas terrestres menos desarrolladas en Arabia Saudita y fuerzas armadas más pequeñas en los Emiratos Árabes Unidos eran algunas de las desventajas.

El accionar remoto de Riad y Abu Dhabi tuvo el objetivo de retener una gran proporción de fuerzas terrestres listas para cualquier conflicto potencial con Irán. Finalmente, el uso de representantes locales por parte de los Emiratos Árabes Unidos le permitió perseguir sus propios intereses de seguridad y promover su posición regional más amplia, en contra de los intereses de Arabia Saudita y el Gobierno de Yemen (Stoddard & Toltica, 2021).

La experiencia de Abu Dhabi fue muy diferente a la de Arabia Saudita. Al realizar operaciones terrestres en el sur independientemente de los saudíes, los Emiratos pudieron demostrar su superioridad militar. Este último se adjudicó el crédito por ayudar a expulsar a los hutíes de Adén y a Al-Qaeda en la Península Arábiga de Mukalla.

Las percepciones e intereses de los Emiratos sobre el conflicto en Yemen no eran del todo compatibles con los de sus vecinos saudíes. En primer lugar, al no compartir 1500 km de frontera existían cuestiones de seguridad que tuvieron un peso mucho mayor para los saudíes y se encontraban ausentes de los cálculos de riesgos emiratíes.

Por ejemplo, aunque Riad no se opuso intrínsecamente a la independencia en el sur de Yemen, los saudíes priorizaron la estabilidad en su flanco sur más que nada. Riad prefería tener en su vecindario un Estado colapsado, y mantener relaciones con un presidente con poca o nula legitimidad, en lugar de un territorio fragmentado que podría

intensificar el vacío de seguridad en beneficio de actores como Al Qaeda y el Estado Islámico, o los aliados de Irán (hutíes) en Yemen.

Los Emiratos Árabes Unidos no tienen las mismas preocupaciones; era libre de apoyar la causa separatista y utilizarla a su favor. Abu Dhabi tenía mayores márgenes de maniobra que el reino saudí y los costos de que su estrategia salga mal eran mucho menores que los asumidos por Arabia Saudí. En tal escenario, Emiratos tendría una frontera expansiva de arena y montañas para protegerse contra la proliferación de enemigos potenciales hacia el sur (Al-Muslimi, 2019).

Vale mencionar que las tareas de operaciones en Adén y otras ciudades del sur (Lahij, Al-Dhalea, Abyan) fueron encomendadas a los Emiratos en marzo de 2015. A partir de este año lideró una serie de gestiones unilaterales con la intención de establecer su propia influencia en las gobernaciones del sur. Uno de los resultados más importantes fue el establecimiento y entrenamiento de las Fuerzas del Cinturón de Seguridad en (Aden, Abyan, Lahj y Al-Dhalea) con el pretexto de enfrentar el “vacío de seguridad” en esas gobernaciones. Vale la pena señalar que los Emiratos Árabes Unidos establecieron estas fuerzas fuera de la vista del gobierno y sin coordinación con el Ministro del Interior yemení.

A esto se sumó la debilidad de las fuerzas gubernamentales yemeníes, que se vieron obligadas a obtener armamento en el mercado negro. Un soldado que luchaba en los frentes del sur en Marib confesó al Centro de Estudios de Saná que cuando su unidad fue atacada por combatientes hutíes en tres vehículos blindados, solo tenían AK47 para defenderse. Para agravar la situación, a los soldados no se pagaron sus salarios durante meses, lo que llevó a algunos a abandonar el frente y cruzar a Arabia Saudita en busca de trabajo (Sana'a Center for Strategic Studies, 2021)

Aun así, no parece que las fuerzas gubernamentales y los combatientes tribales estén preparados para rendirse. Más bien, la mayoría de ellos han adoptado la postura del general Mofareh Behaibah, un destacado líder tribal Murad y comandante del eje Bayhan, la 26ª Brigada y jefe del frente Al-Jubah. Behaibah. El general, que ha perdido a cuatro hijos luchando contra los hutíes durante los últimos cuatro años, dijo en un video que preferiría morir que vivir en la humillación bajo el dominio de los hutíes. “Nos defenderemos (contra los hutíes) hasta derramar la última gota de sangre”(Sana'a Center for Strategic Studies, 2021). Esta frase refleja el modo en el que las raíces

identitarias del conflicto calan hondo en cada uno de los actores y su formación de un “otro” al que se debe combatir. También muestra la realidad de un Estado colapsado que trasciende la concepción weberiana que considera al monopolio de la violencia, un territorio y gobierno unificado.

Desde una perspectiva constructivista lo que demuestra la continuación y estancamiento del conflicto en Yemen es la necesidad de (re)construir un tejido social que se encuentra desgarrado por el predominio de particularismos e intereses tribales que se interponen en los intentos de pacificación.

3.8 El estancamiento del conflicto y el impacto del COVID-19

Con el derrumbe o debilitamiento de las distintas alianzas que se fueron forjando, el conflicto ingresó en un período de estancamiento. Esto se reflejó, por un lado, como se observa en la Figura 5, en la consolidación territorial del grupo huthí, que ha avanzado en el territorio a partir del 2014. Por otro lado, el estancamiento se ve plasmado en la miríada de actores (figura 6) que participan del conflicto con intereses divergentes que hicieron que cualquier intento de emprender un camino hacia la pacificación se vea obstaculizado.

Un suceso significativo que generó un cimbronazo en el curso de los acontecimientos fueron los ataques a la petrolera estatal saudí Aramco en el año 2019, en manos de los hutíes. Los atentados involucraron dieciocho drones y siete misiles teledirigidos de forma simultánea contra las instalaciones de la petrolera en Abqaiq y dos de sus pozos situados a unos 80 km de distancia, en Khurais. El hecho dañó la economía saudí, generando un aumento en los precios del petróleo, incendios y daños materiales, y generaron una disminución mayor al 5% del suministro mundial de petróleo.

Las consecuencias del ataque fueron de tal envergadura que implicaron el cierre total de la petrolera durante nueve meses, por lo que la producción del crudo se redujo en un 75%. Dos fuentes cercanas al asunto dijeron a la agencia de noticias Reuters (2020) que 5 millones de barriles por día de producción de crudo se habían visto afectados, cerca de la mitad de la producción del reino o el 5 por ciento del suministro mundial de petróleo.

Los ataques fueron reivindicados por los partidarios de *Ansar Allah*, que lanzaron un comunicado amenazando con “operaciones más dolorosas”, si Arabia Saudí continuaba

con sus ataques en Yemen, pero que cesarían en sus ofensivas si Riad retiraba sus tropas de Yemen (López & Díaz, 2021).

A pesar de que los medios e incluso la Corona Saudí le atribuyó la responsabilidad del atentado a los hutíes, la ONU y los países occidentales se expresaron de forma contraria. El informe de los expertos independientes de la ONU al comité de sanciones de Yemen del Consejo de Seguridad decía: “A pesar de sus afirmaciones en contrario, las fuerzas hutíes no lanzaron los ataques contra Abqaiq y Khurais el 14 de septiembre de 2019” (Nichols, 2020).

Los hallazgos del informe de la ONU se produjeron en medio de la escalada de tensiones en la región después de que Estados Unidos matara al general iraní Qassem Soleimani en Bagdad y Teherán tomara represalias disparando misiles contra instalaciones militares que albergan tropas estadounidenses en Irak.

Los investigadores de las Naciones Unidas expresaron sus dudas acerca de que los drones y los misiles de crucero de ataque terrestre utilizados en el ataque del 14 de septiembre “tengan un alcance suficiente para haber sido lanzados desde territorio yemení bajo el control de los hutíes”(Nichols,2020).

Los acontecimientos mencionados propiciaron un cambio en la postura saudí, que en otoño de 2019 decidió entablar conversaciones directas con los hutíes. Las negociaciones de entablaron con Omán como mediador y se propusieron objetivos provisorios. Algunos de ellos fueron: la reapertura del principal aeropuerto internacional de Yemen en Saná, cerrado por la coalición liderada por Arabia Saudita en 2016; y una zona de amortiguamiento a lo largo de la frontera entre Yemen y Arabia Saudita en áreas bajo control hutí (Al Jazeera, 2019).

Los ataques a Aramco hicieron tomar conciencia a los decisores saudíes respecto al callejón sin salida en que se había convertido el conflicto en Yemen. A pesar de los intentos de entablar conversaciones la falta de confianza entre las partes hizo que, una vez más, el acuerdo se diera por tierra.

Figura 5

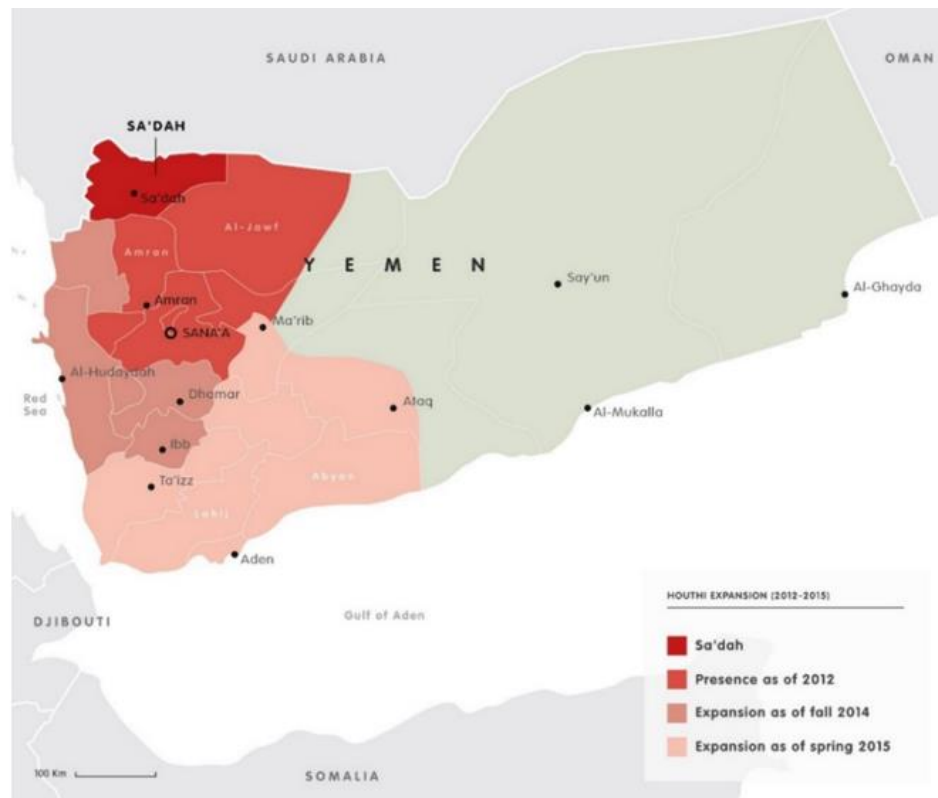
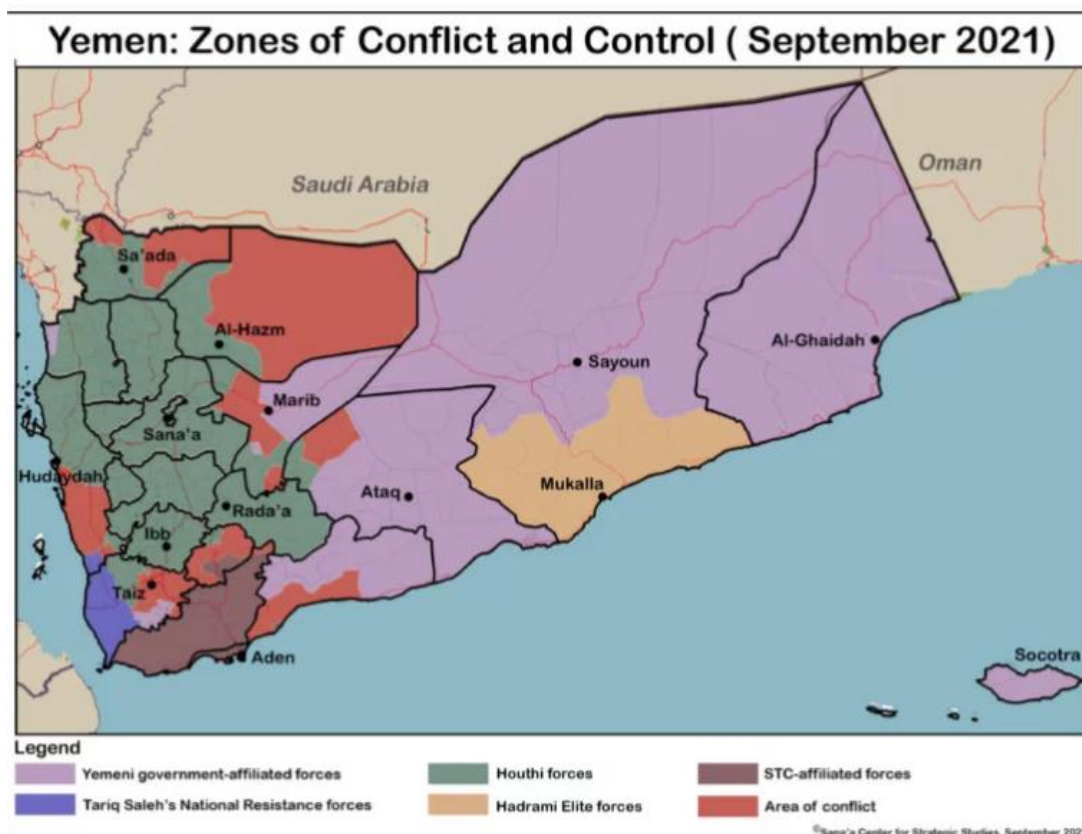


Fig.7: Expansión hutí desde 2012 hasta 2015. Fuente: European Council on Foreign Relations²⁵

Fuente: European Council on Foreign Relations¹²

Figura 6

¹² Disponible en:
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6532056#:~:text=El%20fracaso%20de%20las%20iniciativas,posible%20evoluci%C3%B3n%20de%20la%20situaci%C3%B3n>



Fuente: Sana'a Center for Strategic Studies¹³

Por otra parte, los hutíes lograron éxitos notables contra las fuerzas del gobierno yemení en septiembre de 2021, tomando el control total de la gobernación de Al-Bayda en el centro de Yemen y avanzando más hacia el oeste de Shabwa y el sur de Marib.

Estos avances permitieron a *Ansar Allah* abrir nuevos frentes y ampliar la superficie de territorio bajo su poder en julio de 2021. Los hutíes continuaron en septiembre con la conquista Al-Bayda, y en ese mismo mes anunciaron que tenían control total de la gobernación dando un golpe significativo al gobierno de Hadi (Sana'a Center for Strategic Studies, 2021).

En octubre de 2021 el combate se focalizó en la ciudad de Marib⁹, si vemos la figura 1 observamos que en ella se ubican oleoductos sobre los que los hutíes tienen especial interés. Este grupo realizó una oferta a las tribus de Marib con el objetivo de obtener su apoyo. La propuesta fue denunciar a la coalición liderada por Arabia Saudita, expulsar a Al-Qaeda en la Península Arábiga y a los militantes del Estado Islámico en la gobernación, y compartir los ingresos del petróleo y el gas de Marib con los hutíes. A

¹³ Disponible en <https://sanaacenter.org/publications/the-yemen-review/15218>

cambio, el gobernador podría mantener su puesto y garantizar su autonomía local (Sana'a Center for Strategic Studies, 2021).

Se debe tener en cuenta que la ciudad de Marib estaba controlada por *Al Islah*, lo cual encerraba una debilidad en el hecho de que los hutíes aprovecharían el enfrentamiento de esta organización con los Emiratos Árabes Unidos y el Consejo Transicional del Sur, explorada en el apartado previo. A esto se le sumaba la debilidad del gobierno de Hadi frente al avance hutí y un liderazgo saudí que se encontraba distanciado de su tradicional aliado regional, Abu Dhabi.

Los hutíes compartían con Saleh la estrategia ‘divide y reinarás’ y fueron conocidos por buscar crear y explotar divisiones entre las tribus, en este caso en Marib, para tomar el control de la gobernación. En este caso, la estrategia de *Ansar Allah* no dio los resultados esperados. Las tribus en Marib mostraron gran resistencia al avance hutí en 2020 y se mostraron dispuestas a proteger su territorio contra ellos.

En líneas generales, lo que se produjo con el pasar de los años fue una especie de empate hegemónico que generó un bloqueo en el que ninguno de los actores puede imponerse, pero tampoco logran salir airoso del conflicto.

Finalmente, el fenómeno del COVID-19 agregó una nueva dimensión y profundizó el estancamiento de la guerra civil afectando no sólo las condiciones de vida de los yemeníes sino también la proyección regional saudí.

La pandemia de COVID-19 fue declarada el 11 de marzo de 2020 y llegó a Yemen el 10 de abril con el primer caso confirmado. La delicada situación del país y la fragmentación de la autoridad dificultaron la implementación del Reglamento Sanitario Internacional y las políticas relacionadas durante los brotes de enfermedades. Desde la propagación de la COVID-19, el gobierno de Yemen no contó con la disponibilidad de lugares suficientes para el aislamiento en los puntos de entrada al país. Tampoco pudo cumplir con los estándares del Reglamento Sanitario Internacional en respuesta a las pandemias (Dureab et al., 2020).

Las advertencias de las agencias humanitarias sobre el deplorable estado del servicio de salud de Yemen, donde alrededor de la mitad de todos los centros médicos están cerrados, y la falta de alimentos, combustible y medicamentos, pusieron de manifiesto cuán dependiente es el país de la asistencia externa (Naciones Unidas, 2020).

En el caso del reino saudí, la pandemia afectó uno de los pilares del *soft power* saudí como fue el turismo. En Arabia Saudí la Meca y Medina eran un polo turístico principal que se vio afectado por las restricciones en el movimiento de personas. Puntualmente, el *Hajj* (peregrinación), uno de los pilares del islam se vio obstaculizado ante el aumento de contagios, reflejándose esto en la disminución del número de fieles que visitaron los Santos Lugares.

En lo que respecta a la postura saudí hacia Yemen, el reino donó millones, pero los ataques no cesaron. Incluso se los acusó de cometer crímenes de guerra y de provocar la muerte de miles de civiles como consecuencia de sus bombardeos aéreos. La guerra dejó un saldo de millones de desplazados, decenas de miles de muertos, la mayoría civiles. Las Naciones Unidas sostuvieron que aproximadamente 24 millones de yemeníes, más de dos tercios de la población, dependen de ayuda para sobrevivir (Gimberg, 2020).

En otras palabras, el COVID-19 también causó estragos en la economía rentista saudí, afectando directamente a los mercados petroleros y la industria de los combustibles fósiles en general. Más allá de esto los saudíes siguieron destinando el 4% de su PBI al gasto militar, a diferencia de otros países que destinaron fondos a la lucha contra la propagación del COVID-19 (Fundación Embajada Abierta, 2022).

4. Comentarios finales

“Todo lo que el hombre ha aprendido de la historia es que de la historia el hombre no ha aprendido nada”

El accionar en Yemen por parte de los saudíes se sumó a una larga lista de potencias extranjeras que vieron frustrados sus planes en el país: los otomanos, los británicos, los egipcios, entre otros (Al-Muslimi, 2019). Los libros de historia no parecen ser una guía suficiente ya que las monarquías del Golfo no supieron o no quisieron analizar los costos que esta intervención tendría. Se subestimó la capacidad de resistencia de los locales yemeníes, se tuvo una visión sesgada de los vínculos entre los locales y se sobreestimaron las capacidades y recursos de la propia coalición.

En ausencia de instituciones estatales fuertes, la política de las élites en el Yemen de Saleh constituía una forma de facto de gobernanza colaborativa, en la que los intereses tribales, regionales, religiosos y políticos en competencia acordaban mantenerse a raya mediante la aceptación tácita del equilibrio que producía. Los réditos resultantes de estas interacciones se concentraban en los 3 hombres fuertes de Yemen: Saleh, que controlaba el "Estado"; el general Ali Mohsin, que controlaba la mayor parte del ejército; y el jeque Abdullah al-Ahmar, jeque supremo de la poderosa confederación tribal Hashid, cabeza visible del partido Islah y el intermediario elegido por Arabia Saudí para los pagos de patrocinio transnacional a las tribus de Yemen (Salisbury et al., 2015).

Esta red de patrocinio y relaciones clientelares fue derribada por el embate que significó la Primavera Árabe a nivel regional. Asimismo, la operación Tormenta Decisiva puso en contra de Saleh a la monarquía saudí, que supo ser su aliada durante su presidencia, y fue otro de los factores que afectó a la configuración de alianzas entre actores locales. Finalmente, a nivel interno, el asesinato de una pieza clave del esquema político yemení como fue Ali Abdullah Saleh dio la estocada final consolidando el poder de los hutíes y dejando a los saudíes en una encrucijada difícil de resolver.

En el caso del partido *Al Islah*, encontró en los hutíes a su principal rival en el norte del país. Ante el avance de estos últimos, el partido en 2014 estuvo llamado a ser el sucesor natural, y logró condensar las demandas de los jóvenes mostró su repliegue con el correr de los años. Este partido, que casi logra obtener una victoria electoral contundente en las elecciones posteriores a la transición de Yemen, llegado el año 2021 estaba luchando

por sobrevivir. La capacidad de movilización que el partido supo tener se vio afectada no sólo por el avance hutí, sino también por el engrosamiento de las filas del islam radical.

La expectativa puesta en los sucesivos acuerdos que prometían una transición política en el marco de un sistema multipartidista y representativo se esfumó. Con el pasar de los años, y con la afirmación del poder de facto por parte de Ansar Allah, muchos partidarios de *Al Islah* abandonaron su capacidad de movilización por vías institucionales y optaron por radicalizarse. Es en este marco que el partido comenzó a depender cada vez más del apoyo externo y se inclinó por establecer alianzas pragmáticas que le permitan mantener alguna cuota de poder.

Mientras tanto, en el flanco Sur, el Consejo Transicional ganó fuerza y percibió a los partidarios de *Al Islah* como una amenaza ante el avance de este grupo sobre territorios del sur. El objetivo del movimiento *Al Hiraq* fue frenar una mayor invasión por parte de los norteños (no sólo de los hutíes) para asegurar una posición favorable y lograr influir en el resultado final del conflicto, o al menos asegurar su papel como principales representantes de los pueblos del sur.

De este modo, se puede ver como la exclusión del movimiento sudista de las negociaciones genera un caldo de cultivo que no encauza el conflicto. Sin embargo, su inclusión también plantea dilemas ya que implica dar voz a una facción de la sociedad cuyo objetivo atenta contra la integridad territorial yemení. Esta situación, no debería ser subestimada por los saudíes, en especial si se considera que el grupo contó con el apoyo externo emiratí. No obstante, se debe tener en cuenta que el Consejo Transicional del Sur, como uno de los actores más identificables dentro de *Al Hiraq*, no representó la totalidad de los atomizados intereses del sur. Es por esto que uno de los desafíos que afrontó *Al Hiraq* fue el de consolidar sus lazos y unificar la multiplicidad de grupos que existen en su interior, los cuales afectan a la capacidad de acción y negociación de este actor.

Después de haber abordado las dificultades que se le presentaron a los saudíes y a los miembros de su coalición se sostiene que, desde un punto de vista estratégico, la operación Tormenta Decisiva fue el germen de su propia destrucción. El príncipe Bin Salman fue la cara visible de la iniciativa que sería una de sus primeras acciones de política exterior que reflejaría su inclinación proactiva e intervencionista. No obstante,

en los seis años analizados se observó que los resultados estuvieron lejos del cálculo inicial que llevó a los saudíes a adentrarse en el territorio yemení.

El conflicto en Yemen fue presentado por muchos medios como un conflicto olvidado, explayándose sobre el altísimo costo que pagó la población civil en términos humanitarios y caracterizándolo como un Estado Colapsado. Sin embargo, la incursión saudí en Yemen representó un embate autoinfligido para la monarquía saudí que ignoró los intentos de acuerdo llevados a cabo por la figura de Mohamed Bin Nayef. El entonces príncipe heredero adjunto intentó un acuerdo informal, negociado por fuera del marco de las Naciones Unidas, antes del comienzo del conflicto en 2014.

Riad había autorizado discretamente las conversaciones con los hutíes para llegar a un acuerdo que implicaría su renuncia a Irán y la concesión de garantías a Arabia Saudí sobre la seguridad fronteriza a cambio de apoyar a un gobierno de unidad en Saná. Sin embargo, el intento terminó siendo sólo eso ante el nombramiento de MBS quien optó por mostrar su puño de acero e ir en contra de los proyectos de su antecesor

No obstante, la ambición del Ícaro saudí tuvo un alto costo que fue pagado por la población civil yemení, sino también por las propias arcas del reino. Asimismo, la decisión de intervenir afectó negativamente al reino en el plano político. En primer lugar, porque propició fisuras con su vecino regional emiratí, cuyos objetivos demostraron ser incompatibles. En segundo lugar, Mohamed Bin Salman derribó la imagen de ‘reformista’ que el mismo se esforzó por construir cuando la adopción de medidas amigables con la población saudí¹⁴. Los estragos provocados a nivel doméstico por la guerra en Yemen, como fueron los atentados de Aramco fueron una fuente de críticas hacia una guerra que comenzaba a mostrar sus efectos dentro de las fronteras del reino. También el asesinato del periodista saudí, Jamal Khashoggi, terminó por mostrar el puño de acero de joven príncipe que quedó vinculado al hecho y como consecuencia fue repudiado a nivel internacional en distintos medios de comunicación.

La estrategia de ‘divide y reinarás’ fue aprovechada por los hutíes, quienes supieron leer las rispideces en la coalición saudí y sacar tajada del vacío de poder que caracterizaba al escenario yemení desde el año 2014.

¹⁴ Levantamiento de la prohibición para que las mujeres manejen, realización de festivales de música en Jedah, apertura de cines, realización de la primer *Comic Con* en el reino, entre otras.

El gobierno del presidente Abed Rabbo Mansour Hadi sostiene que cualquier acuerdo debe construirse sobre los cimientos de una Resolución del Consejo de Seguridad de la ONU de abril de 2015 (2216) que interpreta como una forma de citación legal para que los hutíes se rindan, entreguen armas pesadas y permitan al gobierno para volver a gobernar Yemen desde Sanaa (International Crisis Group, 2020) Por su parte, los partidarios de Ansar Allah se aferraron a sus conquistas territoriales de facto, y no están dispuesto a negociar sobre las bases delimitadas por las Naciones Unidas y el gobierno de Yemen.

En este contexto de empate o estancamiento que comenzó a vislumbrarse entre 2017 y 2019, todos los actores señalaron razones para retrasar un giro hacia la paz. No obstante, Arabia saudí mostró un giro al tomar una postura más conciliadora ante las presiones domésticas y estructurales. Entre ella se pueden mencionar; la presión por la caída del precio del crudo, las tensiones al interior de la coalición que la alejaron de su socio regional, la persistencia y conquista de nuevos territorios por parte del grupo hutí, entre otras.

La dimensión securitaria sofocó cada vez más a los decisores saudíes, obligándolo a modificar su enfoque inicial. El reino vio incrementarse el peligro de compartir una frontera con un vecino crecientemente inestable al que ya no podía ‘tutelar’, sumado a presiones secesionistas que amenazan sus intereses.

La política exterior saudí estuvo condicionada por una autopercepción de vulnerabilidad en lo que respecta a la seguridad. Esto se complementó con una demanda constante de equilibrar fuerzas contradictorias para garantizar la continuidad del régimen. El aislamiento extremo y la amenaza constante de la guerra tribal configuraron un síndrome de cerco. La actitud de los ‘enemigos’ saudíes de ‘cercarlo’ o ‘sofocarlo’ obligaron al reino a buscar una vía de escape: la constitución de alianzas. De este modo, la monarquía saudí percibió al sistema internacional como una fuente constante de temores, que para paliarlos debió asociarse con un tercero más fuerte (Maziab y Khatib, 2019).

Los diversos escenarios exploran múltiples trayectorias probables, y las numerosas partes interesadas, tanto nacionales como regionales, prefieren resultados diversos y conflictivos entre sí. Lo que sí parece improbable es que el resultado se deje en manos de la voluntad y las capacidades de una sola de las partes.

Ya en el año 2021, luego del embate que significó a nivel sanitario la pandemia de COVID-19, quedó en evidencia que más allá de los esfuerzos multilaterales, el monopolio efectivo sobre parte importante del territorio es propiedad de los hutíes. Por su parte la monarquía saudí, puntualmente el príncipe heredero Mohamed Bin Salman, está pagando un altísimo costo por un error de cálculo que el monarca no quiso o no pudo ver.

Lo que se planteó como una guerra relámpago les valió varios puntos de aumento en el gasto público, un ataque al corazón de su economía, el oprobio internacional por los crímenes de guerra cometidos en territorio yemení para los que el caso Khashoggi actuó como catalizador.

5. Bibliografía

- Abdullah, A.-F. (2011, marzo 22). El levantamiento yemení: imperativos para el cambio y riesgos potenciales. *Real Instituto Elcano*.
<https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/el-levantamiento-yemeni-imperativos-para-el-cambio-y-riesgos-potenciales-ari/>
- Al Jazeera. (2017, December 5). *Yemen's exiled President Hadi calls for new uprising* | News. Al Jazeera. Recuperado Mayo 10, 2022, disponible en <https://www.aljazeera.com/news/2017/12/5/yemens-exiled-president-hadi-calls-for-new-uprising>
- Al-Sofari, M. (2021, July 26). An Exceptional Case: Saudi Relations with Yemen's Islah Party. The Washington Institute. Recuperado June 22, 2022, Disponible en: <https://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/exceptional-case-saudi-relations-yemens-islah-party>
- Alley, A. L. (2016). La trágica guerra de Yemen. *Actualidad* .
- Alley, A. L. (2017). The killing of former resident Saleh could worsen Yemen's war . International Crisis Group .
- Al Jazeera. (2019, November 13). Saudi, Yemen's Houthis hold 'indirect talks' in Oman to end war. Al Jazeera. Recuperado Junio 02, 2022, Disponible en: <https://www.aljazeera.com/news/2019/11/13/saudi-yemens-houthis-hold-indirect-talks-in-oman-to-end-war>
- Al-Muslimi, F. (2019, October 2). How Yemen Brought Saudi-UAE alliance to the Brink of Divorce? Sana'a Center For Strategic Studies. Recuperado Junio 10, 2022, Disponible en: <https://sanaacenter.org/publications/analysis/8159>
- Al-Rasheed, M. (2011). Sectarianism as Counter-Revolution: Saudi Responses to the Arab Spring1. *Studies in Ethnicity and Nationalism*, 11.
- Al-Saakkaf, N. (2016). Beyond Islamists and Autocrats . The Washington Institute for Near East Policy .
- Alsultan, F. (2013). The Saudi King: Power and Limitation in the Saudi Arabian Foreign Policy Making. *International Journal of Social Science and Humanity*, 3(5). <http://www.ijssh.org/papers/282-T10005.pdf>
- Ardemagni, E. (2016). The Yemeni Conflict. Genealogy, game changers and regional implications. *ISPI*, (2016).

- Ardemagni, E. (2020, enero 9). *The Saudi-Yemeni Militarized Borderland*. Carnegie Endowment for International Peace. Recuperado el 22 de mayo, 2022, <https://carnegieendowment.org/sada/80745>
- Ardemagni, E. (2021, marzo 29). *Yemen: The Gpc and Islah After 2011*. ISPI. Recuperado el 18 de abril de 2022, disponible en: <https://www.ispionline.it/en/pubblicazione/yemen-gpc-and-islah-after-2011-29772>
- Ballester, J. M. (2019). Guerra en Yemen: una crisis humanitaria desatendida. *Revista de Relaciones Internacionales de la UNAM*.
- Bordón, J. (2020, julio 23). El conflicto de Yemen y Arabia Saudí: sin influencia para resolver, pero con motivos para no hacerlo. *Real Instituto Elcano*. <https://media.realinstitutoelcano.org/wp-content/uploads/2021/10/ari70-2021-bordon-el-conflicto-yemen-arabiasaudi-sin-influencia-para-resolver-pero-con-motivos-para-no-hacerlo.pdf>
- Brehony, N. (2017, octubre 10). Disponible en: chaos to chaos: South Yemen 50 years after the British departure. *Assian Affairs*. <https://doi.org/10.1080/03068374.2017.1361249>
- Carvajal, F. (2021, diciembre 3). *Islah in retreat, tectonic shifts in Yemen* | *zenith.me*. Magazine. Recuperado el 22 de mayo, 2022, de <https://magazine.zenith.me/en/politics/shifting-alliances-yemen-war>
- Center for Preventive Action. (2022, mayo 4). *War in Yemen* | *Global Conflict Tracker*. Council on Foreign Relations. Recuperado el 20 de mayo, 2022, disponible en <https://www.cfr.org/global-conflict-tracker/conflict/war-yemen>
- Clausen, M. L. (2018). Competing for Control over the State: the case of Yemen. *Small Wars & Insurgencies*. Vol 29, N°3, 560-578.
- Clausen, M. L. (2015). Understanding the crisis in Yemen: Evaluating competing narratives. *The International Spectator* . Vol 50, Nro 3, 16-29.
- Consejo de Seguridad, *Resolución 2216 (2015), aprobada por el Consejo de Seguridad en su 7426ª sesión, celebrada el 14 de abril de 2015*, 14 abril 2015, S/RES/2216 (2015), disponible en <https://www.refworld.org/es/docid/553deee14.html>
- Consejo de Seguridad. (2017, January 31). *Letter dated 27 January 2017* Disponible en: *the Panel of Experts on Yemen addressed to the President of the*

- Security Council*. Security Council. Recuperado el 23 de mayo, 2022, disponible en: http://www.securitycouncilreport.org/atf/cf/%7B65BFCF9B-6D27-4E9C-8CD3-CF6E4FF96FF9%7D/s_2017_81.pdf
- Council on Foreign Relations. (2022, May 4). *War in Yemen | Global Conflict Tracker*. Council on Foreign Relations. Recuperado June 21, 2022, Disponible en: <https://www.cfr.org/global-conflict-tracker/conflict/war-yemen>
 - Darwich, M 2018, 'The Saudi intervention in Yemen: struggling for status', *Insight Turkey*, vol. 20, no. 2, pp. 125-142.
<https://doi.org/10.25253/99.2018202.08>
 - Day, S., & Brehony, N. (2020). *Global, Regional, and Local Dynamics in the Yemen Crisis*.
 - Dijkstal, H. (2019, May 31). *Yemen and the Stockholm Agreement: Background, Context, and the Significance of the Agreement | ASIL*. American Society of International Law. Recuperado Junio 17, 2022, Disponible en: https://www.asil.org/insights/volume/23/issue/5/yemen-and-stockholm-agreement-background-context-and-significance#_edn14
 - Durac, V. (2011, diciembre). The Joint Meeting Parties and the Politics of Opposition in Yemen. *British Journal of Middle Eastern Studies*.
<http://dx.doi.org/10.1080/13530194.2011.621697>
 - Dureab, F., Al-Awlaqi, S., & Jahn, A. (2020, abril 23). COVID-19 in Yemen: preparedness measures in a fragile state. *The Lancet. Public Health*.
[https://www.thelancet.com/journals/lanpub/article/PIIS2468-2667\(20\)30101-8/fulltext](https://www.thelancet.com/journals/lanpub/article/PIIS2468-2667(20)30101-8/fulltext)
 - Edroos, F., & Qubaty, M. (2017, December 4). How did Yemen's Houthi-Saleh alliance collapse? | Houthis News. Al Jazeera. Recuperado June 21, 2022, Disponible en: <https://www.aljazeera.com/news/2017/12/4/how-did-yemens-houthi-saleh-alliance-collapse>
 - Embajada del Reino de Arabia Saudita. (2015, April 22). Operation Decisive Storm Achieved its Objectives | The Embassy of The Kingdom of Saudi Arabia. Royal Embassy of Saudi Arabia. Recuperado abril 24, 2022, disponible en: <https://www.saudiembassy.net/news/operation-decisive-storm-achieved-its-objectives>

- Farooq, M. B., & Dorsey, J. M. (2021, septiembre 22). Disponible en: 'Decisive Storm' to Secret Talks: The Journey of Saudi Conquest of Yemen. Modern Diplomacy. Recuperado el 3 de mayo de 2022. Disponible en: <https://moderndiplomacy.eu/2021/09/22/from-decisive-storm-to-secret-talks-the-journey-of-saudi-conquest-of-yemen/>
- Ferreira Bermúdez, S. (2017). *El colapso estatal de Yemen (2011-2017), una aproximación desde la teoría de los Estados fallidos*. Madrid.
- Fraihat, I. (2016). *Unfinished revolutions: Yemen, Libya and Tunisia after the Arab Spring*. Yale University Press.
- France 24. (2017, December 4). Expresidente yemení Ali Abdalá Saleh murió tras ataque armado: partido oficial. France 24. Recuperado June 22, 2022, Disponible en: <https://www.france24.com/es/20171204-yemen-ali-abdala-saleh-muerte>
- Freer, C. (2019). *The Symbiosis of Sectarianism, Authoritarianism, and Rentierism in the Saudi State*. Studies in Ethnicity and Nationalism, 19.
- Forster, R. (2017). The Southern Transitional Council: Implications for Yemen's Peace Process. Middle East Policy, XXIV.
- Fuente Cobo, I. (2017). *Panorama geopolítico de los conflictos 2017* (España. Ministerio de Defensa & Instituto Español de Estudios Estratégicos, Eds.). Ministerio de Defensa.
- Fundación Embajada Abierta. (2022, febrero 23). Los gastos en defensa ignoran la crisis. Fundación Embajada Abierta. Recuperado junio 3, 2022, Disponible en: <https://www.embajadaabierta.org/post/los-gastos-en-defensa-ignoran-la- crisis>
- Gasim, G. (2018, January 12). Ali Abdullah Saleh's assassination and Yemen's tribes | Houthis. Al Jazeera. Recuperado mayo 21, 2022, Disponible en: <https://www.aljazeera.com/opinions/2018/1/12/ali-abdullah-salehs-assassination-and-yemens-tribes/>
- Gimberg, L. (2020, June 2). Yemen: el coronavirus suma una crisis sanitaria a la catástrofe humanitaria. RFI. Recuperado junio 12, 2022, Disponible en: <https://www.rfi.fr/es/oriente-medio/20200602-yemen-la-propagaci%C3%B3n-del-coronavirus-est%C3%A1-agravando-la- crisis-humanitaria>

- Gomez Benita, I. (2017). La rivalidad por la hegemonía regional en Oriente Medio: el caso de Arabia Saudí. IE Med. Focus.
- Gil Cozzi, P. R. (2018). Blood Diplomacy: Saudi Arabia between Yemen and Jamal Khashoggi. Gulf Insights N°4.
- Hamzawy, A. (2009). Between Government and Opposition: The Case of the Yemeni Congregation for Reform. Carnegie Papers.
- Harrington, B. (2020, enero 22). War and pieces: Political divides in southern Yemen. European Council on Foreign Relations. Recuperado June 21, 2022, Disponible en:
https://ecfr.eu/publication/war_and_pieces_political_divides_in_southern_yemen/
- Heibach, J. (2021, March 16). *The Future of South Yemen and the Southern Transitional Council*. SSOAR: Home. Recuperado abril 18, 2022, disponible en <https://www.ssoar.info/ssoar/bitstream/handle/document/72144/ssoar-2021>
- Hill, G. (2017). *Yemen Endures. Civil war, saudi adventurism and the future of Arabia*.
- Human Rights Watch. (2019). *The High Cost of Change: Repression Under Saudi Crown Prince Tarnishes Reforms* | HRW. Human Rights Watch. Recuperado el 22 de mayo, 2022, disponible en:
<https://www.hrw.org/report/2019/11/04/high-cost-change/repression-under-saudi-crown-prince-tarnishes-reforms>
- International Crisis Group. (2009). Yemen: Defusing the Saada time bomb. *International Crisis Group*, 86.
- International Crisis Group. (2020, Julio 2). *Rethinking Peace in Yemen*. Crisis Group. Recuperado June 21, 2022, Disponible en:
<https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/gulf-and-arabian-peninsula/yemen/216-rethinking-peace-yemen>
- Janardhan, N. (2013). *The Gulf States and the Arab Uprisings*. FRIDE.
- Jenkins, M. (2019). Yemen: the worst humanitarian crisis in the world, ignored. *Mundi*.
- Khashoggi, J. (2018, septiembre 11). *Opinion | Saudi Arabia's crown prince must restore dignity to his country — by ending Yemen's cruel war*. The Washington Post. Recuperado el 29 de abril, 2022, Disponible en:

<https://www.washingtonpost.com/news/global-opinions/wp/2018/09/11/saudi-arabias-crown-prince-must-restore-dignity-to-his-country-by-ending-yemens-cruel-war/>

- Khraisha, M. J. (2020). *The Yemeni Crisis, Dynamics and Consequences*. Universidad de Jordania.
- Kinninmont, J. (2016). Política exterior saudí. *Anuario Internacional CIDOB*.
- Kinninmont, J. (2018). Political Change in Saudi Arabia. *The Euro-Mediterranean Partnership and Other Actors*.
- Lambach, D., Johais, E., & Bayer, M. (2015). Conceptualising state collapse: an institutionalist approach. *Third World Quarterly*.
- López, E., & Díaz, J. (2021, octubre). Arabia Saudí: un coloso con pies de barro. *Revista UNISCI*, 57.
- Chatham House. The Royal Institute of International Affairs. (2015, 11 18). Yemen: Key Players and Prospects for Peace. *Middle East and North Africa Programme Workshop Summary*, (2015)
- Gonzalez del Miño, P., & Hernández Martínez, D. (2019). La Doctrina Salman en la política exterior de Arabia Saudí: objetivos y el uso de la fuerza militar. *Revista Brasileira de Estratégia e Relações Internacionais*
- Lansford, T. (2013, junio 28). *Yemen: Al-Hirak Al-Janoubi (Southern Movement), including its structure, leadership, objectives, members, activities, and area of operation; relationship with government (mayo 2008-abril 2013)*. Refworld. Recuperado el 18 de abril, 2022, disponible en <https://www.refworld.org/docid/52eba6534.html>
- Longley Alley, A. (2017, diciembre 6). The Killing of Former President Saleh Could Worsen Yemen's War. *International Crisis Group*.
- Mabon, S. (2018, abril 1). *It's a Family Affair: Religion, Geopolitics and the Rise of Mohammed bin Salman*. Insight Turkey. Recuperado el 14 de mayo, 2022, disponible en <https://www.insightturkey.com/commentaries/its-a-family-affair-religion-geopolitics-and-the-rise-of-mohammed-bin-salman>
- Mawri, J. (2021). *Ansar Allah in Yemen: History and Ideology*. <https://deepblue.lib.umich.edu/bitstream/handle/2027.42/169403/jalaloo.pdf?sequence=1>

- Maziad, M. M., & Khatib, D. K. (Eds.). (2019). *The Arab Gulf States and the West: Perceptions and Realities - Opportunities and Perils*. Routledge.
- Middle East Eye. (2020, November 20). Saudi alliance with Yemen's Islah on the brink over Muslim Brotherhood tensions. Middle East Eye. Recuperado June 22, 2022, Disponible en: <https://www.middleeasteye.net/news/yemen-saudi-islah-alliance-muslim-brotherhood-tensions>
- Mumford, A. (2013). *Proxy Warfare and the future of conflict*. The RUSI Journal.
- Naciones Unidas. (2015, April 24). Amid rising death toll in Yemen, UN urges humanitarian access, respect for international law. UN News. Recuperado abril 12, 2022, Disponible en <https://news.un.org/en/story/2015/04/496932-amid-rising-death-toll-yemen-un-urges-humanitarian-access-respect-international>
- Naciones Unidas. (2020, April 9). COVID-19 in Yemen: Saudi coalition ceasefire declared in bid to contain coronavirus. UN News. Recuperado June 23, 2022, Disponible en: <https://news.un.org/en/story/2020/04/1061422>
- Nichols, M. (2020, January 8). Exclusive: U.N. investigators find Yemen's Houthis did not carry out Saudi oil attack. Reuters. Recuperado June 22, 2022, Disponible en: <https://www.reuters.com/article/us-saudi-aramco-attacks-un-exclusive-idUSKBN1Z72VX>
- Nuruzzaman, M. (2015). *Saudi Airstrikes on Yemen: Limits to Military Adventurism*. E-International Relations .
- Orkaby, A., & Minakov, M. (2021, March 17). Yemen 2021: Islah, the Houthis & Jihadis. Wilson Center. Recuperado June 21, 2022, Disponible en: <https://www.wilsoncenter.org/article/yemen-2021-islah-houthis-jihadis>
- Ortiz, R. (2015). *Quién es quién en el conflicto de Yemen*. CIDOB. Disponible en: https://www.cidob.org/biografias_lideres_politicos/asia/yemen/quien_es_quien_en_el_conflicto_de_yemen
- Ottaway, D. (2021). *Mohammed Bin Salman: The Icarus of Saudi Arabia?* Lynne Rienner Publishers.
- Paredes Rodríguez, R (2011); De las revueltas a un nuevo tipo de revolución en la primavera democrática árabe. *Ágora internacional*. Nro. 13, 16-19.

- Philbrick Yadav, S. (2015, agosto). Yemen's Muslim Brotherhood and the perils of powersharing. *Brookings Institution*.
- Qarawi, H. A. (2011). The Yemeni Revolution: replacing Ali Abdullah Saleh or replacing obsolete institutions? *Arab Center for Research and Policy Studies*.
- Radman, H. (2022, enero 17). *Saudi Arabia's Role in Southern Yemen*. Sana'a Center For Strategic Studies. Recuperado June 21, 2022, Disponible en: <https://sanaacenter.org/publications/analysis/16146>
- Royal Embassy of Saudi Arabia. (2015, April 22). *Operation Decisive Storm Achieved its Objectives | The Embassy of The Kingdom of Saudi Arabia*. Royal Embassy of Saudi Arabia. Disponible en: <https://www.saudiembassy.net/news/operation-decisive-storm-achieved-its-objectives>
- Saleh Ahmed, S. T. (2019). Yemeni War and shift of power: A reflection on the history of southern issue and possible scenarios in South Yemen. *European Journal of Political Science Studies*. doi: 10.5281/zenodo.2584502
- Salisbury, P. (2015, febrero). Yemen and the Saudi–Iranian ‘Cold War’. *Chatham House. Middle East and North Africa Programme*.
- Salisbury, P. (2016). Yemen: Stemming the rise of a chaos state . *Middle East and North Africa Programme* .
- Salisbury, P. (2017, diciembre). Yemen National Chaos, Local Order. *Chatham House Middle East and North Africa Programme*.
- Salisbury, P. (2020, Octubre 23). *The international approach to the Yemen War: Time for a change? - Yemen*. ReliefWeb. Recuperado June 21, 2022, Disponible en: <https://reliefweb.int/report/yemen/international-approach-yemen-war-time-change>
- Salisbury, P., Hill, G., Kinninmont, J., & Northedge, L. (2015). Yemen: Corruption, Capital Flight and Global Drivers of Conflict. Royal Institute of International Affairs.
- Salmutter, K. (2017). Why did the transition process in Yemen failed? *SciencePo - Kuwait Programme* .
- Sana'a Center for Strategic Studies. (2021, October 13). *Southerners Protest Economic Collapse as the Houthis Advance – The Yemen Review, September*

2021. Sana'a Center For Strategic Studies. Recuperado June 21, 2022, Disponible en: <https://sanaacenter.org/publications/the-yemen-review/15218>
- Shabaneh, G. (2015). *Operation Decisive Storm: Objectives and Hurdles* | مركز الجزيرة للدراسات. Al Jazeera Center for Studies. Disponible en: <https://studies.aljazeera.net/ar/node/1403>
 - Sharp, J. M. (2019). Yemen: Civil war and regional intervention. *Congressional Research Service* .
 - Sodupe, K. (2003). *La Teoría de las Relaciones Internacionales a comienzos del Siglo XXI*. Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
 - Soler I Lecha, E. (2016). Alianzas Líquidas en Oriente Medio. Barcelona. *Anuario Internacional CIDOB 2016-2017*
 - Steinberg, G. (2005). *The Wahhabi Ulama and the Saudi State: 1745 to the Present*. Lancaster University. Disponible en: https://www.lancaster.ac.uk/fass/doc_library/politics/nonneman_saudi_arabia_intro.pdf
 - Stenslie, S. (2015). “Decisive Storm”: Saudi Arabia’s attack on the Houthis in Yemen. Norwegian Peacebuilding Resource Centre.
 - Stoddard, E., & Toltica, S. (2021, noviembre 10). Practising remote warfare: analysing the remote character of the Saudi/UAE intervention in Yemen. *Defence Studies*. <https://doi.org/10.1080/14702436.2021.1994395>
 - Thiel, T. (2012). After the Arab Spring: power shift in the Middle East?: Yemen’s Arab Spring: Disponible en: youth revolution to fragile political transition. *London School of Economics and Political Science, London*. <http://eprints.lse.ac.uk/43465/>
 - Tolosa, C. I. (2017). Guerra civil en Yemen: actores y crisis humanitaria. *Instituto Español de Estudios Estratégicos*.
 - Transfeld, M. (2014). Yemen: GCC roadmap to nowhere . *SWP Comments* .
 - Transfeld, M. (2015, octubre 07). Political bargaining and violent conflict: shifting elite alliances as the decisive factor in Yemen’s transformation. *Mediterranean Politics*. <https://doi.org/10.1080/13629395.2015.1081454>
 - Ulrichsen, K., & Sheline, A. (2019). Mohammed bin Salman and Religious Authority and Reform in Saudi Arabia. *BAKER INSTITUTE REPORT*.

- Vitelli, M. (2011). *“Ficha de Cátedra: Una introducción a la teoría constructivista de las Relaciones Internacionales: los aportes de Alexander Wendt, Nicholas Onuf, John Gerard Ruggie y Stefano Guzzini.* Rosario.
- Vohra, A., & Miller, A. D. (2020, noviembre 25). *Mohammed bin Salman's Human Rights Mirage in Saudi Arabia.* Foreign Policy. Recuperado el 10 de abril, 2022, disponible en: <https://foreignpolicy.com/2020/11/25/mohammed-bin-salmans-human-rights-mirage/>
- Weinberg, D. A. (2015, abril 22). *Understanding 'Operation Renewal of Hope' in Yemen.* Al Arabiya. Recuperado el 20 de abril, 2022, disponible en: <https://english.alarabiya.net/perspective/analysis/2015/04/22/Understanding-the-Saudi-led-Operation-Restore-Hope-in-Yemen>
- Wendt, A. (1992). Anarchy is what States make of it: the social construction of power politics. *International Organization*, N° 46.
- Wilson Center. (2015, agosto 27). Yemen: The Tribal Islamists.
- Zahonero, L. (2013). In *La relación del estado y las tribus en Yemen: Entre la cooperación y la confrontación.*